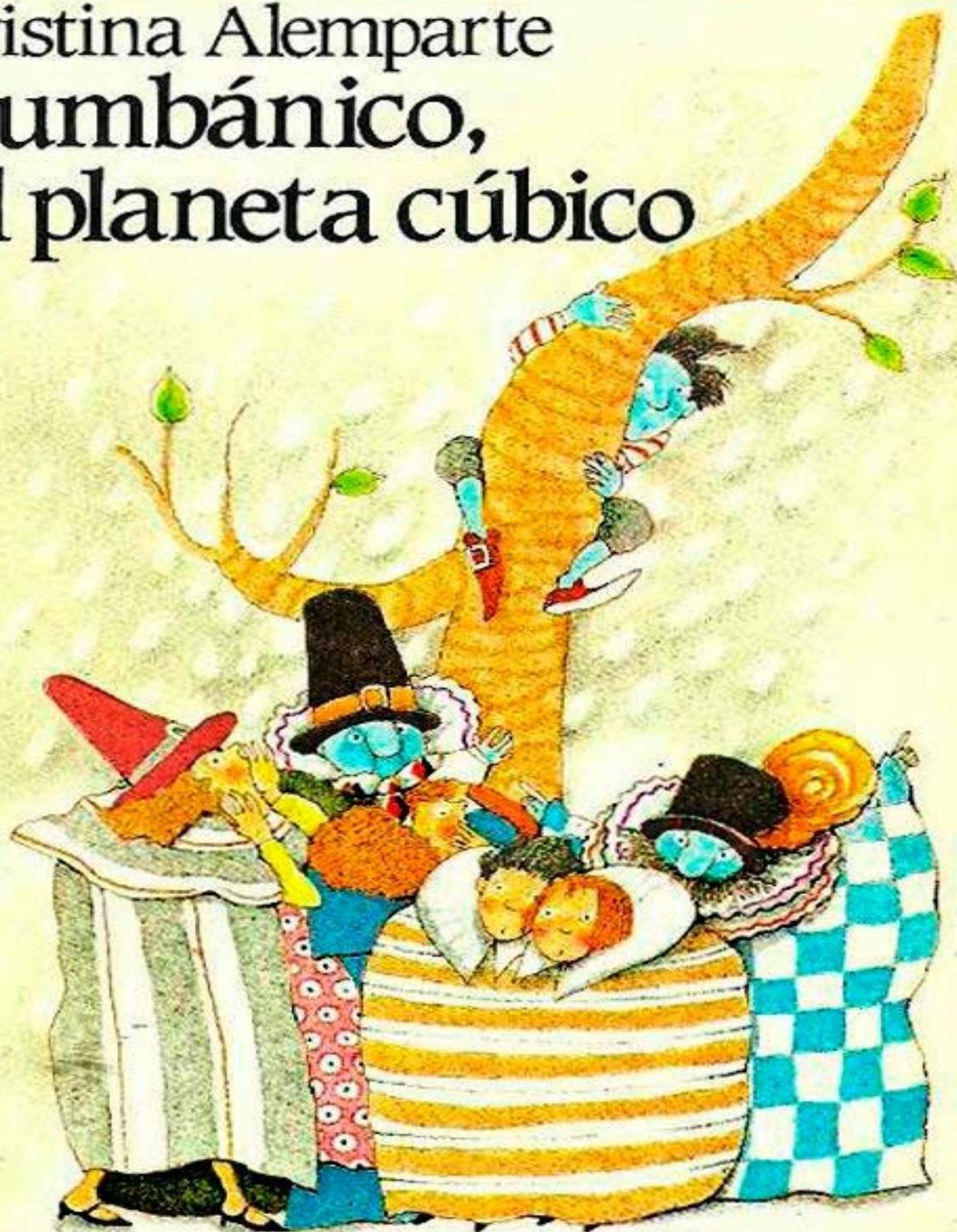




EL BARCO DE VAPOR

Cristina Alemparte
**Lumbánico,
el planeta cúbico**



se

En Lumbánico, el planeta cúbico, todos viven felices, a pesar de que los habitantes de cada cara no conocen a sus vecinos. Serán tres niños —Ustrum, Pirela y Mela— los encargados de acabar con el aislamiento. Pero ¿cómo atravesar las aristas, formadas por escarpadas cordilleras?



Cristina Alemparte

Lumbánico, el planeta cúbico

El barco de vapor: Serie naranja - 100

ePub r1.0

SalvorHardin 27.03.15

Cristina Alemparte, 1986
Ilustraciones: Margarita Menéndez

Editor digital: SalvorHardin
ePub base r1.2



Lumbánico, el planeta cúbico

Cristina Alemparte



Introducción

SE llama Lumbánico. Es un planeta pequeño, casi Insignificante, envuelto en la luz Pe miles de estrellas y rodeado de enormes planetas rojos, verdes y azules. Pero, a diferencia de sus vecinos, el minúsculo Lumbánico está habitado. Un antiguo pueblo ha ido creando allí su historia a lo largo de años innumerables; tantos, que su principio se desconoce.

No sólo en esto se diferencia de los otros planetas. Lumbánico tiene una forma muy especial: en lugar de ser esférico, se compone de seis caras cuadradas. Visto de lejos parece un dado desgastado por los bordes. Además, cada cara presenta un color diferente.

Esta particularidad se debe al extraño clima del planeta. En Lumbánico no se suceden cuatro estaciones dentro del período anual, sino que en cada Cara o Valle existe un clima indefinidamente.

Hay seis grandes Valles, correspondientes a las seis caras: el Valle Azul, de clima cálido, pareado al verano de la Tierra; el Valle Amarillo, donde existe una especie de otoño continuo; el Valle Blanco, cubierto de nieves, y el Verde, cuyas tierras se visten eternamente de hierba y vegetación.

Estos cuatro Valles son los habitados. Arriba y abajo se sitúan los Valles Polares, lugares gélidos donde nadie podría vivir. Finalmente, están las Aristas. Son unas grandes cordilleras que cubren los bordes del planeta, separando entre sí los Valles e impidiendo el paso de uno a otro por tierra.

La geografía del planeta ha influido en la vida de los lumbanicenses, que es muy distinta de la existencia terrícola. Los habitantes de Lumbánico no pueden trasladarse libremente de una a otra Cara. El paso por mar es demasiado arriesgado, debido a las corrientes y a las tempestades que se producen en alta mar. Los lumbanicenses apenas se atreven a emprender pequeñas travesías, y nunca se alejan de la costa.

Por tierra ocurre igual. Las cadenas montañosas impiden el acceso a pie. Son montañas altísimas, tan cortadas a pico que ni el mejor alpinista conseguiría escalarlas.

Muchos siglos atrás, se conocían desfiladeros que permitían cruzar las Aristas fácilmente, pero su recuerdo murió con los antiguos lumbanicenses. En la actualidad nadie sabe dónde se encuentran esas legendarias entradas. Y, a decir verdad, tampoco parece importarles mucho.

El único medio para cambiar de Valle es el aéreo, cada tres meses soplan los potentes Vientos del Este. Es el momento de subir a las Colinas del Aire con los trajes de viento y ascender volando, arrastrados por los vendavales, hasta llegar al Valle siguiente.

Cuando soplan los Vientos, este traslado es obligatorio para las cuatro Comunidades en que se divide el planeta: la Comunidad de Lum, la de Ba, la de Ni y la de Co. El motivo es muy simple. En los siglos anteriores, casi todos los lumbanicenses vivían en los Valles Verde y Azul, donde el clima es más suave. Cuando la superpoblación empezó a causar problemas, comprendieron que debían separarse. Se dividieron en cuatro grupos y establecieron un nuevo modo de vida. Así, todos pasarían tres meses en cada Valle.

En consecuencia, los lumbanicenses vivían en grupos aislados que nunca podían verse ni cambiar impresiones. La separación duraba ya varios siglos. Aunque esta situación no les gustaba,

los lumbanicenses habían acabado por acostumbrarse.

Parecía que las cosas no iban a cambiar nunca...

1. El proyecto

PIRELA, Mela y Ustrum, del Grupo de Ni, jugaban en la playa. Los días pasaban rápidos en el Valle Azul. Mientras permanecían allí no tenían clases, y podían dedicarse a bañarse y tomar el sol.

Lástima que sólo quedaran tres días para la llegada del viento del Este...

—Pronto nos iremos del Valle —declaró Mela—. Cuando lo pienso me pongo de mal humor.

—Pues no lo pienses —dijo su hermana Pirela con aire distraído.

Ustrum la miró. Su amiga llevaba unos días muy rara. Una noche había comentado con su madre el cambio que notaba en la muchacha.

Su madre sonrió:

—Será la edad —dijo—. Tu amiga ya tiene catorce años y sus gustos son diferentes de los tuyos, hijo.

«Debe de ser eso —pensó el niño—. ¡Vaya lata! Mela es una niña pequeña. Aparte de los poetas del año catapún, no le interesa nada».

Mela acababa de cumplir diez años. Agachada cerca de la orilla, con los pies dentro del agua, pensaba algo parecido, aunque ella lo expresaría de otra forma. Menos moderada, diría: «Pirela se está volviendo una tonta, sí, y una presumida».

—¿Sabéis lo que se me ha ocurrido? —dijo la mayor, levantándose—. Tengo un plan estupendo para librarnos de ir al Valle Amarillo. Para empezar, nos quedaríamos aquí unos cuantos días más.

Ustrum la miró sorprendido.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro!

—Pues no cuentes conmigo. Lo de perder clases está muy bien, pero luego tendríamos que recuperarlas. Además, los del grupo de Ba nos encontrarían y nos harían estudiar.

—Y estaríamos sin papá y sin mamá —intervino Mela, la mimada de su casa.

Pirela se echó a reír.

—No me habéis entendido. No quiero que nos quedemos en el Valle Azul: vamos a atravesar las Grandes Montañas.

Al oírlo, Ustrum se llevó las manos a la cabeza.

—¿Atravesar la Arista? Sí, claro. ¡Facilísimo! —se burló—. Y saldríamos en la historia del futuro...

—¡Podemos hacerlo! —insistió Pirela—. Antes de la Gran vergüenza los hombres iban y venían por los desfiladeros. ¿No lo has leído? Pues has de saber que entre las montañas se extiende un país misterioso, lleno de árboles, ¡de árboles, Us!, y flores y animales de muchas clases.

El niño suspiró.

—Me gustaría creerlo, pero sé que sólo son leyendas.

Había estudiado esa parte de la historia durante el curso y la recordaba perfectamente. Siete siglos antes, los lumbanicenses habían alcanzado un alto grado de civilización. El progreso del

planeta se aceleró con el descubrimiento de la roacita, mineral que quemaban para obtener energía. Los hornos de roacita se multiplicaron por los Valles. Algunos sabios advirtieron que el abuso del nuevo combustible podría resultar peligroso, pero nadie les hizo caso.

Desgraciadamente, empezó a surgir en los lumbanicenses un deseo insensato de adquirir cosas. Todos querían poseer objetos inútiles, y para conseguirlos consumían más y más roacita, que era tan barata como abundante.

Entretanto, los gases desprendidos de la combustión iban amontonándose en la atmósfera. A los cinco años, una enorme nube de ceniza comenzó a descender hacia la tierra. Cundió el pánico: los lumbanicenses de los cuatro Valles huyeron a las Aristas, pero muchos no lograron llegar a tiempo.

Los supervivientes pasaron varios meses en las zonas del Interior. Gracias a la protección de las montañas, la Nube Negra no los había alcanzado. En este tema las crónicas eran muy confusas. El libro más serio, las famosas «Crónicas del Éxodo» de Porion, relata los hechos más importantes de aquel período. No obstante, faltan en él datos fundamentales. Los capítulos dedicados a la Arista donde Porion se refugió —el Valle Encantado— habían sido arrancados. Faltaba también el plano de las entradas. El último capítulo cuenta el regreso a los lugares arrasados por la Nube. Al leerlo, Pirela había comprendido el dolor de sus antepasados cuando encontraron su hermoso mundo sepultado bajo una espesa capa de polvo negro.

¡Cuántos años, cuánto esfuerzo costó la reconstrucción! Pero, al menos, sirvió de lección a los supervivientes. Poco a poco, dirigidos por una Junta de Responsables, fueron levantando edificios, limpiando las tierras, plantando nuevos huertos. Los sabios descubrieron una fuente de energía basada en las algas marinas: el treptano, un gas no contaminante. Sin embargo, las cosas no volvieron a ser como antes. Los accesos a las Aristas se cerraron y los Valles quedaron aislados para siempre.

Nadie supo cómo habían podido obstruirse las entradas, aunque hubo teorías para todos los gustos. Se habló de terremotos, inundaciones y otros desastres. Pero, según la fantasía popular, la causa era muy distinta: en los pasadizos vivía una raza gigante que temía la luz del sol. Esta leyenda, por absurda que parezca, estaba muy extendida entre los habitantes de los Valles.

Pasó el tiempo, y los lumbanicenses olvidaron. Hacia el año 2500, cuatro siglos después del desastre, la Junta de Responsables decretó la separación. En la actualidad los sabios investigaban sobre la aplicación del treptano a la navegación aérea. Pero, entretanto, las Comunidades seguían separadas.

Estos hechos eran bien conocidos por Pirela y Ustrum. A la muchacha le interesaba, sobre todo, la civilización que pudiera perdurar en las Aristas, Ustrum añoraba aquellas especies extinguidas que aparecían en los libros de Ciencias Naturales. La mayoría de los árboles habían desaparecido después de la Nube Negra, y también muchos animales.

—Si logramos entrar en la Arista, es posible que encontremos encinas y sauces. ¡Y hasta caballos! —dijo el niño—. Bueno, Pirela. Voy contigo.

Mela suspiró. Le atemorizaba la idea de emprender un viaje tan peligroso. Su hermana y Ustrum debían haberse vuelto locos. ¿Cómo se les habría ocurrido algo tan estúpido?

«¡Ay, mamá! —pensó—. No sé qué pasa, pero al final siempre hago lo que ellos quieren».

¡Pobre Mela!

Se consoló recordando el poema «El llanto de la niña perdida». A Mela le gustaba ponerse en lugar de ciertos personajes literarios; cuanto más lacrimógenos, mejor. Ahora, cuando su vida tomaba un camino dramático, le sería fácil identificarse con sus heroínas favoritas.

«Después de todo —se dijo—, creo que me lo pasaré bien».

2. Empieza el viaje

—¿HAS conseguido las linternas? —preguntó Pirela.

El refugio de la playa estaba repleto de cosas. Cuando Ustrum se volvió para contestarle, seis o siete latas cayeron al suelo. El ruido sobresaltó a las niñas.

—Perdón —dijo Ustrum— traigo cinco linternas. Y también unas botellas de leche.

—No necesitamos más botellas —objetó la mayor—. Pesan demasiado. Es mejor llevar leche en polvo.

Su amigo se molestó un poco.

—Eres muy exigente, ¿no crees? Hago lo que puedo, pero mi madre está pendiente de mi todo el día. Debe de sospechar algo.

—Claro, porque tú no te mueves si no es para ir a esas excursiones botánicas tan pesadas —dijo Mela, obteniendo un pellizco como respuesta.

Los nervios empezaban a notarse. Durante los dos últimos días habían ido recogiendo a escondidas los materiales necesarios para el viaje. Lo más difícil era ocultar sus planes. En estos casos, las personas mayores se volvían muy observadoras.

—¿Queréis estaros quietos? —ordenó Pirela—. Mañana comienzan los Vientos y es preciso inventar algo para escurrirnos del grupo.

Ustrum frunció las cejas.

—No sé cómo, la verdad. Ya sabes que nuestros padres no nos pierden de vista cuando cambiamos de Valle. Además, ¿no crees que vamos a hacer una tontería, Pirela? A ratos lo pienso más en serlo y me parece que nos vamos a meter en un lío.

—Es verdad —dijo Mela—. Estás un poco chiflada, Pirela.

La muchacha los miró fijamente.

—Ni soñéis con volveros atrás. ¡No nos pasará nada malo, os lo aseguro! En el peor de los casos, nos quedaríamos un año aquí, hasta que nuestro grupo diera la vuelta. Nos reñirían, pero merece la pena arriesgarse, ¿verdad?

Mela no contestó. ¿Para qué? Y Ustrum, aunque imaginaba peligros mucho mayores que una reprimenda, tampoco dijo nada.

Recogieron cuerdas, un machete, una palita, clavos y otras herramientas. La comida era el principal problema de los chicos. No querían cargarse en exceso, pero necesitaban alimentos para varios días. Ignoraban qué encontrarían en la Arista, si lograban entrar en ella. Por si acaso, cogieron muchos paquetes de sopa, leche y latas de comida. Ustrum, más experimentado, añadió frutos secos en grandes cantidades.

Pirela, por su parte, buscó todos los libros y mapas que se referían a las Aristas. La mayoría de ellos no servían para nada; sólo hablaban del territorio comprendido entre el último pueblo del Valle y las Grandes Montañas. En el fondo, el libro más digno de confianza eran las Crónicas de Porion. Pirela no se separaba de él.

Discutieron un buen rato sobre el camino a seguir. Ustrum conocía esa zona mejor que las niñas, y se impuso su decisión: irían siguiendo la orilla del mar. Cuando avistaran las montañas, marcharían hacia el interior.

—Es preferible andar cerca del mar —dijo—. Así no nos perderemos y estaremos frescos. En el norte hace mucho calor y uno no puede fiarse de los escorpiones. Los hay a montones.

Mela se estremeció.

—¡Sí, por favor! Vayamos por la playa.

—Está bien —accedió su hermana—. Ustrum se encargará de guiarnos hasta las montañas.

—Después te ocuparás tú de los demás —dijo el niño—. No conozco la cordillera. Los profesores nunca nos llevan tan lejos.

—Ya me las arreglaré con el Porion, no te preocupes. Y ahora, dejadme pensar tranquila. Debo discurrir algo para despistar a nuestros padres.

Cuando los pequeños salieron, Pirela se tumbó en la arena y suspiró.

«No va a ser fácil —se dijo—, pero lo haremos».

EL DÍA DE LA PARTIDA se reunieron en un parque de juegos. Apenas había niños. Casi todos estaban ayudando a limpiar las casas y a empacar las pocas cosas que necesitaban para el Valle Amarillo, cada familia del grupo de Ni tenía asignada una vivienda y podía dejar las ropas de verano en un baúl hasta su regreso. Las familias de los restantes grupos hacían lo mismo, en la seguridad de que sus pertenencias serían respetadas.

Los tres aventureros también debían ayudar a sus padres. Les quedaba muy poco tiempo libre para preparar el viaje.

—Tengo una idea estupenda —declaró Pirela—. Los despistaremos de un modo sencillísimo, veréis: mis padres salen antes que los tuyos, Us. Mela y yo nos esconderemos, y tú dirás a mi familia que ya hemos salido con los Clu. Hemos volado a menudo con las niñas de los Clu, no se extrañarán.

—Pero yo nunca he volado con ellos —dijo Mela—. Mamá no me deja ir sola.

—Para eso está Ustrum. Él los convencerá.

—¿Yo? Bueno, lo intentaré, pero ya sabes lo colorado que me pongo cuando digo mentiras.

—¿Y él? —preguntó Mela—. ¿Cómo se las arreglará?

—¡Eso! ¿Qué voy a hacer yo? No pienso quedarme fuera de la diversión a última hora.

Pirela tenía respuesta para todo.

—No te preocupes. Tus hermanas tardan una barbaridad en recoger sus vestidos, como todas las mayorzotas. Les diré que te he visto marchar con Mela.

La pequeña no daba crédito a sus oídos. Verdaderamente, su hermana se comportaba como si careciera de sentimientos.

—¿No te da vergüenza hablar así? —le dijo—. Papá y mamá van a estar muy preocupados. ¿Es que no te importa, persona malvada y sin corazón?

Mela, pese a ser poco inclinada a los estudios, adoraba las obras de los poetas clásicos. Se sabía de memoria muchos poemas y sacaba de ellos expresiones bastante melodramáticas. Esta costumbre solía divertir a Pirela. Sin embargo, aquella vez no se rió.

—Claro que me da pena que se preocupen —dijo—. Por eso voy a meter una nota en el equipaje explicándoles lo que hemos hecho. Tú también escribirás a los tuyos, Ustrum.

—Si conocen nuestras intenciones se preocuparán mucho más —contestó el chaval—. Será mejor decirles que nos hemos escapado para no ir al colegio, y para bañarnos y divertirnos. Se enfadarán, pero no se asustarán tanto.

Así lo hicieron. Faltaban unas horas para la partida y las calles rebosaban de gente cargada de bultos. Todos vestían los trajes de viento, de color amarillo, muy anchos y provistos de una gran capucha. Los miembros de la Comunidad subían a la Colina del Aire, una construcción de tiempos remotos, con forma de cono truncado y tan alta que se veía desde cualquier parte del Valle. Trenes de un raíl ascendían hasta la cumbre dando mil vueltas en espiral.

Cerca de la cima, el viento era fortísimo y el tren subía protegido por un túnel. Al final del trayecto los lumbanicenses bajaban y se colocaban en fila. Entonces, los Responsables les ataban a la cintura unos resistentes cordones. De esta forma se aseguraban los niños pequeños, que viajaban unidos a sus padres.

Por desgracia, a veces se producían accidentes y más de un lumbanicense había caído sobre las montañas. Nadie podía imaginar el destino que los esperaba, pues las Aristas estaban cubiertas de nubes durante los días de viento. ¿Y el resto del año? Algunos aseguraban que las nieblas cubrían eternamente los bordes del planeta, y esta creencia favoreció la aparición de leyendas terroríficas sobre las Aristas.

Pirela, Ustrum y Mela contemplaban en silencio la subida del último vagón. Los familiares del niño acababan de montarse en él.

Ya estaban seguros en la playa. Se habían escondido detrás de una palmera gordísima que desentonaba entre sus esbeltas compañeras. El grupo de Ni volaba hacia el este. Vistos desde abajo, los trajes de viento parecían campanillas silvestres.

Mela no pudo contenerse. Se olvidó de su muñeca «Lula» y la dejó tirada sobre la arena. Ustrum la alcanzó.

—No llores, Mela —le dijo—. Si no quieres ir a las montañas, nos quedaremos aquí. Esperaremos el regreso de nuestra gente y, mientras, los de la Comunidad de Ba nos cuidarán.

Pirela se acercó a ellos.

—Sí, hermanita. Los de Ba siempre han atendido bien a los nuestros cuando alguno no ha podido viajar por cualquier causa. Y ahora veo que esta aventura puede resultar peligrosa para ti.

Estaban totalmente solos. Los pueblos, con sus calles bien trazadas y sus casas blancas, tenían un aire siniestro. Un impresionante silencio reinaba en el Valle.

Entonces, cuando los mayores se dejaban vencer por el desaliento, habló Mela.

—Traed a «Lula» y vámonos de aquí. Los de Ba están al llegar y no deben vernos.

Cogió ella misma a «Lula» y se secó las lágrimas con el borde de su vestido.

—¿Quieres ir? —le preguntó Ustrum—. ¿De verdad, Mela?

—¿No tienes miedo, hermana?

—Sí que tengo. Y tendré más aún, pero iré. Quiero ver cuanto antes a mis padres. No puedo esperar un año sabiendo que sufren por mí. ¡Pobrecillos míos! ¡Qué pesar ha caído sobre la familia!

Tras este discurso, algo plagiado del drama «El maleficio de los Hamup», Mela cogió la mochila y se la echó sobre los hombros.

Se apresuraron a alejarse de allí. Pocos minutos después comenzaba la lluvia de campanas amarillentas. Al llegar a la Planta Potabilizadora vieron los primeros racimos de gente planeando sobre el Valle. La mayor parte aterrizaban sin dificultad; otros lo hacían encima de las casas e incluso en el agua. Por suerte, el traje los mantenía a flote y eran rescatados en seguida.

Continuaron el viaje, y pronto distinguieron la silueta de la Central de treptano, que seguía funcionando día y noche, Ustrum arrojó al suelo el equipaje y se quitó la ropa. Llevaba puesto un alegre bañador rosa. Es de observar que en Lumbánico no existen prejuicios contra este color, usado habitualmente en la ropa de hombre.

Las niñas le Imitaron. Sin embargo, el baño no fue demasiado agradable. La playa era pedregosa y el viento del Este los molestaba.

Las palmeras se iban haciendo más escasas conforme se adentraban en aquella zona. Al mismo tiempo, surgían plantas desconocidas para las niñas, aunque no para Ustrum.

—Estas campanillas moradas son berzas marinas —explicaba—, y aquélla tan bonita de color amarillo es el glaucio. La pobre tiene una raíz muy larga para conseguir agua. Para conservarla le salen espinas en vez de hojas. Espinas o pelos.

—¿Pelos? —se extrañó Mela—. ¿Dónde?

—Sobre las hojas, tonta —respondió Pirela—. ¿Dónde iban a tenerlos?

—Entonces, nosotros tenemos pelos para protegernos del sol y guardar agua, ¿verdad? —dijo la niña. Y sin esperar la respuesta, sacó una libretita y un lápiz—. Voy a escribir una poesía sobre ese tema.

Su hermana asintió.

—Estupendo. Pero ahora vamos a comer.

Comieron con apetito. El sol quemaba y se protegieron del calor a la sombra de unas palmeras. Mela dedicó el descanso a su poema. Cuando emprendieron la marcha, ya lo había terminado.

Al anochecer se detuvieron junto a unas matas de sosa marina. Se sentían agotados. Encendieron una sola linterna para cenar, pues temían llamar la atención de los nuevos ocupantes del Valle.

Cuando iban a acostarse, Mela se empeñó en leer su poema.

—Lo titulo «Pelos y plantas» —anunció—, y dice así:

Igual que las personas, las plantas tienen pelo;
éstas en las hojitas para guardar el agua,
y nosotros más alto, cerca del cerebelo.
Es para protegerlo, y por eso yo pienso
que mujeres y niñas tenemos más cabello
porque somos más listas y más inteligentes:
tenemos más cerebro y, por eso, más pelo.

Pirela aplaudió, riendo. A Ustrum no le hizo ni pizca de gracia.

—¡No, Mela! ¡Qué barbaridades dices! Es completamente falso, porque el tamaño del cerebro no tiene nada que ver con la inteligencia.

—¡Cierra el pico, sabelotodo! —chilló la poetisa—. ¡No entiendes nada de literatura!

Pirela estaba demasiado cansada para intervenir. A los dos o tres minutos cesó la discusión. Se envolvieron en las mantas aislantes y se durmieron bajo las estrellas. Las últimas palabras del día las pronunció Ustrum, amodorrado:

—Y además, los hombres tenemos un cerebro más pesado que las mujeres...

Mela, afortunadamente, dormía ya.

3. Las Grandes Montañas

EL segundo día fue mucho más duro, caminaron hasta el mediodía por la orilla del mar. La arena desaparecía y el suelo se iba cubriendo de piedras. Sólo se bañaron un par de veces, porque el agua estaba fría y las olas les daban miedo.

—No me extraña que nadie venga a bañarse aquí —comentó Pirela—. El ruido del viento se te mete en la cabeza y no te deja pensar.

Se sentaron a comer al lado de unas dunas. Mela sacó su cantimplora y empezó a beber, Ustrum se la quitó de las manos.

—Ten cuidado con el agua —le advirtió—. La estás gastando muy aprisa.

—¿Y qué? Yo necesito beber porque ando mucho. Menos mal que esta pobre criatura no come ni bebe —dijo Mela, cogiendo su muñeca—. ¡Huy, hija! Ya se te ha caído el ojo otra vez.

El ojo izquierdo de «Lula» era una bolita negra y brillante que colgaba de un hilo, su madre se lo colocó correctamente y le enseñó la cantimplora.

—¿Ves, «Lulita»? Se nos acaba el agua. Pasaremos sed en este horrible desierto.

—¡Qué exagerada eres! —dijo Ustrum riendo—. Dentro de dos días no tendremos ni una gota pero al pie de las montañas hay un manantial. Viene marcado en mi mapa. Claro que este mapa es de hace seis años. Ojalá haya agua todavía.

—De todos modos, encontraremos otros manantiales —dijo Pirela—. En las montañas siempre caen tormentas y abunda el agua. Lo he leído en el Porion.

Mela se escandalizó.

—¿Es ese libro viejísimo que llevas a todas partes? ¡Oh, qué horror! Fiarse de esa antigualla es como fiarse de un libro de cuentos. ¡Qué desdicha!

Ustrum la interrumpió:

—Cuando alcancemos las montañas sabremos si el Porion dice la verdad... Y aún nos queda un buen trozo. ¡Andando, charlatanas!

La noche cayó tan velozmente que apenas lo notaron.

Se detuvieron en un lugar ventoso y árido. Como a Mela le asustaba el bramido de las olas, procuraron alejarse de la costa; pero el sonido del aire al chocar contra las piedras casi les pareció peor.

En su improvisado campamento, los tres niños comían y comentaban sus planes Encendieron el hornillo. No es que hiciera frío, pues la noche era templada, pero el resplandor rojo de la estufita les traía recuerdos del hogar.

Al salir el sol dormían todavía. Ustrum fue el primero en despertarse. Unos cuantos bostezos, un restregón de ojos y se notó totalmente despabilado. Tenía el mar frente a él, un mar gris y apacible. Luego se volvió hacia el este. Una cadena de montañas cerraba el horizonte, pinchando las nubes con sus agudos picos.

—¡Las Grandes Montañas! —gritó mientras sacudía a sus amigas—. Anoche no las vimos, pero las teníamos delante de las narices.

—¿Podremos llegar hoy hasta allá? —preguntó Pirela.

—No sé. Depende de cuánto andemos. Mela está cansada...

—¡Yo ando tanto como tú! —protestó la pequeña—. Y eso que mis piernas son más cortas... Y también llevo a mi hija, que pesa lo suyo...

—¡Vale, vale! Perdona, Mela. No volveré a dudar de ti.

Desayunaron y echaron a andar rumbo a la cordillera.

Únicamente se pararon para comer, pues querían alcanzar la falda de los montes antes de la puesta del sol. Llegaron rendidos, pero lo consiguieron. Caían las primeras sombras cuando se sentaron sobre una roca al pie de la cordillera. Estaban rodeados de altísimos picos coronados de nubes.

Aquel paisaje era grandioso, pero daba miedo. Mela se sentía inquieta.

—Ojalá me encontrara en casa, delante de una sopita de esas que prepara mamá —dijo—. Ni siquiera me importaría ir al colegio.

Ustrum miraba fijamente al suelo, callado y pensativo. Pirela había abierto sobre su falda unos mapas y sonreía. Al cabo de un rato se levantó.

—¡Pero bueno! —exclamó—. ¿A qué vienen esas caras, chicos?

—Imagínatelo, —respondió Ustrum de mal humor—. Nos encontramos en mitad de un pedregal, con poca comida y prácticamente sin agua. La verdad, no me apetece dar saltos de alegría.

—Ya que eres tan lista —intervino Mela—, guíanos hasta tus dichosas fuentes, y luego hasta la entrada de la Arista.

Pirela recogió los bultos.

—Lo de la entrada no puedo prometéroslo —dijo—, pero esta misma noche daremos con un manantial. ¡Aprisa, que la luz se nos escapa!

Saltaban a duras penas por los riscos. Pirela se dirigía hacia una montaña que se diferenciaba de las otras por su forma redondeada.

—Se llama Pico del Huevo —explicó—. Debemos ir allí. Según el Porion, hay una fuente cerca de ese punto.

Alcanzaron el Pico al anochecer. Mela tomó asiento encima de su mochila y se quitó los zapatos.

—Se me han metido montones de chinitas en los zapatos —dijo, suspirando—. No puedo dar un paso. Traednos agua a «Lula» y a mí, por favor. Sed compasivos.

—Yo también estoy agotada, pero cumpliré lo que prometí —dijo su hermana—, ¿vienes conmigo Ustrum? Mela se quedará sola, pero es muy valiente.

—Sí, lo soy —aseguró la niña—. Pero no tardéis demasiado.

Las sombras de los peñascos se fundían poco a poco en la sombra gigante de la noche. Los mayores se habían marchado hacía un buen rato. Mela miraba continuamente el reloj. Ya eran más de las once. ¿Por qué no regresaban esos estúpidos?

—No te asustes, «Lula» —dijo a su muñeca—. Nos han dejado solas, pero aquí no hay bichos malos.

Recordó de pronto las cabras que habían visto aquella tarde, acompañadas a veces por un macho de enorme cornamenta. No era un recuerdo tranquilizador, ni muchos menos. La niña decidió acostarse y pensar en otras cosas.

—Lo malo es que no queda agua, «Lula», hija. Falleceremos lejos del hogar, en tierras extrañas.

El tema, aunque no alegre, le pareció poético. Escribiría una composición dramática relatando sus desventuras. Y lo estaba acabando cuando oyó voces, una columna de luz se movía entre los cerros.

—¡Pirela, Ustrum! —gritó.

Poco después se reunían los tres bajo la severa mirada de la pequeña.

—¿No os da vergüenza? «Lula» ha pasado una hora malísima.

—¿«Lula» solamente? —se burló Pirela—. Te noto muy pálida, hermanita.

—No te rías, Pirela —dijo Ustrum—. Nosotros dos también lo hemos pasado mal. Primero en el manantial, y después nos hemos perdido. Si no llega a oírnos Mela...

—Si, es verdad —reconoció la mayor—. Cuando por fin descubrimos el manantial, escuchamos un ruido muy raro, como de alguien corriendo, casi se nos paró el corazón.

Mela abrió mucho los ojos.

—¿Quién hizo el ruido?

—Cabras, pájaros y bichos por el estilo. Luego vimos sus huellas en el barro. Estaban bebiendo y los espantaron nuestras voces. Y tú, Mela, ¿cómo estás todavía despierta, con lo tarde que es?

—Pues... No tenía ganas de dormir. Además, he escrito un poema, se titula «En la oscuridad de las montañas». Una, dos y tres. Empiezo:

Nunca vi unas montañas parecidas,
yo que he visto tantas cosas raras:
el mar de los Valles y suaves colinas,
tormentas y dunas y otras muchas varias.
Y ahora estoy aquí, cansada y perdida
en la oscuridad de Grandes Montañas,
donde sólo viven saltarinas cabras,
donde no se ve una luz encendida.

—Muy bonita, —bostezó Pirela.

—Encantadora, —añadió Ustrum.

La poetisa suspiró profundamente.

«¡Cuán escaso talento para apreciar el arte! —pensó—. Mi obra es terrorífica, dramática... No tiene nada de "bonita" ni de "encantadora". ¡Qué ignorancia me rodea!».

A pesar de todo, no se desanimó. Propuso recitar un viejo poema sobre las Grandes Montañas, pero los demás se resistieron.

—No, Mela. Nos morimos de sueño y no podríamos apreciar su belleza. Mañana hablaremos.

Antes de dormirse dirigieron sus pensamientos al Creador de Todas las Cosas. Cada uno tenía sus propias peticiones que hacer.

«Quisiera hallar la entrada al Valle Encantado —pensaba Pirela—. El corazón me dice que allí

vive gente normal, y no monstruos como aseguran las leyendas. Gente de carne y hueso, que siente y piensa igual que nosotros. Quisiera comunicarme con ellos y explicarles nuestro problema. Les diré que vivimos separados y nos comprenderán. Pero es preciso encontrar el pasadizo y, desde que llegué, he empezado a perder la esperanza. ¡Ayúdanos, Dios mío!».

«Sería maravilloso descubrir la Arista —pedía Ustrum—, y coger muestras de las especies extinguidas en nuestros Valles, para volver a plantarlas en los terrenos áridos del planeta. Se aclimatarían y crecerían allí. Todo volvería a ser como hace siete u ocho siglos, cuando aún existían bosques de alcornoques y de encinas. Viviríamos unidos todos los lumbanicenses, incluidos los aristanos, si es que los hay. Podríamos viajar de una Cara a otra cuando nos apeteciera. Y también podríamos tener una casa fija, un huerto, un jardín para cuidarlo siempre. Así, Lumbánico mejoraría mucho. Los Valles estarían verdes y llenos de animales, como Tú los hiciste para nosotros».

«Llévanos junto a nuestros padres —suplicaba Mela—. Haz que el viaje sea rápido y tranquilo, y que no pasemos hambre, ni sed, ni frío, ni calor... Bueno, un poco de calor no importa, pero frío no, por favor. Cuida de nosotros y de nuestras familias, por favor, por favor».

No había luna ni estrellas. El cielo y la tierra estaban oscuros, pero los niños dormían apaciblemente.

Confiando en Dios, nadie puede tener malos sueños.

4. Una poesía muy veraz

SE levantaron muy temprano. Después de bañarse bajo el chorro del manantial, Pirela repartió queso y leche. La comida les duraría dos días, acaso tres. La situación era clara: o llegaban pronto a la Arista, o empezarían a pasar hambre, Ustrum buscó por los alrededores, pero no había nada comestible.

—Vamos a rastrear la zona —dijo Pirela—. Es necesario encontrar la entrada cuanto antes. Examinaremos los agujeros, las cuevas y las grietas de la montaña..., en fin, cualquier lugar donde pueda empezar el pasadizo.

Organizaron un plan de búsqueda de acuerdo con el libro de Porion. Rastrear toda la cordillera era imposible, pero, según la información de las Crónicas, el acceso a la Arista se hallaba en esa zona.

Ustrum y Mela se marcharon juntos, y la mayor salió en solitario. Abandonaron los bultos en el campamento y colocaron un círculo de piedras alrededor.

—Así no nos perderemos —dijo Ustrum—. Con subir a una colina y mirar hacia abajo, ya nos orientaremos. Además, el Pico del Huevo se ve desde muy lejos.

Echaron a andar provistos de una cantimplora y bocadillos de pan duro. El día era bochornoso y nublado. El sol irradiaba una luz blanca que hacía daño a los ojos. Aquella luz no producía sombras, lo cual dificultaba la búsqueda.

—Todas las rocas parecen iguales —gruñó Ustrum, secándose el sudor del flequillo—. El sol molesta muchísimo.

Mela se sentó a su lado.

—¡Qué calor tan *apobrioso*! —exclamó.

—Se dice «oprobioso», en vez de eso tan raro que has dicho. De todos modos, Mela, es mejor que afines la vista y te olvides de ese lenguaje repelente, ¿vale?

Pirela, por su parte, había seguido el cauce seco de un río. Ascendió durante horas por un camino paralelo al lecho vacío. A ambos lados crecían matas de adelfas en flor. En dos ocasiones creyó haber encontrado el pasadizo; se metió en una cueva semioculta por ramas de aulaga, con las que se pinchó la cara y los brazos. La segunda vez trepó a una grieta, pero ésta se fue estrechando hasta cortar el paso. La muchacha tuvo que retroceder, polvorienta y arañada.

Los pequeños tampoco tuvieron suerte. Regresaron antes del anochecer, se bañaron y se tumbaron, bien fresquitos, dentro del círculo de piedras. Pirela volvió más tarde. Cenaron sin apetito. Hasta «Lula» tenía un aire abatido, con su ojo bailándole sobre el pecho. Normalmente, Mela se apresuraba a arreglarlo, pero ahora ni siquiera se había dado cuenta.

—¡Menudo día! —exclamó—. Andar y andar para nada. Cuenta, Ustrum, cuenta. Pirela no sabe lo mal que lo hemos pasado.

—Nos hemos arrastrado por docenas de agujeros apestosos. ¡Puaj! Bueno, la mayoría de las veces era Mela quien se metía en ellos. Como es más pequeña...

—Como soy más valiente, querrás decir. Tú tenías miedo de quedar encerrado.

—No lo puedo evitar —se defendió el niño—. Prefiero el aire libre.

Pirela intervino para contar sus aventuras.

—Yo he seguido el curso de un río que debió ser caudaloso en otros tiempos. Entré en una cueva que vi desde el camino. Al asomarme, se me ocurrió pensar en los osos de las montañas y salí pitando. Mirad mi vestido: está sucísimo y lleno de desgarrones.

Mela había sacado un libro de poesías y se empeñó en leer alguna antes de acostarse.

—Ayer no quisisteis, pero hoy os la leeré —declaró con mucha firmeza—. Trata de estas montañas precisa mente. Su autor se llama Ilio.

—Déjalo para luego —dijo Pirela—. Fíjate, hermana: se ha levantado viento y el cielo está oscuro. Va a haber tormenta.

Buscaron refugio bajo una cornisa y montaron la tienda apresuradamente. Caían unas gotas tan gruesas como garbanzos. Los truenos retumbaban en la cordillera. Dentro de la tienda, el ruido era horrible. Los chicos no conseguían dormir.

—Enciende el farol, Ustrum —pidió Mela—. Tengo miedo. ¿Y tú?

—No demasiado —contestó su amigo, maniobrando en el farol—. Me gustan las tormentas. Si no te dejas asustar, resultan interesantes. En los Valles apenas hay dos o tres al año, y no suelen ser tan fuertes como ésta.

Llovió durante toda la noche. El amanecer reveló a los niños un paisaje diferente, limpio y brillante. Las montañas resplandecían como si alguien las hubiera barnizado. Con el calor del sol, las piedras desprendían un vapor blanco.

Ustrum abrió la tienda y miró afuera.

—¡Eh, perezosas! —gritó—. Hace un día estupendo. Ya no llueve.

Ellas se asomaron con precaución.

—¡Pues es verdad! —exclamó Mela sorprendida.

Con la manta encima de los hombros, salió al exterior y trepó a lo alto de una roca.

—¡Escuchad! Es el poema de Ilio titulado «Las piedras de las Grandes Montañas». Dice así:

Largas lunas lloré la partida del Valle
donde dejé mi casa y mi tierra vacías,
esperando la Nube que todo lo barre;
pero muchas más lágrimas penden de mis ojos
al dejar el refugio de la Arista Encantada,
pensando si algún día pasaré la cascada
que baila entre los árboles gigantes del camino.
Las montañas se alejan con mis pasos cansinos;
dejo atrás el verdor de los bosques y prados
y avanzo hacia la sombra que cubre mi destino

Pirela y Ustrum habían escuchado atentamente. El poema no era tan espantoso como suponían, después de todo.

—Me ha gustado —dijo la mayor—. Pero ¿por qué se llama «Las piedras de las Grandes Montañas», si no dice nada de ellas?

—¡Vaya pregunta! El título de un poema no tiene que repetirse en los versos, pero en éste sí se

habla de las piedras. Lo que pasa es que no me lo sé entero. Tendré que leerlo.

—Repásatelo y nos lo recitas completo esta noche, ¿vale? —dijo Ustrum.

Salieron en dos grupos, igual que la mañana anterior. Pirela decidió continuar subiendo por el cauce, que con la lluvia había vuelto a llenarse de agua. Corría ahora un verdadero torrente.

«La tormenta ha derretido la nieve de las cumbres, —se dijo la chica— y, el río, ha vuelto a aparecer».

Ascendió por la orilla derecha, a veces el cauce se estrechaba y el río entraba en una especie de pasillo rocoso, que obligada a Pirela a dar un rodeo. La muchacha se preguntó cuál sería el nombre de aquel río. En un descanso sacó los mapas y el viejo libro. Se señalaban allí varios arroyos y dos o tres ríos importantes, pero todos ellos alejados del Pico del Huevo.

«Es una vergüenza que nadie se haya interesado por explorar estos lugares —pensó—. A estas alturas, sabemos menos de historia y de geografía que hace siete siglos. ¡Es increíble!».

Entretanto, Mela y Ustrum llegaron a un bosquecillo de álamos que sobrevivían en aquella tierra hostil. El niño se emocionó al verlos.

—Son preciosos, ¿no crees, Mela? Oye, Mela, ¿dónde te has metido?

La pequeña se había desviado a un lado. Chocó contra algo duro y dio un traspies. Estuvo a punto de caer de narices.

—¿Qué es esto? —chilló—. ¡Ven, Us! Apartaron algunas ramas espinosas y se toparon con una escultura extrañísima. Representaba a un ser parecido a un hombre, de ojos saltones y anchas narizotas, Aquel personaje sacaba la lengua en señal de burla, lo que les pareció de muy mal gusto. Mela se alejó a toda prisa.

—Es feísima —declaró—. Y parece que está rota por la mitad.

—No creo. Debían esculpir así, de cintura para arriba. ¿De dónde sacarían los modelos? En cuanto a belleza, no eran muy exigentes que digamos.

Colocaron las ramas cortadas sobre la estatua y volvieron al campamento. Habían acordado reunirse a la hora de comer.

Pirela no se acordaba de su cita. Acababa de alcanzar un desnivel donde el río descendía a trompicones. Penosamente, subió el escalón de roca y se encontró frente a una catarata que caía desde unos seis metros. El sonido del agua al estrellarse contra el fondo, asustó a la muchacha, pero estaba cansada y quería descansar. Se sentó en una piedra plana y lisa. Había otras muchas alrededor.

—¡No son rocas! —observó—. Este material es madera. Debe tratarse de troncos de árboles cortados hace muchísimos años.

Se levantó y se asomó al río. El sol formaba un espléndido arco iris al refractarse en el agua de la cascada.

«Traeré a los pequeños —se dijo—. Les gustará ver el arco iris».

El hambre la hizo apresurarse. Los niños la recibieron con gritos de alegría.

—¿Sabes qué hemos descubierto? —gritó Mela—. ¡Cuéntale, Ustrum!

Pero, sin dejar hablar al niño, contó ella misma el hallazgo de la escultura. Pirela decidió ir a investigar después de comer.

Pasaron de nuevo ante los álamos y levantaron los matojos. La estatua seguía allí,

contemplando el vacío con sus ojos salientes. Pirela se entusiasmó.

—Seguramente es obra de los aristanos —dijo—. En nuestro arte antiguo no existe nada igual... Hemos descubierto la primera huella de otra civilización, amigos. Mela sacó su libro de poemas.

—Para celebrarlo, voy a recitar el último trozo del poema de Ilio. A ver dónde está la página...
Ya. Leo:

¿Qué me espera a la vuelta sino barro y cenizas?
Volvería contento si supiera que un día
yo podré remontar los torrentes del Okes
y adentrarme en las luces de sus siete colores.
Regresaré al camino que penetra en la Arista
a través de las piedras de las Grandes Montañas,
hacia el lugar remoto donde viven las flores.

Pirela había escuchado los versos con expresión concentrada y atenta. De repente, se levantó y empezó a correr.

—¡Seguidme! —dijo—. ¡Vamos, rápido!

Llegaron al campamento. La muchacha les mandó recoger las cosas y los condujo hasta la cascada. Al llegar a los troncos petrificados, se volvió con la mirada encendida.

—A partir de ahora me aficionaré a la poesía, hermanita. Tus poetas son más exactos que todos mis historiadores juntos. Ese poema de las Grandes Montañas se refiere a la Arista: dice que hay una cascada, la del río Okes, envuelta en los colores del arco iris... Pues bien, ¡aquí está! Estos troncos son los árboles gigantes del poema: los árboles del camino que conduce a la Arista. Mela y Ustrum la miraban sin comprender.

—Si no me equivoco, éste es el río Okes —continuó Pirela—, y bajo la catarata se halla el pasadizo de entrada. ¿No os dais cuenta? *Adentrarme en las luces de sus siete colores*. Es así, ¿verdad, Mela?

—Ésas son las palabras, vamos a comprobarlo.

Bajaron una cuerda, Ustrum se ató un extremo a la cintura y descendió los ocho metros de desnivel. Las niñas le siguieron. No quisieron bajar los bultos; si Pirela se había equivocado, tendrían que subirlos de nuevo.

Una estrecha faja de tierra se interponía entre los chicos y el agua. Avanzaron con cuidado hacia la catarata. Había un hueco a la derecha, pero el chorro levantaba tanta espuma que no podían verlo bien.

—Voy a acercarme —dijo Ustrum—. He cogido una linterna.

Antes de que las niñas se lo impidieran, atravesó la cortina de agua y desapareció, los minutos transcurrían con una lentitud angustiosa. Mela comenzó a gritar.

—¡Sal, Ustrum! ¡Sal de ahí!

El estruendo de la cascada ahogaba su voz. Pirela estaba preparándose para ir en busca de su amigo cuando éste salió, se había empapado de arriba abajo.

—Hay un túnel, Pirela —dijo sonriendo—. Has dado en el clavo.

La muchacha le devolvió la sonrisa, contempló en silencio la cascada y luego el cielo.

—Está oscureciendo, vamos a bajar las mochilas, Mela. Ustrum, mientras, se cambiará de ropa.

Se pusieron los impermeables para atravesar el salto de agua y, uno tras otro, se introdujeron en el pasadizo.

Al principio andaban agachados, casi a gatas. Ustrum marchaba delante, seguido de Mela y Pirela.

—El pelo se me pega al techo —se quejó la pequeña—. Ojalá se agrande el túnel antes de que me quede calva.

Su deseo se cumplió. Poco después el pasillo rocoso se convirtió en una gruta bastante amplia.

—Podríamos parar aquí —propuso Ustrum—. Al menos, hay aire y se respira más a gusto.

Pirela consultó el reloj.

—De acuerdo. Es una buena hora para cenar. En adelante nos orientaremos por el reloj.

—Mejor será orientarse por el estómago —dijo su amigo—, y comer en cuanto nos entre hambre. Lástima que en esta cueva no haya nada comestible.

Tomaron una sopa caliente a la luz de las linternas, intentaron acomodarse para dormir, pero tardaron mucho hasta que encontraron una postura cómoda.

—Buenas noches —dijo Ustrum, apagando las linternas—. Que durmáis bien.

—No me atrevo a esperar tanto —gruñó Pirela—. Me conformo con poder dormir.

Sus voces resonaron en las paredes rocosas y, al alejarse, fueron despertando ecos dormidos desde hacía muchos, muchos años.



5. La ciudad perdida

EL despertador comenzó a sonar a las ocho en punto. En el túnel, privados de luz natural, los niños se levantaron con los compases de la «Sinfonía Ascendente» de Fas Dremo, famoso músico del grupo de Ni.

—¡Y el sol reaparece cegando las estrellaaas! —cantó Mela, desafinando terriblemente. Ustrum gimió y se tapó los oídos.

—Haciendo poesías quizá te hagas famosa, pero lo que es cantando...

—¡Pues a mis papás les agrada mi voz, para que lo sepas!

—Bueno, basta ya —intervino Pirela—. Desayunemos y salgamos pronto de este agujero. No me gusta estar aquí.

En este punto todos estaban de acuerdo. Comieron y se pusieron en marcha en seguida.

El pasadizo se prolongaba en un pasillo más alto que les permitía andar erguidos. A las once llegaron a otra cueva, ésta de grandes proporciones. Antes de desembocar en ella habían escuchado un rumor sordo, como de agua corriente. Las paredes rezumaban humedad y hacía frío.

—¡Fijaos! —exclamó Ustrum—. El ruido procede de un río subterráneo.

En aquel instante, el techo de la cueva pareció derrumbarse sobre sus cabezas. Atemorizados, los tres se echaron al suelo. Un chillido agudo recorrió la bóveda y se perdió por los pasillos rocosos.

Ustrum levantó la vista. Ya tranquilo, se puso en pie y se sacudió los pantalones.

—No pasa nada —dijo—. Había unos murciélagos en el techo, los hemos asustado y han salido volando.

Las niñas no se atrevían a levantarse.

—¡Uf, qué asco! —repetía Pirela—. Los murciélagos son unos bichos repugnantes. ¿Seguro que se han ido, Ustrum?

—¡Seguro! Sois las dos unas tontas. Pensáis que todos los animales son peligrosos, y eso es propio de personas ignorantes y estúpidas. Los murciélagos no atacan jamás a los hombres.

—Sí —reconoció Mela—. Pero son tan feos, los pobres...

Al fin se levantaron. La gruta goteaba agua, como si cayera una lluvia a cámara lenta. Cientos de estalactitas brillaban bajo las linternas, parecían sudar, con un sudor helado y pastoso.

Pirela enfocó el río, cuyas aguas negras y rugientes atravesaban la cueva de parte a parte. No lo cruzaría por nada del mundo.

—Es horrible —dijo su hermana—. ¿Tenemos que metemos en el agua?

—Por supuesto que no —contestó Pirela—. Tú no te muevas de aquí, Ustrum y yo buscaremos la salida de la cueva. ¡Con tal de que no esté al otro lado de la corriente!

El niño guiñó un ojo con picardía.

—Yo te guiaré. Sígueme.

Sin vacilar, condujo a su amiga a un rincón de la gruta. Pirela, asombrada, vio una grieta que se iba ensanchando pasados unos metros.

—¿Cómo la has encontrado? Está oculta entre estas rocas y no se ve hasta que la tienes delante de la nariz. —¡Ah! Es un secreto...

Mela se acercó arrastrando el equipaje. Sin pensarlo más, se Introdujeron en aquella especie de madriguera. Al principio tenían que gatear e incluso arrastrarse en algunos tramos. Mela no paró de quejarse.

—Me estoy ahogando —repetía a cada paso—. ¡Me falta aire! Salvadme, por piedad...

—Si continúas hablando, acabarás con el poco oxígeno que hay —la voz de Ustrum llegaba extraña y desfigurada—. Calla, Mela, haz el favor.

Por fin, el túnel se ensanchó y pudieron seguir de pie, aunque el techo aún era bajo para Pirela. De cuando en cuando se agachaba para no golpearse el codo.

Llegó la hora de comer, se sentaron en el suelo y desenvolvieron con tristeza el paquete de la comida.

—Tanta sopa me está cansando —dijo Ustrum— o salimos pronto, o vamos a morirnos de hambre.

—Da gusto viajar con compañeros tan optimistas —dijo Pirela, sarcástica—. En cuanto a ti, Mela, te pasas el día dando la lata. Me estoy hartando de oír tus lamentos, ¿te enteras?

Mela bajó la cabeza.

—Lo siento. Ya no diré ni una palabra. Hablaré con «Lula» solamente. A ella no la molesto.

Anduvieron en silencio el resto de la tarde. Sobre las nueve alcanzaron una nueva gruta y decidieron pasar allí la noche. Racimos de murciélagos colgaban sobre sus cabezas, pero las niñas se habían acostumbrado a su presencia y no protestaron.

—¡Qué bien se está! —exclamó Mela, que charlaba con «Lula» en una esquina—. ¿No notas un aire fresquito?

Pirela y Ustrum se estaban turnando para beber. Una de las cantimploras ya la habían vaciado por el camino.

—Oye, Us —dijo la chica, poniendo su más dulce voz—. ¿Quieres decirme cómo encontraste la salida al primer intento?

—Oh, vamos... Te pica la curiosidad, ¿eh?

—Sí. Parece cosa de magia. Dímelo, anda.

—Muy sencillo: mientras Mela y tú chillabais en el suelo, yo levanté la mirada y vi los murciélagos saliendo por la grieta. Entonces...

Pirela le interrumpió. Mela no estaba allí.

—¿Y Mela? ¿Dónde se habrá metido?

Se levantó y corrió hacia el túnel con el corazón encogido. Ustrum la siguió. Apenas habían avanzado unos metros cuando sonó un grito. Era la pequeña.

—¡Date prisa, Ustrum! —gritó Pirela.

Su amigo corrió más de la cuenta y tropezó con ella haciéndola caer. La linterna se apagó por el golpe. Antes de que pudieran reaccionar, un resplandor tembloroso se aproximó a ellos. Una luz les enfocó, cegándolos.

—¿Qué ocurre? —murmuró Ustrum. Una pierna de Pirela se le clavaba en el estómago y se ahogaba al hablar.

—¡Huy, qué gracia! —la voz de Mela era inconfundible—. Estáis la mar de ridículos. ¿Por qué os habéis tirado al suelo?

Los mayores se levantaron furiosos.

—¡Tú! —exclamó Pirela—. Así que eras tú...

—Nos hemos llevado un susto espantoso, Mela —añadió el niño—. No vuelvas a gastarnos bromas como ésta.

—¡No ha sido una broma!. Seguidme y veréis.

Los condujo pasillo arriba hasta un salón abovedado: a cada lado, las paredes estaban cubiertas de estatuas de piedra colocadas en fila, como si hicieran guardia. Recordaban a la que los chicos habían hallado en las montañas, pero eran más altas y de rostro más humano. Lentamente, los tres niños pasaron ante ellas; sin darse cuenta, habían bajado la voz y andaban de puntillas.

—Éstos no sacan la lengua, menos mal —dijo Mela. Su hermana aspiró con fuerza.

—¿No notáis una corriente de aire?

—Sí —contestó Mela—. Por eso subí, para que «Lula» respirara algo de oxígeno, pero al entrar aquí me asusté y grité.

La atmósfera del túnel se hacía más pura y ligera a cada paso. Pirela echó a correr. El eco de sus pasos retumbó en los pasillos.

—Coge las cosas, Us —dijo Mela—. Vamos detrás de mí hermana. Se ha ido sin esperarnos, la muy fresca.

Retrocedieron para coger las mochilas y se lanzaron camino arriba en busca de Pirela. El terreno ascendía y volvía a descender bruscamente. Iban tan aprisa que no vieron la luna hasta que Pirela los llamó.

—¡Eh, vosotros! ¿Pensáis que seguís aún en el pasadizo?

Su voz sonaba triste, pero los otros no se dieron cuenta.

—¿Estamos en la Arista? —preguntó Mela—. ¡Qué bien!

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz lunar, distinguió los contornos oscuros de un pueblo cercano. Ni un ruido. NI una ventana iluminada. Aquella ciudad silenciosa era una ciudad muerta y vacía.

—¿Esto es la Arista? —preguntó Ustrum—. ¿No queda nada en pie?

Pirela suspiró.

—No hay nadie. ¡Qué desilusión!

Mela se acercó a ella para abrazarla.

—No te desanimes. Todavía queda mucho por ver. A lo mejor la gente vive en otros pueblos. ¿Verdad, Us?

—Claro... Bueno, niñas: hay que buscar un sitio donde dormir.

Pisaban una hierba blanda que era un alivio para los pies de los caminantes, cruzaron la ciudad y llegaron a una pradera surcada por un riachuelo. Después de beber y refrescarse, volvieron a las ruinas.

—Voy a recitar una oración —dijo Mela—. Esta noche no me apetece leer poesías.

La oración era conocida por todos. Las tres voces se unieron al rezar:

*Si mis piernas están dudosas, muéstrales la senda;
si la senda se pierde en las sombras, ponme una estrella;*

*si a la estrella la ocultan las nubes, enciende una luz en mí.
y nada podrá apagarla jamás.*

EL DESPERTAR les trajo una maravillosa sorpresa. La luz les mostró una ciudad azul en mitad de un valle largo y estrecho. Enfrente, muy cerca, las montañas volvían a cerrarles el paso.

Pirela lo comprendió en seguida. ¡Aquel lugar no era el Valle Encantado!

—El pasadizo debe continuar hacia el este —dijo a los pequeños—. Esta ciudad abandonada se encuentra en medio de la cordillera, encerrada entre dos paredes montañosas.

Mela, dudaba.

—¿Y cómo lo sabes? Yo creo que estamos en la Arista, aunque no nos guste cómo es.

—Pirela lleva razón —intervino Ustrum—. La Arista es mucho más ancha y también más larga. Si te fijaras cuando vuelas te habrías dado cuenta.

—Uno no debe mirar hacia abajo mientras vuela —dijo Mela—. Además, mirar no sirve de nada, porque la Arista no se ve. Siempre hay nubes.

—Pero es suficiente para calcular las medidas del país que tenemos debajo —dijo Pirela—. Ahora buscaremos la salida y continuaremos el viaje.

Miró su vestido y añadió:

—Bueno, así no podemos ir, claro. Estas ropas piden a gritos un lavado. Nos bañaremos en el río ahora mismo... Sí, Mela, no pongas esa cara. Si hace frío, te aguantas.

En el arroyo encontraron varios manzanos cargados de fruta, Ustrum dijo que no eran árboles silvestres.

—Alguien los plantó hace mucho tiempo y se han ido asilvestrando. Por eso dan frutos más pequeños de lo normal. ¡Pero están buenísimos! Después del desayuno organizaron la búsqueda. Pirela dijo que prefería quedarse en la ciudad.

—Vale —dijo Ustrum—. Nosotros miraremos las montañas de enfrente.

Mela y él se marcharon juntos. Pirela subió a una de las torres, pues quería dibujar un plano de la ciudad.

La antigua urbe había sido construida con un material desconocido, transparente como el cristal, de un increíble color azul; un azul parecido al del cielo en verano, cuando el sol se ha ido y la noche aún no ha llegado.

Pirela imaginó que la ciudad habría sido fundada muchos siglos atrás. Sin embargo, apenas se notaba la acción destructora del tiempo. Hermosas casas con sus patios; jardines y fuentes; plazas, torres... Todo seguía en pie, intacto. Si acaso, los jardines ponían una nota de abandono en las casas; hiedras y maleza se adueñaban de las paredes y trepaban por las columnas cubriéndolas de flores.

«Las habitaciones están amuebladas, como si sus dueños se hubieran marchado de repente» —pensó Pirela intrigada—. ¿Qué pasaría?

Registró los armarios de las casas más grandes, pero no había ningún documento que explicara lo sucedido. La muchacha buscó durante el resto de la mañana algún sótano que pudiera ocultar el

pasadizo. No tuvo éxito y al final, cansada de andar, se tumbó en la hierba cerca del arroyo.

Ustrum y Mela habían seguido el curso del río. Recorrieron la pared del cañón examinando cada hueco, pero no dieron con la entrada del túnel. Al atardecer se reunieron con Pirela en una casa que ellos denominaron «de las Ocho Torres». Era el edificio más hermoso y mejor conservado, con un gran jardín en la parte delantera. La chica los esperaba allí, sentada en un banco de piedra azul.

—¡Hola! ¿Qué tal la excursión?

Mela se derrumbó a su lado.

—Bien, pero no vimos túneles. Me duele todo el cuerpo de trepar por las rocas.

—Y tú —preguntó Ustrum—, ¿has visto algo interesante?

Pirela les contó sus impresiones.

—Hace siglos que nadie vive aquí. Las casas están en orden, con ropas y muebles. Creo que sus habitantes las abandonaron temiendo alguna catástrofe.

—¿Qué tipo de catástrofe? —preguntó el niño—. ¿La Nube Negra, tal vez?

—O una epidemia, o un terremoto... No sé... Quizá no lo averigüemos nunca.

Con la puesta de sol ocurrió algo que les hizo interrumpir la charla. Durante el ocaso la ciudad brilló como si estuviera llena de luz, lanzando destellos azules y verdosos. Luego, poco a poco, se volvió opaca y se disolvió en la oscuridad.

—Es el pueblo más bonito que ha existido —afirmó Pirela—. O, al menos, lo fue cuando estaba habitado. ¡Qué pena! Espero que algún día vuelva a estarlo.

Se acostaron en una de las vetustas salas de la casa. Un polvo de siglos cubría el suelo. Pirela rasgó en tiras un cortinaje y limpió lo que pudo.

—Nada de charlas —ordenó—. Mañana nos levantaremos temprano.

—¿Muy temprano? —tembló Mela.

—Muy, muy temprano.

Por una vez los pequeños obedecieron. Fuera, el viento se arrastraba perezosamente por las calles. Al doblar las esquinas silbaba muy bajito, como si se quejara. La ciudad olvidada dormía, y ni el aire se atrevía a perturbar su sueño.



6. El final del túnel

A las siete y cuarto sonó el despertador musical. En esta ocasión, sus melodías no fueron bien recibidas, a Mela tuvieron que arrancarle la manta a tirones, en vista de que los argumentos verbales no surtían efecto.

Dedicaron la mañana a explorar la pared este. En vano. Después de la comida continuaron buscando. Pirela no ocultaba su disgusto. Por suerte, Ustrum encontró algo que le hizo olvidar su mal humor.

—¡Un madroño! —gritó el niño. Señalaba un arbolito cuajado de frutos anaranjados—. ¡Un verdadero madroño!

—Ya lo hemos oído —gruñó Mela—. ¿Qué tiene de particular?

Su amigo estaba consultando el libro de especies extinguidas.

—Sus frutos son comestibles. Aquí aseguran que están muy ricos, voy a comprobar si dicen la verdad.

—Si intentas subir hasta el árbol te vas a partir la cabeza —le advirtió Pirela—. Allá no suben ni las cabras.

—Claro. Si pudieran llegar se habrían comido todos los frutos. Yo los cogeré con ayuda de mi excelente puntería.

—¡Ustrum siempre tan modesto! —se burló Mela.

Sin embargo, tuvo que reconocer la habilidad del muchacho lanzando piedras. Las bolitas caían rodando hasta sus pies, donde las niñas las recogían.

—Reservadme algunos para examinarlos —dijo Ustrum. Pensaba anotar más tarde las características botánicas del árbol; por el momento, le interesaban más las de tipo gastronómico.

—Estos descubrimientos científicos me fascinan —dijo Pirela con la boca llena—; espero que haya otros árboles con frutos comestibles dentro de la Arista.

Continuaron andando hasta el lugar donde el valle terminaba; las paredes de la cordillera se unían encerrando la ciudad en un desfiladero. Cerca de allí había una cantera. Los chicos averiguaron entonces de dónde provenía aquel extraño mineral azul.

—Esta montaña parece de cristal —dijo Pirela—. Voy a coger un trocito de roca. Me lo llevaré de recuerdo. Ustrum le ofreció uno.

—¿Te gusta esta piedra? Tiene forma de lágrima, ¿ves?

—¡Oh, gracias! Y ahora, volvamos a la ciudad. La entrada no se encuentra por esta zona.

Regresaron a su casa y se sentaron en el viejo jardín. Mela, aburrida, se levantó y se entretuvo contemplando las estatuas que adornaban el patio. Representaban a adolescentes de ambos sexos, vestidos con graciosas túnicas cortas. Unos estaban tumbados mirando al cielo; otros, cómodamente sentados, tenían un aire pensativo, mientras los restantes dormían sobre un almohadón de piedra.

A falta de cosa mejor, la niña se distraía imitándolos. Iba de una a otra escultura procurando no alborotar. Sus compañeros seguían de mal humor, sobre todo Pirela.

Llegó a la última estatua y se detuvo frente a ella. Era una figura de niño esculpida en mármol. Su mano derecha señalaba hacia abajo. El dedo índice de la mano izquierda, colocado sobre sus

labios, indicaba silencio. Mela lo observaba con atención. Para verlo mejor dio un paso atrás, tropezó con una loseta y cayó al suelo. El golpe se lo llevó la parte más sufrida de su cuerpo.

—¿Te has caído? —le preguntó Ustrum, que se apresuró a ayudarla.

—¡No hagas preguntas estúpidas! —chilló Mela—. ¿No ves que estoy en el suelo?

—Te digo que no es nada. Has caído encima de una losa, pero está hueca y amortiguó el golpe, ¿ves?

Dio una patada y la baldosa resonó sordamente bajo su pie. El niño se sobresaltó.

—¿Has oído, Pirela? Ahí abajo hay una oquedad.

—¿Una qué? —Mela no comprendió la palabra.

—Un hueco, un espacio vacío —aclaró Pirela—. Aparta, Us. ¡Vamos a levantar la piedra!

Lo intentaron, pero pesaba demasiado.

—Esperad —dijo Ustrum, sudoroso—. Traeré un palo para hacer palanca.

Regresó del río con una rama bastante gruesa. Entre Mela y él lograron alzar la losa unos centímetros, los suficientes para que Pirela introdujera la rama. Entonces empujaron con todas sus fuerzas. La piedra cedió, descubriendo una especie de sótano.

La abertura era aún demasiado estrecha para que los mayores pudieran entrar. Apartar totalmente la loseta les costó un buen rato de esfuerzo.

—Veo unas escaleras excavadas en la roca —observó Ustrum—. ¿Quién quiere bajar?

—¡Yo no! —contestaron al unísono las hermanas.

—Pues yo tampoco, voto por que nos quedemos fuera hasta mañana. No tengo ganas de dormir en un pasadizo apestoso.

Las chicas se mostraron conformes. Aquellos días pasados bajo tierra habían resultado angustiosos y no tenían prisa por repetirlos.

—Tiene gracia —comentó Pirela—: al final, la entrada estaba a la puerta de casa, como quien dice.

Mela continuaba restregándose las posaderas.

—Gracias a mi poesía descubrimos el paso de la cascada, y ahora hemos encontrado el túnel gracias al porrazo que me he dado. ¿Qué me pasará la próxima vez?

—Te romperás las narices —bromeó Ustrum—. Será muy trágico y poético, ya verás.

Subieron al dormitorio, comieron y se acostaron Junto a una ventana.

—Aunque parezca mentira, me gusta dormir en el suelo —dijo Pirela—. Me he acostumbrado en el túnel.

—Pues yo prefiero mi cama, y «Lula» igual. La echo de menos, y también el beso de papá y mamá antes de dormir. ¿Qué harán ahora? Ustrum lanzó un suspiro.

—Vuestros padres y los míos deben estar muy preocupados. Y mi padre, en particular, se sentirá furioso, ¡pobre de mí, cuando me tenga al alcance de la mano!

—No te apures, —dijo Pirela, optimista—. Llegaremos en triunfo al Valle Amarillo. Los Responsables nos felicitarán y nuestros padres no nos reñirán, aunque lleven deseándolo mucho tiempo. Delante de la gente no les gusta hacerlo, ya lo sabes.

Ese discurso sobre psicología paterna no tranquilizó al niño.

—No estoy seguro. Ojalá ocurra como dices, pero... Todavía charlaron un rato. La luz

oscilante de las estrellas se colaba por la ventana y se posaba sobre las tres figuras inmóviles. Hacia la madrugada se levantó un viento frío, pero ellos no lo notaron.

Se despertaron al alba. Engulleron un rápido desayuno y bajaron al jardín.

—¡Vamos allá! —dijo Ustrum resignado. Encendió una linterna y comenzó a descender por la escalera.

—¡Huele fatal! —protestó Mela, que bajó en segundo lugar.

—Huele a cerrado —dijo su hermana—. Cualquiera sabe cuántos años habrán transcurrido desde que el túnel se bloqueó.

Afortunadamente, los escalones de piedra se mantenían en buen estado. Pronto pudieron caminar juntos, con gran alegría para Ustrum. Aunque no lo confesara, estaba harto de ir el primero en todas las ocasiones desagradables.

—No sé por qué bajamos tanto —dijo Mela preocupada—. Siempre que se baja hay que subir después. ¡Y las vamos a pasar moradas cuando nos toque la subida!

En seguida comprobaron que Mela llevaba razón. Habían desembocado en una gruta de grandes dimensiones. El suelo estaba pavimentado con losetas del mineral azul y las paredes limpias de todo adorno. El único ornamento consistía en una columna que ocupaba el centro de la cueva. Al fondo distinguieron una escalera, esta vez ascendente.

—En la columna hay algo grabado —observó Pirela—. Sacó un diccionario y empezó a traducir. Es una frase escrita en lúmico, el antiguo Idioma de nuestro pueblo. Se hablaba en todo el planeta, incluso en las Aristas, si hubiera estudiado más, no me vería ahora en este apuro.

Ustrum y Mela leían y releían las palabras esculpidas en aquel arcaico lenguaje.

—*PORINTE PASSO NOMAS QE AZULES PONDE PASSAR. AH TRASS OSI ROSADOS* —leyó Ustrum a trancas y barrancas—. ¡Menuda lengua! Sólo entiendo tres palabras: paso, pasar y azules, lo cual demuestra que éste es el camino acertado.

—Yo creo que dice: «Tomad por este paso azul y podéis pasar. Atrás hay osos y rosales» —tradujo Mela.

Su hermana soltó una carcajada.

—Pues no es así. Esa frase no contiene una invitación, sino una advertencia: «Por el interior del paso sólo los azules pueden pasar. Atrás todos los rosados».

—¿Y qué significa? —preguntó Mela—. ¿Algo malo?

—Lo ignoro. Los azules deben ser los antiguos habitantes de la ciudad azul. En fin, lo que me preocupa ahora es esa terrible escalera. Da la impresión de ser interminable.

La ascensión fue muy fatigosa. Con las piernas embotadas, cargados y respirando mal, aquellas horas de subida se les hicieron eternas. Sin embargo, valió la pena el esfuerzo. Un último peldaño los depositó en el interior del Valle Encantado, junto a un camino consumido por las lluvias y por el tiempo. Ese camino conducía a la Arista.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Ustrum—. Hemos llegado, ¿verdad, Pirela?

—Sí. Creo que estamos en uno de los montes del Valle de la Arista. Cuando lo rodeemos podremos ver el país, pero ya casi es de noche.

—¡Qué pena! —dijo la pequeña—, sólo hay un sendero que da vueltas y vueltas. Nada de bosques, ni caballos, ni madroños...

—Ten paciencia —le recomendó Pirela—. Verás todo eso y más.

Acababa el día. A lo lejos, como borrones de color oscuro, se marcaban los bosques. Los caminantes no los vieron, ocupados en mirar el suelo para no tropezar. Cuando se hizo noche cerrada pararon al lado del camino y sacaron las provisiones. Pensaban terminarlas completamente.

—¿Comeremos mañana? —se preguntó Ustrum en voz alta—. Los pantalones me quedan anchos. Todos hemos adelgazado en este viaje.

—Yo confío en recuperar mi peso allá abajo, gracias a la hospitalidad aristana. Su comida será buena, espero...

—No te hagas ilusiones —le aconsejó Mela, pesimista—. ¿Y si son antipáticos y avaros? ¿Y si comen sapos y porquerías por el estilo? ¿Y si...?

Pirela se enfadó.

—¡Cállate ya, cuervo! ¿No eres capaz de imaginar algo bueno, para variar? Anda, vete por ahí con tu «Lula» y cuéntale a ella las cosas tan horribles, tristes y peligrosas que nos aguardan. Os divertiréis mucho las dos.

Mela, ofendida, se separó de los demás. Se sentó sobre una piedra y pronto se quedó dormida. Los mayores la arroparon con su manta, pero ella no se enteró de nada. Durmió de un tirón toda la noche.

Al día siguiente fue la primera en despertarse. Cuando recordó que estaba en la Arista, se frotó los ojos y miró a su alrededor ansiosamente.

—¡Oh, no! —dijo—. ¡Siempre igual! Nubes y nubes, como cuando volamos por encima.

Una capa de nubes blancas cubría la Arista, ocultándola totalmente. Enfrente, en la lejanía, asomaba una cordillera parecida a la que acababan de atravesar.

Mela corrió hacia los otros y los despertó sin contemplaciones. Pirela frunció el ceño.

—Sí que es mala suerte... Entonces, las leyendas que hablaban de un país cubierto de una niebla eterna son ciertas.

—Pues yo no quiero ir a ese lugar tan feo —dijo su hermana—. Si las leyendas dicen la verdad, habrá monstruos, o topos...

—¿Gigantes y seres así?. No, hermanita. No cabrían por los pasadizos.

Ustrum consultó el reloj.

—Es muy temprano —dijo—. Lo más probable es que las nubes se deshagan cuando el sol empiece a calentar.

Su predicción se cumplió. Las nubes se evaporaron lentamente, formando grandes islas de vapor que flotaban en el cielo. Y, al fin, la Arista Encantada se dejó ver. Encajada entre las dos cordilleras, era como un largo cinturón verde. En la llanura alternaban campos y prados con colinas pobladas de árboles. A la derecha había una mancha brillante: el mar.

Silenciosos, los tres viajeros admiraban el paisaje. Y Mela, la poetisa, sintió que la belleza del Valle Encantado no podía expresarse con palabras. Por primera vez en su vida, la pequeña lumbanicense comprendió la otra poesía, esa poesía que no necesita rimas ni versos, ni siquiera palabras, porque está más allá del alcance de los hombres: la poesía eterna de la naturaleza. La Vida.

7. La chica del árbol

EL viejo sendero acababa en mitad del monte. A partir de ese punto, los chicos tenían que descender por una ladera revestida de matorrales. De todos modos, la bajada no ofrecía dificultad, pues había muy poca pendiente.

—¡Bueno! —exclamó Pirela—. Desde aquí nos las arreglaremos por nuestra cuenta. No queda más remedio que continuar campo a través.

—Esas plantas van a destrozarnos las rodillas —dijo Ustrum—, pero bajaremos deprisa. Cuando alcancemos los bosques podremos andar tranquilos. Los árboles nos ocultarán.

Los niños se habían puesto muy serios. Ahora ya sabían que en la Arista vivía un pueblo inteligente. La acción de los hombres había dejado su huella en el paisaje del Valle; aquellas manchas de color que se distinguían a lo lejos sólo podían ser campos de cultivo. De un momento a otro, los aristanos harían acto de presencia, y esta idea los asustaba.

—Propongo que nos escondamos hasta averiguar si los nativos son pacíficos —propuso Ustrum—. Seguramente lo son, pero con la prudencia no se pierde nada.

—¡Sí, estupendo! —aprobó Mela—. Quiero verles la cara antes de hablarles. Si se parecen a la estatua de ojos saltones, no me acercaré ni por la fuerza.

—Yo espero que se parezcan a las estatuas de la ciudad Azul —suspiró Pirela, romántica—. Representaban a personas tan guapas y agradables...

Tomaron muchas precauciones al descender, aunque no veían pueblos ni casas por los alrededores. Bajo el sol de mediodía, los chicos empezaron a sudar. También sentían sed. Pirela confiaba en que hubiera fuentes o manantiales, pero no aparecían por ninguna parte.

—¡Mirad! —señaló Ustrum—. Allá veo un bosquecillo de álamos. Y donde hay álamos y chopos suele haber agua.

—Ojalá —dijo Mela—. Sin agua ni comida moriremos sin remedio. Este Valle no tiene nada de encantador, se llame como se llame.

—¿Cómo que no? —dijo su hermana—. ¡Es un lugar maravilloso!

Ustrum, entretanto, había salido corriendo. Regresó al poco con la cantimplora llena de agua fresca.

—Bebed, criaturas indefensas —bromeó—. Ustrum os ha vuelto a salvar. Y ahora, vamos a buscar algo de comida por el bosque.

Guiadas por el niño, recogieron un montón de moras, fresas silvestres y grosellas maduras. No fue una verdadera comida, pero al menos entretuvo su apetito y les dio fuerzas para continuar.

—Ya no me importa el aspecto de los aristanos —dijo Mela—. En cuanto me tope con uno le pido comida, aunque me arriesgue a recibir un plato de hormigas fritas.

—Yo me las comería muy a gusto —añadió Ustrum con aire deprimido.

Hablando de su próximo encuentro con los habitantes del país, cayeron en la cuenta de lo sucios y maltrechos que estaban. Para no causar mala impresión, se cambiaron de ropa y se lavaron con esmero. Pirela acaparó el espejo durante un cuarto de hora. ¡Por nada del mundo dejaría que la sorprendieran despeinada y pringosa!

«Así está mejor —se dijo, complacida, después del aseo—. He vuelto a ser la Pirela de antes

del viaje».

Cuando llegó la noche se habían alejado bastante de la falda de la montaña. Formaron un improvisado colchón de brezos y se tumbaron de cara al cielo. A los pocos minutos dormían profundamente.

Hacia las cuatro de la madrugada, Mela empezó a gritar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pirela aturdida. No lograba dar con la linterna, Ustrum encendió la suya y enfocó la cara desencajada de la pequeña.

—Vamos, tranquilízate —dijo, mientras Pirela daba de beber a su hermana.

—¡No me dejéis sola! —sollozó la niña—. He visto a un aristiano. Se acercó a mí sin hacer ruido, pero yo me desperté y vi cómo me miraba... Tenía ojos de rana y la cara blanca, blanca...

Cuando se calmó, los mayores obtuvieron una versión más exacta de lo sucedido. Mela había escuchado un crujido: se despertó y vio un rostro pálido y desagradable, pero de apariencia humana. Fuese quien fuese, huyó en cuanto la niña se puso a chillar.

—¿Estás segura, Mela? —le preguntó Ustrum—. A veces yo tengo pesadillas de ese estilo, sobre todo cuando he cenado poco.

—¿Crees que soy tonta? ¡No era un sueño! ¡No lo era!

Pirela se apresuró a calmarla.

—Bien, bien... Nos has convencido, hermana.

Hizo girar la linterna enfocando las mochilas y las mantas. Una de las mochilas estaba abierta.

—Ustrum, mira esto: alguien ha estado curioseando por aquí.

—¡Os lo dije! —gritó Mela triunfante.

—No se han llevado nada —dijo Ustrum—. Pero vámonos a dormir a otra parte. Caminaremos hasta que se haga de día y luego decidiremos lo que sea necesario.

Echaron a andar en la oscuridad, sin atreverse a encender las linternas. Avanzaban a trompicones, pinchándose con las ramas de los zarzales. Dos horas más tarde, la claridad del día surgió detrás de la cordillera y se desbordó por la cima de los montes. Mela cayó dormida sobre una manta.

—Ayúdame a cargar a tu hermana —dijo Ustrum a Pirela—. Allá, a la derecha, hay un bosque de encinas donde podremos dormir tranquilos.

Cuando entraron en el bosque estaban al límite de sus fuerzas. El sol había saltado la barrera de los montes y brillaba sobre las encinas más frondosas que Ustrum hubiera soñado jamás.

—¡Hasta luego, guapas! —las saludó el niño—. Ahora no tengo tiempo, pero ya os echaré un vistazo cuando pueda.

Una exclamación de Pirela le hizo volver a la realidad.

—¡Mira!

Señalaba un claro del bosque donde crecía, solitario, un roble de anchísimo tronco. Hortensias, margaritas, dalias y rosas lo rodeaban formando un anillo multicolor.

—¡La casa de un hada! —murmuró Mela, despertando de su sueño.

En aquel mismo instante, una figura femenina salió del árbol y sacudió al sol sus largos cabellos negros.

¿Era una mujer o un espíritu del bosque?

Ante los maravillados ojos de los niños, la aparición se peinó y regresó al interior del roble. Sus movimientos eran silenciosos como el vuelo de una golondrina.

—¿Qué hacemos? —susurró Pirela—. No sé si fiarme de ella. No sabemos nada de estos extranjeros...

—Los extranjeros somos nosotros —corrigió Ustrum—. Recuérdalo bien, Pirela. Yo voy a llamar a esa chica. Parece simpática y es muy guapa.

—Opino como Ustrum —intervino Mela—. Quiero hablar con el hada que vive en ese árbol tan preciosísimo.

Repentinamente, una voz sonó a sus espaldas.

—Lamento no ser un hada, pero mi árbol está a vuestra disposición —dijo la dueña del roble. Al notar que los chicos tenían miedo, añadió—: ¡No os asustéis! Os vi al salir de casa, pero he disimulado para acercarme antes de que escaparais corriendo. Venís del Valle Azul, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó Pirela—. ¿Conocéis la existencia de nuestro pueblo?

—Por supuesto. Pero vamos a dejarnos de preguntas; tenéis cara de hambre y de sueño a partes Iguales. Os daré comida y luego dormiréis.

Mela sonrió.

—Sí no eres un hada, te pareces mucho a ellas —dijo—. En los cuentos siempre ayudan a los pobres niños perdidos entraron en el roble levantando una cortina de tela, sólo había una pequeña habitación con una mesa, tres taburetes y una cama. La joven de cabellos oscuros sacó de un armarlo tazones y platos y los llenó de leche, pan, manteca y miel.

—Sentaos en los taburetes —dijo—. Yo lo haré sobre la cama. El equipaje tendrá que quedarse fuera, porque mi casa es demasiado pequeña, como veis. Por cierto —añadió, mirando las mochilas—, ¿dónde habéis dejado los trajes de viento?

—No los hemos necesitado —contestó Ustrum—, como hemos venido a pie...

La chica se puso seria de pronto.

—¿A pie? ¡No es posible!

—Claro que lo es —aseguró Mela con la boca llena de pan—; nosotros lo hemos hecho.

—¿Os ha visto alguien? —preguntó la joven, nerviosa. Mela recordó su aventura nocturna y pensó que debía contarla.

—Lo más probable es que se trate del Guardián de las Montañas —dijo la muchacha, pensativa—. A estas horas estará siguiendo vuestras huellas.

Se asomó afuera y regresó más tranquila.

—Aún tengo tiempo para despistarle. Lo importante es que confiéis en mí y hagáis cuanto os diga. ¿De acuerdo?

Pirela se sentía disgustada ante tanto misterio.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —preguntó—. Nosotros no hemos hecho nada malo, aristana.

—Ya lo sé. Sin embargo, si averiguan cómo habéis entrado en la Arista, os impedirán volver con vuestra gente.

—¿No podremos regresar al exterior? —preguntó Ustrum asombrado.

—Nunca. Por eso debéis hacerme caso: cuando os pregunten, diréis que caísteis del cielo hace unos días, sobre las montañas. Habéis dejado allí los trajes de viento y habéis andado al azar.

Tras este discurso, la joven recobró su amable sonrisa.

—¡Vaya! Olvidé presentarme. Me llamo Aralia.

—Él es Ustrum; la pequeña es Mela, mi hermana, y yo me llamo Pirela. Somos exteriores, del grupo de Ni. Claro que tú no sabrás nada de nuestros grupos...

—Más de lo que te figuras. Pero sigue, por favor.

—Decidimos hacer este viaje por tierra para conocer si las leyendas decían la verdad. Y todo era cierto ¡Ah!, también pasamos por la ciudad de Piedra Azul. ¿La has visto tú?

Aralia estaba preparando las camas en el suelo.

—Pues no; no sé de qué ciudad hablas. Aquí no sabemos que existe una salida al exterior. Al veros en el bosque, os tomé por tres chicos accidentados. A veces caen algunos exteriores durante los días del Viento del Este.

Después de poner todo en orden, Aralia los ayudó a acostarse y se despidió cerrando la puerta tras de sí.

—Mientras dormís, yo vigilaré por si entran extraños. De todos modos, me será fácil saberlo; los pájaros me lo indican con sus trinos. Ellos me avisaron de vuestra llegada.

Al quedarse solos, los chicos se incorporaron e iniciaron un cuchicheo.

—¿Qué pensáis de las historias de esta aristana? —susurró Pirela—. Yo no confío del todo en ella.

—Pues a mí me gusta —declaró Mela.

Ustrum opinaba igual. ¿Acaso podía ser mentirosa una persona amante de la naturaleza? Él estaba seguro de que no.

—Ha prometido contárnoslo todo cuando nos despertemos, y yo la creo.

Pirela fue la última en cerrar los ojos. En realidad, no encontraba motivos para desconfiar de la encantadora jardinera aristana, pero presentía un peligro.

Lo primero que notó al despertar fue un fuerte aroma a pan recién horneado. Aralia entró y descorrió la cortina de la puerta.

—¡Buenos días! Levantaos y lavaos en el río, niños. Al volver os habré preparado un desayuno como para ocho personas.

Pirela se sorprendió.

—¿Desayuno? ¡Pero si ya hemos desayunado!

—Eso fue ayer. Habéis dormido muchas horas.

Los chicos se precipitaron a la puerta. El sol se asomaba sobre las encinas, hacia el este.

—¡Anda, pues es verdad! ¡Hemos dormido como lirones!

Cuando regresaron del río vieron que Aralia había cumplido su promesa. Había Incluso un pastel de pasas que resultó delicioso. Después de probarlo, Pirela se sintió mejor predispuesta hacia la cocinera, pero superó ese momento de debilidad.

—Esperamos que nos expliques el secreto del Valle, si lo hay —dijo—. Ayer no comprendimos nada.

—Por supuesto, pero no lo haré hasta que terminéis vuestro desayuno.

Pirela tuvo que contener su curiosidad mientras Ustrum saciaba su apetito, operación que le llevó sus buenos veinte minutos. Por fin, Aralia salió y se sentó al lado de los arbustos de

hortensias.

—Bien, amigos, sentaos y sed pacientes. Os advierto que mi historia es larga. Entonces, con un extraño acento aristiano, Aralia empezó a hablar.

8. Fimo llega

«**E**N primer lugar, debo decirles que no soy aristana, sino exterior, como vosotros, y que nací en el grupo de Ni. Como veis, somos compatriotas. Hace siete años salí del Valle Azul con mis padres y mi hermano, volando sobre la Arista vestida con el traje de viento. Una ráfaga de aire me separó de los demás. Fueron unos minutos horribles: caía y caía en medio de la niebla, sin ver nada y gritando de miedo.

»De pronto choqué contra algo y perdí el conocimiento. Tuve mucha suerte, pues vine a caer encima de este roble y las ramas amortiguaron el golpe. Un joven aristiano me encontró en este mismo lugar, desvanecida, y me llevó a su casa para curarme. Así inicié mi vida en la Arista, con la familia de Fimo, el muchacho que me salvó.

»Durante los primeros meses lo pasé muy mal. Lejos de mi pueblo y de mi familia, supe que estaba condenada a quedarme aquí para siempre. Al principio, todo me causaba extrañeza: el acento aristiano, sus ropas, las comidas, las casas... Pero lo verdaderamente difícil fue comprender su manera de pensar, son diferentes de nosotros en muchos aspectos, sobre todo en uno: su absoluta falta de curiosidad. Temen los cambios, lo nuevo, lo desconocido. No desean conocer a los exteriores y miran con desconfianza a los que hemos caído aquí por accidente. Pero bueno, eso vais a tener ocasión de comprobarlo dentro de poco.

»Los aristanos son muy amantes de las tradiciones; sus jefes se llaman Guardianes de la Arista y su misión consiste en conservar las cosas como en los siglos pasados. En parte, el resultado es bueno: respetan la naturaleza, aman sus bosques y son excelentes agricultores, pero, por otro lado, los Guardianes impiden el avance de las ciencias y del arte. Desde hace varios siglos, la Arista no ha conocido un poeta, un pintor o un científico original.

»Creo que la llegada de nuestros antepasados, en tiempos de la Gran Vergüenza, los asustó y contribuyó a su aislamiento. Todavía hoy piensan que nuestras tierras están cubiertas de cenizas y que nuestro mundo es ruidoso y sucio, lleno de máquinas grasientas. Y hay incluso quien sospecha de nosotros, los exteriores caídos en la Arista, y nos consideran espías o algo así.

»Pocos días después de mi accidente fui conducida ante uno de los Guardianes; me preguntó cómo había caído y me envió de nuevo con la familia de mi amigo, que cuidó de mí durante tres años.

»Por esas fechas yo había cumplido dieciocho años y había olvidado mis esperanzas de volver a casa. Entonces sucedió que el padre de Fimo, Vemo Bigil, fue nombrado Guardián. A partir de ese hecho mi vida al lado de los Bigil se volvió más y más difícil, pues Vemo es un hombre cabezota y muy racista.

»Fimo y su madre querían que me quedara con ellos, pero yo decidí marcharme lejos y buscar un hogar. Regresé a este bosque, junto al viejo roble que me salvó en mi caída, y aquí construí mi casa. Al cabo de unos meses, Fimo y Linay, su madre, vinieron a visitarme. Entre los tres hicimos los muebles y plantamos semillas en el huerto.

»Han pasado dos años desde entonces. Al padre de Fimo no le agrada que su hijo y su esposa viajen hasta mi bosque, pero ellos se escabullen cuando pueden. Precisamente, hoy es el día en que mi amigo suele venir, aprovechando la reunión de la Junta Local de Guardianes. Y... nada

más. Ya sabéis quién soy y cómo he vivido. ¿Hay más preguntas, Pirela, o estás satisfecha?».

Pirela bajó la mirada. En cambio, Mela hizo una pregunta.

—¿Por qué son tan malos esos Guardianes? ¿Hay que ver! Dejarte sola, sin padres ni amigos...

Aralia esbozó una sonrisa.

—No es que sean malos. Verás: es su modo de defender la Arista. Para ellos, los pueblos exteriores represe tan un terrible peligro.

—Pero nuestra gente es tan pacífica como la que más —dijo Ustrum.

—Sí, claro. El problema es que los aristanos no nos creen. Tampoco os creerán a vosotros cuando habléis con ellos.

Mela la interrumpió.

—¿Yo no quiero hablar con los Guardianes! ¿Dejarás que nos escondamos en tu casa, Aralia?

—Por supuesto. Por desgracia, creo que el Guardián de las montañas os ha visto y vendrá a buscaros antes o después. Bueno, más bien después; ayer cogí vuestros zapatos y fui dejando huellas falsas por todas partes. El pobre Guardián debe andar bastante despistado, pero es probable que aparezca esta misma tarde.

Iniciaron un paseo bajo las encinas. El día estaba cálido y tranquilo.

—Me encanta este sitio —confesó Pirela—. Lo que no comprendo es su clima; lo mismo hace frío que calor.

—A mí me ocurría igual al principio —dijo Aralia—. Luego me dijeron que en la Arista hace calor durante unos meses y frío el resto del año. Hay cuatro épocas llamadas estaciones, y ahora estamos en los últimos días del verano. En seguida se irá el calor.

Los exteriores la contemplaban con la boca abierta, verdaderamente, aquel Valle les reservaba muchas sorpresas.

Al atardecer, Aralia comenzó a sentirse inquieta. Después de dar docenas de vueltas por el jardín, subió a la copa del roble por una fila de estacas clavadas en el tronco.

—¿Eh, chicos! —gritó desde arriba—. ¿Queréis subir?

Pirela y Ustrum estaban deseándolo, pero Mela ni siquiera se atrevió a intentarlo. Al pie del árbol, sintiendo una pizca de envidia, vio cómo alcanzaban una plataforma de madera donde los esperaba Aralia.

Aquella plataforma parecía segura y contaba con una barandilla. Pirela, de todas formas, procuró no mirar hacia abajo y se dedicó a admirar el paisaje. A un lado estaban las Grandes Montañas; al otro, sobresalían unos picos afilados y desiguales.

—Ésa es la Cresta —dijo Aralia estremeciéndose—. Entraremos al Valle Amarillo por allí.

Los niños cruzaron una mirada llena de sorpresa. Pirela preguntó:

—¿Piensas venir con nosotros, Aralia?

—Si nadie se opone, sí.

Pirela y Ustrum lanzaron un ¡«Viva Aralia!»! que se oyó en todo el bosque. Mela, aburrida, preguntó si los de las alturas se habían vuelto locos.

—¿Aralia nos acompaña a casa! —contestó Pirela.

Al inclinarse para responder, salió de su camisa el colgante con la piedra azul que habían cogido en la ciudad.

—¿Qué llevas ahí? —se interesó Aralia.

La chica se lo enseñó y le contó su origen.

—Tiene un color maravilloso —se admiró Aralia—. En la Arista no existe este mineral. Procura que nadie lo vea, Pirela... —se interrumpió de repente y se quedó inmóvil, como si escuchara algo—. ¡Es Fimo! ¿No oís los cascos del caballo?

A su lado, Ustrum contuvo el aliento. Oía ya el ruido de las herraduras golpeando el suelo y su corazón galopaba al mismo ritmo que el animal.

—¡Cómo corre! —exclamó entusiasmado—. ¡Y tiene un pelo largo y negro como el tuyo, Aralia!

El sonido de los cascos se fue aproximando y cesó bruscamente. Mela había desaparecido tras los macizos de dalias, temblando de miedo; pero, a los pocos segundos, la curiosidad la impulsó a sacar la cabeza.

—¡Socorro! —chilló—. ¡Ayudadme!

El recién llegado se quedó con la boca abierta, una niña exterior había salido de entre los arbustos, causando bastantes destrozos en las dalias, y se había encerrado en el roble pidiendo auxilio. Luego, bajaron del árbol dos extranjeros más y, por último, apareció Aralia. Fimo se dirigió a ella.

—¿Qué significa esto? ¿De dónde salen estos tres rosados?

La chica se echó a reír a carcajadas.

—¡Qué despistada soy! —dijo—. Olvidé advertir a los chicos que los aristanos tenéis la piel de otro color. Llevo aquí tanto tiempo que vuestro aspecto me parece lo más natural del mundo, pero a ellos no les sucede lo mismo.

El aristiano se miró las manos que, como el resto de su cuerpo, eran de color azul pálido. Unos metros más allá los niños le observaban aprensivamente.

—Vamos al roble —dijo Aralia—. Ya hace un poco de fresco.

Una vez en el árbol, Aralia explicó al aristiano la historia de los niños. Al final del relato, Fimo se levantó y tendió la mano izquierda.

—Con la mano del corazón os saludo —dijo—. Sed bienvenidos al Valle de la Arista.

—Gracias —respondió Mela—, y perdona mis gritos de antes. Nunca había visto hombres de color celeste, pero me acostumbraré pronto.

Durante la cena charlaron poco, pero a los postres la conversación se había animado bastante. Mela quiso recitar una poesía, la misma que declamó antes de entrar en el pasadizo. Su instinto le aconsejó no recitar una de su cosecha; o tal vez no fuera su instinto, sino un puntapié disimulado de su hermana.

Afortunadamente, Fimo resultó ser un buen aficionado a la lírica... o, al menos, estaba muy bien educado.

—Yo no soy poeta —dijo—, pero en cierto modo soy músico.

—No te pases de modesto, Fimo —intervino Aralia—. Saca la narelina y toca un poco para los visitantes.

Los niños esperaron con gesto perplejo. Ignoraban en qué consistía la narelina. Fimo sacó de su morral una curiosa flauta, si pudiera llamarse así. Se componía de dos cañas en forma de uve,

en cuyo vértice acopló Fimo los labios, cada una de sus manos se colocaba sobre un tubo y los dedos del aristiano iban de un agujero a otro produciendo una música tan melodiosa como extraña.

—¿Os ha gustado? —preguntó Aralia cuando su amigo terminó la canción.

Ninguno contestó: estaban como hechizados. Y es que la narelina poseía un don especial; su sonido creaba imágenes fantásticas en la mente de los oyentes, visiones fugaces y bellas que se desvanecían con las últimas notas de la canción.

—¡Es lo más rimbombante que he oído nunca! —exclamó Mela. Fimo le dio las gracias, aunque la palabra «rimbombante» era nueva para él.

Aralia explicó que la narelina era el instrumento preferido de los aristanos. Su origen se perdía en las sombras de un pasado remoto, una antigua leyenda hablaba de cierto pájaro de plumaje azulado, último superviviente de una especie a extinguir. El pájaro, además de cantar como ninguno, también podía hablar; no se limitaba a repetir palabras, sino que entendía su significado y era capaz de crear sus propios pensamientos con más juicio que muchos humanos.

Antes de morir, aquella ave azul quiso perpetuar la memoria de su especie. Primero intentó transmitir su sabiduría al hombre, pero no lo consiguió. «Puesto que los humanos son demasiado torpes para comprender mi enseñanzas, les dejaré mi canto», dijo el pájaro, y enseñó a un pastor cómo se construye la narelina.

—¡Qué historia tan romántica! —se extasió Mela—. ¿Nos contarás más leyendas de la Arista, Aralia?

—Sí, pero en otra ocasión. Ustrum está impaciente por ver el caballo de Fimo, ¿verdad?

El niño se levantó de un salto y salió fuera. Las dos hermanas le siguieron.

Fimo y Aralia se quedaron solos. El joven preguntó:

—¿Vas a marcharte con los chicos, Aralia?

—Sí. Ahora conozco el modo de salir y no podría vivir tranquila en tu país. Quiero ver a mis padres y a mi hermano. Lo comprendes, ¿verdad?

—Claro que lo comprendo. Pero dime, Aralia: ¿volverás algún día?

Ella se retorció las manos nerviosamente.

—Volveré, Fimo. Y, aunque no lo creas, siento mucho dejar la Arista.

La llegada de los niños interrumpió su conversación. Aralia les explicó que el Guardián aparecería pronto y los conduciría a Zeryna, la ciudad más próxima. Allí vivía Pirreno Zyr, uno de los Guardianes de mayor rango.

—No os preocupéis: yo os acompañaré. Sé cómo tratar al Cuestor de Zeryna.

—Si te vas, el jardín quedará abandonado —dijo Fimo—. Yo cuidaré tus plantas en tu ausencia. No puedo ir a Zeryna porque el Cuestor me conoce y se lo contaría a mi padre.

Cogió el morral y levantó la cortina de la puerta.

—Os deseo un buen viaje —dijo.

Mela le dio un beso de buenas noches.

—¿Dónde vas a dormir? —le preguntó.

—Cerca del bosque, en cualquier rincón.

—¡Pobre! Ten cuidado con ese Guardián de las Montañas. Acuéstate en un sitio donde haya hojas secas y, así si viene él, escucharás sus pisadas y podrás atizarle en la cabeza con un palo —

aconsejó, agresiva.

—¡Bien pensado! —bromeó Fimo y saltó sobre su caballo—. Hasta la vista, y suerte.

En el roble sonaron voces hasta muy tarde. Cuando los chicos se durmieron, el bosque recuperó su calma nocturna. Dentro del árbol sólo se oían los ronquidos de Pirela, que se había dormido boca arriba.

—¡Hay que ver! —rezongó Ustrum—. Mañana le diré que ronca como un oso y tendrá la cara dura de negarlo. ¡Estas mujeres!

9. El Guardián de las Montañas

—¡D E JADME en paz de una vez!

Ustrum se sentó sobre la manta, desgredado y ojeroso. Deseaba seguir durmiendo, pero las niñas le sacudían sin piedad.

—Levántate ya, pesado —esa voz pertenecía, sin duda, a Pirela—. Aralia tiene algo que decirnos.

Ustrum se resignó. Tres mujeres obstinadas eran demasiado para cualquiera.

—¿Qué ocurre? —gruñó.

—El viejo horrible que nos espió va a llegar en seguida —dijo Mela, llorosa.

—Sí, Ustrum —confirmó Aralia—: los animales del bosque están inquietos. El Guardián debe andar cerca.

Se vistieron y se sentaron a la mesa sin mucho apetito. Estaban recogiendo la mesa cuando el Guardián apareció. Los chicos se quedaron paralizados, pero Aralia reaccionó a tiempo.

—Pase, por favor —dijo—. Le esperábamos.

El viejo la miró fijamente. A pesar de su edad, era fuerte y sólido; caminaba erguido y a rápidas zancadas. Llevaba barba de muchos días, una barba blanca que le tapaba la mitad del rostro.

—Vaya, vaya. Aquí tenemos a los tres pequeños exteriores escondidos en la casa del árbol —dijo—. He sido un estúpido al olvidarme de la jardinera rosada.

Aralia sonrió, picara.

—Ya ve, Guardián. Yo los encontré antes pero créame: ha sido por pura casualidad.

—No lo dudo. En cambio, ¿te atreverías a asegurar que me he despistado casualmente, también?

—No me gusta mentir, Guardián. Distraje su atención para que los niños pudieran descansar. No sabían nada acerca de este país y yo les he informado un poquitín Nada más.

El viejo escrutó los rostros de los exteriores. Mela, pálida, estrujaba a «Lula» contra su pecho. Ustrum parecía preocupado, y Pirela devolvió al anciano una mirada tranquila. No sentía miedo.

«Al fin y al cabo —pensó la muchacha— es como mi abuelo. Bastante gruñón, pero inofensivo».

El hombre tosió y apartó la vista, volviéndose hacia Aralia.

—Sabes que debo dar parte al Cuestor de Zeryna. Saldremos para allá hoy mismo. ¡Y nada de resistencias inútiles!

Una hora más tarde iniciaron la marcha. Dejaron atrás el jardín y se internaron en la espesura. Los pájaros, poco acostumbrados a la presencia de extraños, se agitaban a su paso.

—¡Adiós! —les susurró Aralia—. ¡No picoteéis mis frutas!

Salieron de los brezales y entraron en nuevos bosques. Aunque al principio no se atrevían a hablar, no tardaron mucho en iniciar sus charlas habituales. El viejo no les prestaba atención: marchaba delante, en silencio, saltando de un sendero a otro con un asombroso sentido de la orientación. A veces se paraba encima de una roca, sacaba la barbilla y alargaba el cuello, como si se guiara por el olfato.

En una de esas ocasiones se detuvo y habló a los chicos.

—Comeremos aquí. Sacad las viandas de las escarcelas y comed deprisa.

Pirela, Ustrum y Mela se volvieron hacia Aralia.

—¿Qué dice el Guardián? —preguntaron los tres a un tiempo.

—Escarcelas son las bolsas de piel que usan los aristanos —aclaró ella—, y el Guardián se refiere a vuestras mochilas. El lenguaje de la Arista no es exactamente como el nuestro, pero pronto lo comprenderéis.

Los niños soltaron una carcajada.

—Ustrum, por favor, pásame la escarcela —dijo Pirela con voz aflautada—, voy a tragarme las viandas en un abrir y cerrar de ojos.

El hombre le dirigió una severa mirada, pero ella siguió bromeando con sus amigos.

—Reíd, reíd —rezongó el Guardián—. La muchacha candonguera cree que va de excursión, pero en Zeryna será diferente. Sí, señor, muy diferente.

Sus palabras les hicieron reír aún más. Aralia les aclaró que «candonguera» significaba «bromista», y Mela anotó la palabra en su cuaderno.

—Más adelante haré un poema al estilo aristiano, con expresiones propias del país —declaró.

Mientras ellos hablaban, el viejo observaba el cielo con gesto de disgusto. El viento traía unas enormes nubes negras desde el mar.

—¡Eh, muchachos! Se avecina una tormenta. Si os apresuráis, podremos ponernos a cubierto.

Echó a correr por las veredas de la montaña. Los demás jadeaban a su espalda, intentando no perderle de vista. Mela tropezó varias veces y acabó por lastimarse una rodilla.

—¡Me duele mucho! —gritó—. No puedo correr tan aprisa, señor Guardián.

Pirela se encaró con él.

—¡Ya basta! ¿No comprende que estamos agotados?

—Sois unos blandengues, como todos los extranjeros —contestó el anciano—. Yo sólo soy un viejo, pero podría haber llegado hoy a Zeryna.

Aralia comenzaba a enfadarse.

—Esa ciudad está a veinte kilómetros. Cualquier niño aristiano se cansaría si tuviera que recorrerlos a pie. Hemos caminado horas y horas sin protestar y merecemos un descanso, ¿no cree?

El Guardián reflexionó.

—No era mi intención cansaros tanto. En fin, sólo quise evitar que la tormenta nos cayera encima. Conozco un lugar donde podemos resguardarnos de la lluvia.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando las primeras gotas cayeron sobre sus cabezas.

—Demasiado tarde —murmuró el hombre, Ustrum sacó la tienda y la levantó en escasos minutos, mientras las chicas cavaban un surco alrededor. De este modo, la lluvia no penetraría por los costados.

—¡Qué maravilla! —exclamó Aralia—. Ya no me acordaba de las tiendas del Exterior, tan fáciles de montar...

—¿Te gusta? —dijo el niño—. Pues entra, que te estás calando.

La lluvia arreciaba. El Guardián seguía fuera, cubierto con un grueso capote de tela

impermeable. A Mela le daba pena verlo allí, solo y mojado.

—Voy a decirle que entre —dijo.

—No sé si aceptará —observó Aralia—. Los aristanos son muy orgullosos.

La pequeña asomó la cabeza.

—¡Eh, señor Guardián! ¡Ven aquí!

La silueta oscura se incorporó un poco.

—En la tienda estarás caliente y seco —insistió Mela—. ¡Corre, que te vas a resfriar!

Como el aristiano no contestaba, la niña fue hacia él, lo agarró con fuerza y lo metió dentro de la tienda.

—Quítate ese abrigo tan raro —le ordenó—, y acércate a la estufa.

¡Quién lo hubiera supuesto! El terrible Guardián obedeció sin chistar y se retiró a una esquina. El hornillo tintaba los rostros con reflejos anaranjados. Pirela notó que el hombre se interesaba por el objeto; no le perdía ojo.

—¿Le gusta la estufa? —preguntó, esta vez sin asomo de burla—. Aquí, por lo visto, no hay modelos tan modernos. Y no lo digo para molestarle, créame.

El Guardián tosió antes de responderle.

—Es un cachivache interesante y curioso, no lo niego... Pero nosotros fabricamos cocinas, tiendas de lona y estufas igual de útiles, aunque más rústicas. Y ahora, decidme: ¿por qué viajabais tan cargados? Los rosados que caen en nuestra tierra suelen llevar unos cuantos vestidos y ese traje amarillo tan estrafalario que os sirve para volar.

Mela iba a contestar, pero recibió un pellizco de su hermana. Fue la mayor quien habló.

—Bueno... En realidad cogemos pocas cosas para volar cómodos, es cierto. Sin embargo, nosotros quisimos llevarnos el equipo de acampar, porque en el Valle Amarillo no hay tales equipos —mintió—. Nuestros padres no nos lo hubieran permitido, así que nos escondimos y volamos solos.

—Por eso nos hemos caído —añadió Ustrum—: por exceso de equipaje.

Ningún exterior habría creído una mentira tan tonta. No obstante, el Guardián tenía una idea muy confusa de la vida de los exteriores; cualquier comportamiento ab surdo le parecía propio de ellos.

—¡No me extraña! —dijo—. Hijos imprudentes y padres descuidados... Muy típico del Exterior.

Aralia suspiró aliviada. El Guardián de las Montañas era más amable de lo que cabía esperar.

«Ahora comprendo por qué no atrapó a los niños cuando los vio por primera vez —pensó—. Seguramente se compadeció de Mela al oírla gritar y decidió dejarles dormir tranquilos. Él no podía suponer que huirían al bosque. En fin, espero que mañana siga de buen humor».

El aristiano los despertó a las ocho de la mañana golpeando el techo de la tienda con su bastón. Mela salió antes que los demás. El cielo se había despejado por completo. Apoyado en su bordón de madera tallada, el viejo Guardián contemplaba los árboles.

—¿Te gusta el bosque? —preguntó a la niña—. Según mis noticias, los de tu raza no aman la naturaleza.

—Te equivocas, señor... ¿cómo te llamas? Los Guardianes también tenéis un nombre, como

todo el mundo, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, aunque yo casi he olvidado el mío. La gente me llama «guardián» a secas. Y como vivo solo...

—¿No echas de menos la compañía de otras personas?

—La gente es bastante pesada —respondió el viejo—: habla sin parar y piensa poco.

—Y no entiende de poesía —añadió Mela.

Un grito de Pirela interrumpió el diálogo.

—Mi hermana me llama para desayunar —dijo la niña—. Charlaremos durante el viaje, ¿vale?

El resto del trayecto fue más descansado. Discurría por caminos bordeados de árboles. En varias ocasiones, los caminantes vieron ardillas saltando de rama en rama. Ustrum distinguió a lo lejos la silueta de un ciervo, pero no pudo acercarse porque el Guardián insistía en que se apresuraran.

—¡Vaya latazo de hombre! —dijo el niño—. No me deja estudiar los animales del bosque, y yo he venido a la Arista para eso.

—Pues a mí me cae bien —dijo Mela—. Voy a hablar con él. ¡Hasta luego!

Los mayores la perdieron de vista. Pirela dijo que el Valle Encantado le sentaba bien a su hermana.

—Antes del viaje era una cobardica, pero se ha espabilado mucho en los últimos días. Anoche me dejó sorprendida.

—Creo que le ha caído en gracia al Guardián —sonrió Aralia—. ¿De qué hablarán ahora?

Mela y su nuevo amigo charlaban animadamente sobre sus respectivos países. La exterior intentaba cambiar los puntos de vista del viejo aristiano, aunque sin mucho éxito, a decir verdad.

—Verás, Rispérim —la niña ya había averiguado el nombre de su acompañante—; los exteriores vivimos en ciudades limpias y pequeñas. Además, también nos gustan las plantas y los animales. No hay tantos como aquí, pero no es culpa nuestra.

—Sí, lo es. Los rosados inventan máquinas peligrosas, explosivos y cosas así, perjudiciales para la naturaleza. Por eso vinieron a mí país, huyendo de la Nube Negra. Mela suspiró.

—¡Ay, Rispérim! Te lo he contado ya dos veces y aún no lo has comprendido. Eso ocurrió hace siglos; ahora usamos un gas limpio que se llama treptano. Tengo aquí una caja. ¿Te la enseño?

Rispérim retrocedió espantado.

—¡No, pequeña! Las invenciones del Exterior me producen escalofríos —al notar que Mela bajaba la cabeza, añadió—; Ten paciencia conmigo, como decimos en la Arista, «las ideas nuevas no entran en las cabezas viejas». ¡Y la mía es tan vieja!

Se detuvo de repente, y esperó a los rezagados. Se hallaban en la cumbre de una pequeña montaña allí se divisaba una llanura compuesta por una multitud de parcelas cultivadas. Los chicos buscaron en vano la ciudad de Zeryna, y preguntaron si faltaba mucho para llegar.

—Zeryna está junto a aquel bosque de pinos —dijo el Guardián—. Los árboles la tapan por completo, pero imagina que sigue allí. Las ciudades no suelen cambiar de lugar, al menos en la Arista..., aunque vosotros os las lleváis volando cada tres meses, ¿no es así, Mela?

—No, Rispérim. Continúas sin entender —dijo la niña desanimada.

Cerca de allí el camino se unía a una carretera ancha y bien trazada, surcada de huellas medio borradas por la lluvia de la noche anterior. Los campos, solitarios, se extendían a ambos lados del camino. A Ustrum le extrañó que nadie los cuidara.

—Es la hora de la comida y los agricultores han vuelto a sus casas —le explicó Aralia—. Además, el sistema de riego es perfecto y los aristanos no tienen que esforzarse demasiado. La tierra no tiene secretos para ellos.

Por fin, Zeryna comenzó a hacerse visible. Los árboles se bifurcaron, abriéndose en círculo. Las casas surgieron de pronto; construidas con piedra y cerámica de colores, tenían un jardín particular y un huerto. No eran uniformes. Cada una era distinta de las restantes, y los niños no habrían podido imaginar nada tan raro.

—Es el pueblo más extraordinario que he visto —declaró Pirela—. Ahora entiendo por qué no se distinguía desde el camino. Estas casas podrían tomarse por rocas. Son como... como...

La muchacha no terminó la frase. Le era imposible encontrar una comparación adecuada. Al hablar, el sonido de su voz sobresaltó a los otros e incluso a la misma Pirela. Aunque las calles estaban desiertas, tuvo la impresión de que alguien los observaba.

Y así era. A través de las ventanitas torcidas, cientos de ojos acechaban sus pasos.



10. Fiesta en Zeryna

SE detuvieron frente al edificio más grande y vistoso de la ciudad. Ante él se extendía un parque muy bien cuidado, con árboles de todas clases, fuentes y grandes macizos de flores. Los jardineros estaban regando; olía a césped recién cortado y a tierra húmeda.

—Es la casa de Pirreno Zyr —anunció Rispérim.

Atraídos por la noticia de la llegada de unos extranjeros, zeryneses de todas las edades se agolpaban a la entrada del parque. Al parecer, la presencia de rosados no era frecuente en la ciudad.

—¡Cómo nos miran! —dijo Mela, un poco asustada—. «Lula» se va a poner nerviosa.

Los zeryneses adultos comentaban en voz baja. Los niños se dividían en dos grupos: los asustadizos que se escondían tras las faldas de sus madres, y los atrevidos. Uno de éstos se acercó a Ustrum y le tiró del pelo. Afortunadamente, Rispérim les hizo pasar al interior del recinto, separándolos de los curiosos.

—Esperadme aquí —dijo—. No os mováis hasta que yo vuelva... Y no temáis nada de esos tontos. Son curiosos, pero no os harán daño.

Diez minutos más tarde regresó para recoger a los chicos. Para entonces el grupo de fisgones se había reducido a la mitad.

—Vaya, algunos mirones se han cansado ya —dijo el Guardián en voz alta—. Pues los restantes se van a quedar sin diversión. Andando, niños.

Entraron en la mansión de Pirreno, Cuestor de Zeryna. La decoración seguía el estilo aristiano clásico: suelos de madera, habitaciones de forma Irregular y ventanas que no debían servir para nada, ya que la luz venía de unos agujeros circulares abiertos en el techo. Las claraboyas estaban cubiertas con vidrieras: el sol, al atravesarlas tomaba el color de cada cristal.

Mela creía hallarse en el escenario de sus cuentos favoritos. Aquella casa podría pertenecer a un hada de los bosques, o tal vez a una familia de gnomos... Bueno, a los gnomos les resultaría demasiado grande, pero...

—¡Bienvenidos! —dijo alguien, sacando a Mela de sus ensueños—. Con la mano del corazón os saludo, extranjeros que pisáis mi hogar.

Habían llegado a un salón ovalado. Al fondo había varias sillas y un sillón ocupado por el cuestor.

«Nadie te confundiría con un hada —pensó Mela, defraudada—. Como mucho, te tomarían por un duende. Y por un duende muy feo, además».

Pirreno Zyr se incorporó y estrechó las manos de los viajeros. Hizo que éstos se acomodaran y, mientras les servían comida y bebida, se retiró a un rincón con el Guardián.

—Tiene un aspecto de lo más inofensivo, ¿no os parece? —dijo Pirela.

Los cuatro dirigieron la vista hacia Zyr: observaron su pequeña figura de piernas arqueadas y su barba canosa y rizada como la lana de una oveja.

—Es igual que el gnomo malvado de mis cuentos —dijo Mela—. Rispérim es mucho más elegante, aunque lleve ropas gastadas.

Los demás opinaban como ella.

—Sí, pero no creáis que el Cuestor es tonto —les advirtió Aralia—. Tened cuidado al responder sus preguntas.

El interrogatorio fue bastante largo. Pirreno era astuto, pero los niños siguieron el consejo de Aralia y se mostraron tranquilos.

—De modo que perdisteis las ropas amarillas ¿eh? —preguntó Pirreno—. Desde luego, vuestro caso no es común que yo sepa nunca han caído cuatro exteriores de una vez..., pero dejemos eso. El problema es qué hacer con vosotros. Debo enviaros con familias aristanas.

Aralia se apresuró a intervenir.

—Conozco esa ley, señor. Está establecido que antes consulte con otros Guardianes. Entretanto, yo querría cuidar de los chicos.

—Claro, claro... No obstante, tú eres una rosada. No considero conveniente dejarte su tutela.

Los niños palidecieron. Si los enviaban con familias de la Arista, sus planes nunca se llevarían a cabo.

—¡Espera, señor duen... digo, Cuestor! —dijo Mela, levantándose de la silla—. Si el Guardián de las Montañas se hace cargo de nosotros, ¿nos permitirías ir con Aralia?

Pirreno meditó unos instantes.

—Sí. Siempre y cuando Rispérin acceda, naturalmente.

Aunque no parecía muy contento, el viejo dio su conformidad.

—Entonces, todos de acuerdo —anunció el Cuestor—. Volveréis al bosque, pero no sin visitar Zeryna. Desde ahora sois mis huéspedes y se os tratará como tales.

Se despidió con una inclinación de cabeza, a la cual correspondieron los chicos. Al agacharse, la piedra azul que colgaba del cuello de Pirela se deslizó fuera del vestido. Su resplandor atrajo la atención de Pirreno.

—¿Qué es eso, muchacha? —preguntó intrigado.

—Es... una piedra.

—Por supuesto. ¿Cómo se llama?

—Pues, en realidad, no tiene un nombre especial. Yo la llamo piedra azul.

El Cuestor hizo girar el mineral entre sus dedos, admirado de aquel brillo que se transformaba en chispas de luz azulada.

—Un nombre muy vulgar para un material tan hermoso —dijo—. Nunca he visto algo semejante —al notar la agitación de Pirela, añadió—: Soy geólogo aficionado, pero la idea de arrebatarte tu piedra no se me ha pasado por la cabeza. Tranquilízate, niña.

A continuación les informó sobre la situación de sus habitaciones y los dejó solos. Mela corrió a besar al Guardián.

—¡Gracias! Eres un sol, Rispérin.

—Te has portado muy mal, Mela, poniéndome en un compromiso con el Cuestor. Pero no cantéis victoria todavía, picaros exteriores. Y ahora vamos a nuestras cámaras.

Aralia se adelantó a la pregunta de Mela.

—Eso significa «habitación».

La niña sacó su libreta y tomó nota.

PASARON UNAS HORAS inolvidables en Zeryna. Les estaba permitido entrar y salir a su antojo en compañía de Rispérim. Lo peor era que el anciano no quería pasear por la ciudad, pues le disgustaba la curiosidad de la gente.

—Deberían ir a trabajar en vez de perseguimos como idiotas —rezongaba—. No los soporto. ¡Moscones, eso es lo que son!

Zeryna era tan hermosa como tranquila. A los visitantes les maravillaba aquel aire peculiar de la ciudad, salvaje y civilizado al mismo tiempo. En lo que respecta a sus habitantes, todos tenían vocación de jardineros. Los padres enseñaban a los hijos a cultivar las flores y el huerto familiar. Según les dijo Rispérim, los concursos de flores de Zeryna tenían fama en la Arista.

Mela caminaba junto al Guardián. A las dos horas, su amigo conocía al dedillo la corta historia de la niña rosada. Exceptuando, como es lógico, el viaje a través de las Grandes Montañas. Mela se lo hubiera contado, pero los mayores se lo habían prohibido terminantemente.

—Como te iba diciendo —continuaba la niña, incansable—, tenemos unas centrales de treptano que funcionan solas. Hay una en cada Valle.

—¡Qué cosas! —repetía el viejo—. No acierto a comprender ese mundo vuestro, tan complicado.

Llegaron a una plaza bordeada de tilos. Anochecía. Los zeryneses acudían en grupos, cargados con unas enormes cestas de comida.

—La oscuridad nos protege de los cotillas —suspiró, aliviado, el Guardián.

Se sentaron y sacaron la comida, Ustrum dijo que la cocina aristana le gustaba tanto como la del Exterior.

Rispérim sonrió complacido.

—Aquí disponemos de lo mejor en verduras y frutas, aunque yo no soy tragón. A decir verdad, apenas como.

—Se te nota —dijo Mela, descarada—. Estás más flacucho... Bueno, Us también lo está, pero él se zampa todo lo que pillá.

El niño se defendió.

—Necesito alimentarme después de un viaje tan largo... por aire, quiero decir —añadió, al comprender que se había ido de la lengua—. El vuelo cansa mucho, ¿verdad, niñas?

Rispérim no sospechaba nada.

—Si yo tuviera que dejarme arrastrar por el viento —dijo—, me desmayaría de la impresión.

Se puso en pie y sacudió las migas que salpicaban sus pantalones.

—A dormir, jóvenes. Mañana nos levantaremos al amanecer.

Las habitaciones que Pirreno les había reservado resultaron ser amplias y acogedoras. Una cortina servía de puerta; delante de ella encontraron tres pares de botas blancas y un cuarto par de color anaranjado.

—Las blancas son para nosotras —dijo Aralia—. Las otras son para ti, Ustrum.

Mientras las chicas se las probaban, Ustrum apartó la cortina y entró en el cuarto, cada esquina contenía una cama protegida con visillos. Una fuente de piedra ocupaba el centro de la habitación. Al lado de cada cama había un paquete cuidadosamente envuelto.

—Son ropas zerynesas —comprobó el niño—. Fijaos, chicas: las han elegido de nuestra talla.

Cuando Rispérin pasó a darles las buenas noches y los halló vestidos de aristanos, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¿Sois vosotros de verdad? Esas ropas os sientan muy bien, pero es hora de que os pongáis los camisones. Espero que la música no os desvele: hoy hay fiesta en Zeryna y las canciones se oyen desde muy lejos. Hasta mañana, chicos.

Tal como el Guardián había dicho, la música se colaba a través del agujero del techo. Para escucharla mejor, Aralia apoyó los pies en la fuente y recorrió la vidriera.

—Debe tratarse de un concurso floral —dijo—. A los aristanos les gusta organizar verbenas y bailes al aire libre. Comen, bailan y se divierten mucho.

—¿No podríamos ir nosotros? —preguntó Pirela—. Sólo un ratito, para ver cómo es.

—Imposible. Si el Cuestor se enterara, nos meteríamos en un buen lío.

Pirela no se dio por vencida:

—De lejos, nadie notará nuestro color. Y podríamos taparnos la cara, que es lo único visible; los vestidos nos cubren las piernas y los brazos.

Aralia paseó por el cuarto, pensativa.

—¿Taparnos la cara? —dijo—. ¡No! Hay un sistema mejor.

Salió al pasillo y regresó con un frasco de cristal.

—Aquí os traigo la solución. Las aristanas suelen maquillarse con esta crema azulada para acentuar su color. He cogido un tarro de la esposa de Pirreno. Pintados con ella, nadie nos reconocerá.

—Yo me pondré guantes —dijo Pirela—. Me pintaré la cara solamente. ¿De dónde has sacado este potingue?

Aralia había descubierto la crema en un cuarto de baño de la planta baja. Los dueños de la casa se habían ausentado; seguramente, pensó la chica, estarían presidiendo los festejos. Así pues, entró en las estancias particulares sin el menor escrúpulo y cogió el tarrito del armario donde la señora Zyr guardaba sus cosméticos. Si la dueña hubiera vuelto de improviso, sorprendiendo a su invitada con la crema, no se habría enfadado.

Esta tolerancia, que a los habitantes de otros planetas les resultará bastante rara, es habitual entre los lumbanicenses y también entre los aristanos. Piensan que las cosas, al ser sustituibles, no tienen mucho valor. En cambio, son muy suspicaces con sus plantas y huertos. Consentirían que cualquiera usara sus objetos personales, pero se enfadarían si esa persona cortara una flor sin permiso, por poner un ejemplo.

Una vez maquillados, los chicos salieron a la calle y siguieron a unos grupos de zeryneses que se dirigían al baile. Por el camino, Aralia les hizo una serie de advertencias.

—Hablad lo imprescindible cuando haya gente cerca. Vuestro acento exterior se nota mucho. Y nada de llamar la atención, ¿eh, Pirela? Te has puesto muy guapa pero es mejor que los chicos de la localidad no se den cuenta.

El sendero se abrió de pronto en un extenso claro rodeado de pinos. El lugar central lo ocupaba la orquesta. Alrededor de ella giraban las parejas al compás de las narelinas y las arpas. Después había un espacio cubierto de mesas. Una multitud de zeryneses contemplaba los bailes entre bocado y bocado, con aire de tranquila indulgencia.

—Aún queda una última advertencia, dirigida a las dos jovencitas —dijo Aralia—: si un chico os invita a bailar y deseáis aceptar, responderéis «sí» por tres veces. Si sólo lo decís una vez, el pobre chico creerá que le habéis rechazado. Recordadlo por si acaso, aunque espero que nadie os saque a la pista. Con el calor podría correrse el maquillaje.

—Vale, vale —dijo Ustrum, emocionado a la vista de la comida—, pero daos prisa.

Ocuparon una mesa y se confundieron con el gentío. Zeryna al completo asistía al baile. Las mujeres lucían sus mejores vestidos y se adornaban con guirnaldas de flores. Algunos tocados eran tan artísticos que, a decir de Ustrum, las muchachas que los llevaban parecían macetas andantes.

—¡Ay, Pirela! —dijo Aralia en voz baja—. Creo que ese muchacho viene a invitarte. Ten cuidado.

Un zerynés de aspecto simpático se acercó a Pirela y le sonrió.

—¿Puedo tener el honor de bailar contigo?

La falsa aristana olvidó los consejos de Aralia y respondió que sí. El joven, decepcionado, se dio la vuelta.

—¡Boba! —cuchicheó Mela—. Te has olvidado de los tres síes.

—¡Sí, sí, sí! —se apresuró a decir Pirela.

Instantes después se esforzaba en seguir el compás fijándose en las demás parejas.

—Lo hace bien —comentó Aralia—. ¡Menos mal!

Mela, mientras, esperaba una pareja: el tiempo transcurría y nadie la invitaba.

—Vamos, Ustrum —ordenó, cansada de aguardar—, como los zeryneses no me invitan, tendrás que hacerlo tú.

El niño se esforzó noble y caballerosamente en armonizar sus pasos con los de Mela, pero los resultados no fueron demasiado satisfactorios. Por eso, cuando el Cuestor anunció un concurso de danza libre, Mela lanzó a su pareja una mirada de profundo disgusto.

—¡Qué desastre! ¿Acaso no merezco algo mejor? ¿Acaso...?

A Pirela le iban bien las cosas. Aralia notó que la pareja de su amiga era la más admirada.

«Ojalá no gane —pensó—. Si el Cuestor la reconoce...».

Procuró acercarse a la muchacha y advertirle del peligro, pero la multitud se lo impidió. Acababa de fallarse el premio a favor de Pirela y su compañero, decisión muy aplaudida por el público.

La pareja triunfadora subió al estrado de la orquesta para recibir el premio. Éste consistía en dos grandes cestas de fruta que recibirían de manos del propio Pirreno. Pirela se inclinó exageradamente, esperando que el pelo le tapara la cara.

—Un premio merecido —dijo Pirreno Zyr.

Aralia contuvo la respiración. Veía un pedazo de cordón asomando por el escote de Pirela y recordó el interés que el Cuestor había demostrado aquella mañana por la piedra.

«¡Que no salga el colgante! —deseó en su interior—. ¡Que no salga, por favor, Dios mío!».



11. De nuevo en el árbol

FIMO había pasado tres días de aburrida espera. Durante ese tiempo se distrajo podando los árboles y cuidando el jardín. Trabajo no le había faltado; pero, a pesar del cansancio, las noches se le hacían muy largas. No podía dormir pensando en Aralia.

«Sí ha decidido volver a su país, no lograré impedirselo —se decía—. Además, comprendo sus razones para irse. Lo fastidioso es que ocurra ahora, cuando estoy a punto de emanciparme».

Al cumplir los veinte años, casi todos los jóvenes aristanos se construían una casa y empezaban a vivir solos, dependiendo de su propio trabajo. Fimo tenía ya veintitrés años. No se había emancipado antes porque Linay, su madre, le necesitaba, ya que Vemo Bigil viajaba mucho por razón de su cargo.

—Papá ha decidido dejar el cargo de Guardián para ocuparse de la tierra y estar con mamá. ¡Qué mala suerte! —se repetía Fimo—. Dentro de un mes seré libre y podré cuidar de Aralia, pero ella ya no estará aquí.

Llegó la tarde del tercer día. El aristiano se echó en el suelo, cerca del roble. Sus amigos llegarían pronto y no convenía que el viejo Guardián le encontrara por allí.

«Tardan demasiado en regresar —pensó—. Si esta noche no han venido, iré a buscarlos».

Una lluvia de hojas le cubrió la cara. Las copas de las encinas se movían como si un viento misterioso las sacudiera. Eran los pájaros anunciando la presencia de Aralia.

El Guardián también observó las señales de las aves. Los jóvenes le seguían a bastante distancia, arrastrando los pies. Rispérim, que ignoraba su escapada nocturna, no se explicaba ese repentino cansancio.

—Espabilaos, chicos —les dijo—. Ya estáis en casa.

Pirela caminaba en silencio, recordando la fiesta. Su pareja de baile, un zerynés llamado Acebo, la había salvado de ser reconocida por el Cuestor.

—Cuando Pirreno se acercó a mí, Acebo se colocó entre los dos y me tapó —explicó a sus amigos después del baile—. Y eso no es todo: él sabía que soy una rosada. Nos vio por la mañana en casa del Cuestor y se fijó bien en mí..., o sea, en nosotros, pues me reconoció a pesar del maquillaje. Si no llega a ser por él...

—¿Y si es un chivato? —dijo Mela—. Irá a decírselo al Cuestor y nos separarán de Aralia.

Su hermana se enfadó.

—Cállate, mocosa. Acebo pudo descubrirme y no quiso, ¿entiendes?

No; no podía entenderlo porque Pirela no les contó el final de la historia. Después del concurso, el gentío se dispersó y arrastró a los ganadores, con cestas incluidas, fuera de la pista de baile. Mientras sus amigos la buscaban, Pirela habló con el zerynés.

—Bailas estupendamente —decía Acebo—. Tu estilo es muy especial; se nota que no eres de aquí.

La chica dio un respingo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu acento. Debes de ser de Almendruco, ¿me equivoco?

—¡Vaya! Pues has acertado a la primera...

—¿Es bonita tu ciudad?

—Sí... —contestó Pirela y, prudentemente, añadió—: ¿No has estado nunca allí?

—No.

Tranquilizada sobre ese punto, la exterior fue describiendo con todo detalle la ciudad de Almendrugo. Por suerte, Mela la vio y la llamó.

—Tengo que marcharme —dijo Pirela, aliviada—. Gracias por ayudarme a ganar la cesta. Me he divertido muchísimo.

Acebo se puso la mano izquierda sobre el corazón y la colocó un momento en la frente de Pirela, según la costumbre aristana.

—Hasta la vista. Encontrarte aquí ha sido una agradable sorpresa. Cuando te vi en el jardín del Cuestor, está mañana, pensé invitarte, pero no conseguí aproximarme a vosotros. Y, por cierto, tu color natural te sienta mejor —comentó antes de alejarse.

Pirela le siguió con la mirada. ¡Él conocía la verdad y, sin embargo, no la había delatado! Entonces, Fimo no era el único aristano comprensivo y amistoso, sino que había otros como él...

—¡Eh, Pirela! —Ustrum arrojó una piedrecita que hizo diana en la nariz de su amiga—. Vamos a empezar a cenar.

Habían sacado la mesa al jardín para estar más cómodos. Fimo, escondido entre la maleza, los contemplaba con cierta irritación.

«Ojalá se vaya pronto el Guardián —pensaba—. Si al menos pudiera oír su conversación».

De haber escuchado lo que Mela decía en aquel justo momento, se hubiera enfadado aún más.

—¿Por qué no te quedas a dormir, Rispérim? Es tarde y puedes perderte en la oscuridad.

El viejo soltó una risotada.

—¿Perderme yo por estos parajes? No, hija. Llevo más de cincuenta años como Guardián de las Montañas y jamás me he extraviado, ni cuando me instalé aquí, siendo mozuelo. Es fácil orientarse en los montes cuando uno los ama. Cada árbol, roca o matorral es diferente de los otros, igual que cada persona es distinta de las demás.

—Pues a mí los aristanos me parecen iguales —declaró Mela—, con sus caras azules y sus ropas largas...

—Eso dicen los aristanos de nosotros —intervino Aralia—. ¿Verdad, Rispérim?

—Sí, pero es una tontería. Yo os distingo perfectamente desde que os eché el ojo encima.

Ustrum empezó a reír.

—A la primera a la que le echó el ojo, como usted dice fue a Mela. La pobre se asustó mucho: le tomó por un monstruo y quiso pegarle con un palo.

El Guardián se sobresaltó.

—¿De veras, pequeña?

—Eso ocurrió antes de conocerte —se disculpó la niña. Al ver que el viejo recogía sus cosas, gritó—: ¡No te marches! ¿Te has enfadado conmigo?

—¿Yo, enfadarme? Qué va, Mela. Me voy porque tengo trabajo en mi cabaña. Aralia sabe dónde vivo. Podríais visitarme antes de que Pirreno envíe a buscaros.

—Buena idea —aceptó Aralia—. Tal vez vayamos.

El Guardián, escarcela al hombro, desapareció rumbo al oeste. Fimo salió de su escondite y

ocupó la silla vacía.

—Hola, amigos. He pasado muy malos ratos preguntándome si os habrían descubierto. Por lo que veo, todo ha ido bien.

Mientras cenaban, los chicos fueron relatando sus aventuras; al llegar al baile, Fimo rió de buena gana.

—Así que engañasteis al propio Cuestor, ¿eh, mocosos? ¿Y de quién fue la idea de pintaros la cara?

—Mía —contestó Aralia—, pero luego me arrepentí de ponerla en práctica. Pirela hizo conquistas entre los lugareños y faltó una pizca para que Pirreno la reconociera.

—No me lo recuerdes, por favor —pidió la muchacha, ruborizada.

La noche había caído y ya refrescaba. Fimo los mandó a dormir y se fue a su rincón, al lado del huerto.

—Buenas noches. ¡Ah!, y no les permitas charlar demasiado, Aralia, o mañana tendré que prender fuego al roble para ponerlos en pie.

No le hicieron el menor caso. La misma Aralia sacó el tema de su próximo viaje.

—Nos iremos pronto —dijo—: antes de que os envíen con gente de la Arista.

—Me gustaría visitar la Arista antes de irme —dijo Ustrum—. Por lo menos, esta parte del país. También querría descansar un poco; las niñas y yo necesitamos recuperar las fuerzas.

—Sí, tienes razón. Podemos ir a casa del Guardián, sin prisas, de excursión... Pero es muy tarde ya. Hablaremos mañana, chicos.

Cuatro pares de ojos se cerraron para volver a abrirse inmediatamente. Las emociones del último día los habían desvelado.

—¿Sabes contar historias, Aralia? —preguntó la vocecilla de Mela—. No tengo sueño todavía.

—He olvidado los cuentos de nuestra tierra, pero conozco leyendas del Valle Encantado. ¿Duermen los mayores?

—No. Te escuchamos.

Mela acomodó a «Lula», la arropó hasta el cuello y estiró con cuidado las pequeñas orejas de fieltro.

—Pues bien —empezó Aralia—, la leyenda que voy a contar trata de los primeros pobladores de la Arista: un pueblo primitivo y numeroso, cuya piel era tan rosada como la nuestra. Su característica más acusada consistía en la crueldad; perseguían los más bellos animales hasta darles muerte, por pura diversión o acaso para que sus mujeres lucieran pieles en sus vestidos. Tampoco el mundo vegetal se libraba de su ferocidad. Bosques enteros fueron talados y hasta quemados, mientras los restantes se llenaban de desperdicios.

»El hombre actuaba como si deseara destruir la naturaleza y, poco a poco, la Arista fue perdiendo su hermosura hasta convertirse en una especie de basurero.

»Al cabo de los años sucedió lo inevitable. Cuando los hombres destrozan su medio natural, cuando emplean la violencia contra otros seres vivos, acaban por volcar esa agresividad sobre sí mismos. Se iniciaron luchas entre los propios humanos hasta que, de repente, la Arista se libró de su presencia. No se sabe cómo ni por qué desaparecieron los pueblos de rosados..., pero así ocurrió, y, gracias a ello, crecieron de nuevo los árboles, las praderas se llenaron de ciervos y en

los ríos saltaron, como antaño, enormes truchas plateadas.

»En el Valle Encantado nada recordaba la dañina presencia de los hombres. Nadie los echaba en falta. Sin embargo, el Espíritu encargado de velar por la Arista notó su ausencia y convocó a los seres vivientes para informarse de lo sucedido.

»—El hombre debe vivir en este Valle, pues así lo ha dispuesto el Creador —dijo—, y regresará de nuevo a estas tierras. No obstante, he de conocer vuestra opinión: no sería justo imponeros un dueño que no deseáis.

»El primero que tomó la palabra fue un viejo ciprés, representante del mundo vegetal. Era el más anciano de los árboles y se había salvado de la tala porque los hombres no apreciaban su madera.

»—¡El hombre! ¡El hombre! —repitió con desdén—. ¿Qué han hecho los humanos para merecer tantos privilegios, si puede saberse? Nosotros —vegetales grandes y pequeños— sólo hemos recibido malos tratos a cambio de los servicios inapreciables que prestamos a esos ingratos... ¿No saben, acaso, que sin nosotros no podrían existir? Pues ellos, en vez de respetarnos y cuidarnos, nos quemaron, pisotearon y cortaron con la mayor insolencia, incluso rajaron nuestros pobres troncos para grabar sus nombres en ellos, como si a alguien le interesara que el imbécil de B. L. o de Z. O. hubiera pasado por allí... ¡Vean, vean mi tronco!

»El ciprés mostró varias incisiones. "Lilo ama a Bromelia", decía la mayor de todas, enmarcada en un corazón.

»—Estas cicatrices, muestra de la obtusa mente humana, las lucen mis hermanos como recuerdo de aquel pueblo salvaje —prosiguió—. En cuanto a las demás especies, no lo han pasado mejor. Las crías del hombre acostumbraban a aplastar la hierba y a cortar las flores sin ton ni son, tirándolas a los pocos pasos. Y de las basuras... bueno, de las basuras prefiero no hablar. Me pongo enfermo cuando lo recuerdo. Me es imposible continuar...

»El árbol calló. Le tocaba el turno al reino animal. Hablarían el caballo y el perro, por ser los más próximos al hombre.

»—El ciprés ha hablado con sabiduría —dijo el caballo—. Los humanos nos utilizaron durante años. Debimos haber sido buenos compañeros, pero el amor del hombre es engañoso. Decían querernos, sí, y nos cuidaban y alimentaban. Sin embargo, sólo lo hacían para que estuviéramos en condiciones de servirles. Cuando sus caballos envejecían o se rompían una pata los dejaban morir. Por todo ello, mi veredicto es un "no" a los humanos. Pido que no regresen jamás.

»El perro fue el último en intervenir.

»—Reconozco que mis compañeros han dicho la verdad. El hombre se portó mal con la naturaleza, es cierto..., pero yo me pronunciaré a favor de él, demostrando que si obró mal lo hizo por ignorancia, no por crueldad.

»Mientras el perro hablaba, el silencio más absoluto reinó en el Valle.

»—Los humanos son sordos a nuestra voz —continuó—. Aunque nos oyen, no nos entienden: únicamente comprenden su propio lenguaje, tan complicado y mentiroso. Si ven una flor hermosa, la cortan. Si les gusta la brillante piel de la nutria, la matan para conseguirla; y así actúan con todo lo viviente, porque no comprenden que estamos tan vivos como ellos. Nosotros, los perros, tenemos más experiencia en humanos que ningún otro animal. Ya sé que son unos seres muy

extraños: al crecer empeoran, se van haciendo más torpes y presuntuosos. Pero no son malos. Fuimos amigos y deseamos que regresen.

»El Espíritu Guardián meditó cuidadosamente su decisión.

»—El hombre ha de habitar el Valle Encantado —declaró—. Pero no lo hará en calidad de dueño, sino de administrador. Se comprometerá a respetar toda forma de vida, desde la más perfecta a la más insignificante.

»Un murmullo desconfiado salió de la multitud.

»—¿Cómo sabremos que el hombre ha cambiado? —preguntó una escéptica rana verde.

»—Habrá una señal —anunció el Espíritu—: la piel del nuevo hombre no será rosada, sino azul. Azul como el agua de los lagos, como el cielo de junio.

»Así, según la leyenda, aparecieron los primeros azules. Desde entonces, humanos, plantas y animales viven en armonía..., y esta historia llega a su fin.

—Me ha gustado mucho —dijo Pirela—, aunque nos toque hacer de malos.

—A mí también —añadió Ustrum—. Es una leyenda poco científica, pero interesante.

Mela no había dicho nada. Cuando los mayores estaban a punto de dormirse, se oyó su voz que preguntaba:

—Pss, Aralia, dime: ¿es verdad que los hombres esos, los de la historia, se pelearon y por eso desaparecieron?

—Pues... no creo, Mela. He leído que hace muchos siglos los humanos luchaban entre sí. Me parece que esas peleas se llamaban «guerra» o algo parecido. Pero nadie cree que llegaran a matarse. En este planeta nunca ha ocurrido algo tan horrible.

—Y en otros planetas, ¿los hombres se pelean unos contra otros?

Aralia rió de buena gana.

—Yo no sé si hay vida en otros planetas. Pero, si la hay, la gente de esos mundos debe ser como nosotros... ¡Tendrían que estar locos para hacerse daño voluntariamente!

—Si, llevas razón —dijo Mela sonriendo—. ¡Qué tonterías se me ocurren!

Se echó junto a «Lula» y cerró los ojos. Esa noche soñó con bailes, narelinas y genios zambos, bastante parecidos a cierto personaje aristano. Querían quitarle la piedra azul a su hermana, pero Pirela les sacaba la lengua y se alejaba volando hacía unas montañas de color morado. Aralia y Ustrum también echaron a volar. Luego, cuando los genios iban a atrapar a Mela, apareció Rispérim y, de un empujón, la envió con los demás. Ya en el aire. Mela le dijo adiós con la mano y voló, voló ligera como una hoja de álamo.



12. Pirreno y la astrolita

LINAY, la madre de Fimo, salió al jardín de su casa, como cada tarde cogió la manguera y empezó a regar. Las flores, cansadas de mantenerse en pie bajo el sol, se doblaban ante ella como si hicieran una profunda reverencia.

—Habéis tenido un día muy caluroso —les dijo la jardinera—, pero en seguida os recuperaréis.

Alguien entró en el jardín y la llamó. Al darse la vuelta, Linay vio a Pirreno Zyr caminando sobre sus torcidas piernecillas.

—Con la mano del corazón te saludo —dijo el hombre—. ¿Estás tan bien por dentro como por fuera? Y tu marido e hijo, ¿tienen salud?

—Todos bien, gracias —contestó ella. No quiso decirle que Fimo se había ausentado—. Pasa adentro, por favor, Vemo acaba de llegar.

Mientras los Guardianes conversaban, Linay terminó el riego. Al anochecer salló Pirreno y se despidió con prisas.

—Debo partir de inmediato —anunció—. Adiós, amigos. Os saludo hasta mi próximo saludo.

Linay insistió en que se quedara a dormir, pero él no aceptó. Y su cuerpecillo se perdió en la oscuridad de la calle.

—¿Por qué se ha ido así, de noche y sin cenar? —preguntó la mujer extrañada—. Hay mucha distancia hasta Yedrina...

—Se dirige a Croca, donde se entrevistará con el Jefe O mucho me equivoco, o dentro de pocos días nos llamarán a la capital para una Junta especial.

—¿Una Junta especial? ¿Es que ocurre algo grave?

Vemo Bigil se sentó a su lado.

—Tal vez sí. Verás: hace tres días se presentaron en Yedrina Aralia y unos niños rosados que había recogido en su bosque. Pirreno los envió de nuevo al roble con la chica, en tanto buscaba familias adecuadas para ellos.

—¿Y qué? Cada dos o tres años cae algún que otro exterior, pero no nos asustamos por ello.

—Aún no he acabado, querida. Cuando hablaba con los chicos, Pirreno observó una curiosa piedra que llevaba una de las niñas. Como sabes, a nuestro amigo le interesan los minerales y se apresuró a consultar tratados antiguos. Jamás había visto una piedra tan bonita.

—Será un mineral de las tierras exteriores —intervino su esposa.

Vemo Bigil la interrumpió impaciente.

—No es exterior, sino aristiano... Astrolita. ¿No te dice nada ese nombre?

El rostro de Linay reflejó una enorme sorpresa.

—¡Astrolita! ¡Es imposible!

—Pirreno es un experto: no puede equivocarse. La niña declaró haberla encontrado en las montañas.

—Entonces, ¿existe la Ciudad Perdida?

Vemo suspiró.

—Debe de existir. ¡Tiene que existir! Y esos extranjeros han estado allí, en ese rincón

escondido que nosotros hemos buscado en vano durante siete siglos.

El Guardián dio un fuerte puñetazo sobre el muro de la casa.

—Si los rosados conocen el medio de llegar a la ciudad, es probable que la hayan convertido en una fábrica de colgantes para jovencitas —dijo malhumorado—. De todas formas, pronto expulsaremos a esos extranjeros, si los hay. Pirreno ha dado orden de recoger a los niños, incluida Aralia, y conducirlos a la capital.

—¿Por qué Aralia? Ella no es responsable de lo que hayan hecho los otros. Además, serán figuraciones de Pirreno. Todos sabemos cuánto le gusta darse importancia.

La noche había caído por completo. Vemo empujó la puerta para entrar.

—Sigues tan confiada como antes, mujer. Si quieres ver claro hazte la siguiente pregunta: ¿por qué mintieron los chicos, si no tenían nada que ocultar?

Linay se puso muy seria. Sabía que su hijo había ido a visitar a Aralia y temía por él.

«Lo peor es que no puedo avisarlos —pensó—. ¡Algo malo va a sucederles y yo no puedo avisarlos!».

MUY LEJOS DE ALLÍ, Fimo y los demás charlaban alrededor del fuego. Habían salido de mañana rumbo al oeste, en dirección a la cabaña de Rispérim. De repente, Mela cayó en la cuenta de que «Lula» no estaba.

—Eres un desastre —decía Pirela—. Siempre dale que te pego con tu muñeca, y ahora vas y la pierdes.

—Estará cerca, seguro —sollozó la pequeña—. Al doblar el camino la tenía, me fijé en ella y la tenía.

Aralia se puso de pie.

—La encontraremos, ya verás. Ustrum coge una linterna y ve delante. Y no pongas esa cara, hombre. La comida seguirá aquí cuando volvamos.

«Lula» se había caído en mitad del sendero. Su traje, cubierto de polvo, parecía haber cambiado de color.

—¡Hija mía! —chilló Mela—. ¡Nunca me perdonaré este descuido!

Al alcanzar el campamento observaron que las cosas no estaban como las habían dejado. Fimo señaló en silencio el lugar donde antes, en cuidadoso orden, se encontraba la cena.

—Ha venido alguien —dijo—, no sé quién ha podido hacernos esto: han tirado la comida y lo han revuelto todo.

—¡Qué gente tan mal educada! —exclamó Pirela—. ¡Unos verdaderos cerdos!

Mientras Aralia recogió las cosas y anunció que aún quedaba comida suficiente, cenaron con aire pensativo. Aunque cada cual se había formado su propia opinión sobre los misteriosos visitantes, sólo Mela la expuso en voz alta.

—Seguro que ha sido un grupo de duendes de las montañas —dijo a los otros—. Son pequeños, pero muy listos. Han olido la comida y nos han espiado.

Fimo sonrió para sí. Él tenía una idea muy distinta acerca de los ladrones de comida. En cuanto terminó de cenar se levantó y siguió unas huellas que los demás no lograban ver. Ustrum

estaba muy impresionado.

—¿Cómo puedes distinguirlas? —preguntó a Fimo—. ¡Yo no veo nada!

—No es difícil: sólo necesitas práctica.

El rastreador se detuvo al pie de una colina. No quería adentrarse por allí en la oscuridad. Además, ya no le hacía falta.

—¡Eh, amigos! —dijo—. Oídme todos: no pasa nada malo. Hemos recibido la visita de una piara de cerdos salvajes... Sí, cerdos. Al fin y al cabo, Pirela llevaba razón.

Todos rieron, excepto Mela. ¡Cerdos salvajes! A su modo de ver, esos sucios bichos no tenían ni punto de comparación con los duendecillos de los bosques. Pirela, por su parte, aseguró que no dormiría cerca de la puerta.

—Yo lo haré —se ofreció Ustrum—. Si los cerdos deciden regresar, intentaré verlos. No atacan, ¿verdad, Fimo?

—Claro que no. Son de color negro, pequeños e inofensivos.

Antes de acostarse, Ustrum colocó unas cuantas nueces en el suelo al lado de la tienda.

—Las nueces les encantan —dijo—. A lo mejor vienen por ellas.

Sus previsiones se cumplieron: los animales emprendieron una segunda expedición en busca de comida. El más gordo de todos se acercó a las nueces y empezó a comérselas, sin inquietarse por los crujidos que producía al cascarlas, no habría dejado ni una de no ser por la desdichada combinación de circunstancias que tuvo lugar a continuación.

Cuatro o cinco cerdos de menor tamaño olieron el exquisito manjar y se aproximaron a toda velocidad. Allí comprobaron, con gran disgusto por su parte, que el mundo está lleno de egoístas. Sin embargo, avanzaron con la esperanza de atrapar alguna nuez en cuanto se descuidara el glotón.

De esta suerte se desencadenó el drama. El grandullón no pensaba repartir su hallazgo y lo demostró soltando un terrible gruñido, Ustrum se despertó y abrió la tienda. La rubia cabeza del niño y el peludo hocico del cerdo quedaron frente a frente.

El susto fue mutuo. Hubo un rápido patear y luego todo fue silencio..., si exceptuamos los latidos del corazón de Ustrum.

—Conque cerdos «pequeños e inofensivos», ¿eh? —dijo—. Menos mal que las chicas no se han despertado. ¡Uf! Me tomarían el pelo durante el resto de mi vida.

Al día siguiente no dijo ni una palabra a los demás. El aristiano se fijó en las cáscaras rotas, pero se hizo el desentendido.

—La cabaña del Guardián está a dos pasos —dijo a las niñas—. De todas formas, no llevamos prisa: andaremos al ritmo que marque Mela.

Se arrepintió en seguida de haberlo dicho. Mela caminaba despacio, muy despacio. Sin embargo, al ver una columna de humo sobre la montaña echó a correr y los adelantó a todos.

—¡Risperm! —gritó—. ¡Eh, Risperm! ¡Ya estoy aquí!

De súbito, cinco enormes bestias le salieron al paso. La niña retrocedió. Aquellos animales ladraban, pero no parecían perros. Eran tan altos como ella y tenían un espeso pelaje azul.

—¡Largo, bichos! —les gritó—. Risperm me ha invitado a venir, ¿os enteráis?

La voz del anciano retumbó en el monte.

—¿Qué oigo? ¿Una intrusa se permite insultar a mis perros?

—¡Rispérim, corre! Esos perros tuyos me miran mal...

—No te preocupes. Ya saben que eres amiga mía.

Entonces llegaron los mayores. Al notar la presencia de Fimo, el Guardián dio un respingo. ¿Qué pintaba allí ese joven? Además, él le conocía de algo. ¿Dónde le había visto antes?

—Te saludo —le dijo Fimo—. Nos conocimos hace algunos años. ¿Lo recuerdas?

—Sí, ahora sí. Tú eres hijo de Vemo, de Yedrina. Te pareces mucho a él.

La casa del Guardián estaba sumergida en una maraña de hojas de roble, hiedra y otras plantas trepadoras. De no ser por el humo de la chimenea, ningún bicho viviente sería capaz de localizarla.

—Pasad —dijo el viejo—. La comida está lista.

Por una vez, el Guardián había olvidado su sobriedad: la comida era buena y abundante. Después de comer salieron a pasear por el bosque. Al anoecer se sentaron a cenar junto al fuego.

—Os quedaréis varios días, ¿verdad? —les preguntó Rispérim—. Me gusta mucho tener invitados... Bueno, quiero decir invitados como vosotros. Si Pirreno Zyr se presentara aquí me daría un disgusto, aunque tal vez no debiera decirlo.

—No te apures —dijo Mela—. A nosotros tampoco nos cae bien.

En aquel momento, los perros empezaron a ladrar con una furia especial. El Guardián salió. Al volver traía el ceño fruncido.

—No lo entiendo. Vienen hombres a caballo. He reconocido a uno de ellos: es ayudante de Pirreno Zyr.

—¡El gnomo malo! —exclamó Mela—. ¡Nos persigue!

Fimo cogió sus cosas y saltó por una ventana.

—Me esconderé hasta averiguar qué quieren. Si me encuentran aquí se lo dirán a mi padre, y entonces...

No oyeron el final de la frase. El aristiano desapareció bajo los robles, amparándose en la oscuridad.

13. Croca

—**M**E gustaría saber por qué nos han traído aquí —dijo Aralia.

Estaba sentada en la terraza de la habitación donde habían pasado la noche, Ustrum y Mela se asomaban constantemente, lanzando curiosas miradas al jardín.

—No hay nadie —informó el niño—. El Gran Guardián debe de vivir solo en este palacio tan grande.

Pirela suspiró.

—Por ahí abajo pueden pasar docenas de personas sin que nos enteremos. Las plantas lo tapan todo.

Aralia fue hacia la balaustrada. La casa estaba rodeada por un parque tan extenso como la misma ciudad: Croca, capital de la Arista. Aquel parque contenía varios bosques, lagos y jardines. Pero, desde la entrada hasta la puerta, el suelo quedaba oculto bajo una red de túneles vegetales. Madreselvas, vides y jazmines enviaban su perfume hasta los cuatro prisioneros del Jefe de la Arista.

¿Eran prisioneros?

En realidad, no les prohibían salir. Los aristanos no utilizaban jamás métodos violentos. Simplemente, aconsejaban a sus «huéspedes» que no se movieran de la habitación. A Aralia, que conocía las costumbres del país, no podían engañarla. En cambio, los tres pequeños no sospechaban nada.

—¡Qué gente más rara! —dijo Pirela—. Nos traen aquí con prisas porque el famoso Gran Guardián quiere vernos, y luego no nos hacen ni caso.

—Risperm debe de estar muy preocupado —dijo Mela—. Cuando los jinetes le contaron lo de la invitación puso una cara como de miedo... no sé, pero creo que no le gustó.

Aralia intentó tranquilizarlas:

—Lo de dejarnos solos en el cuarto es una costumbre del país. Alguna gente, que se cree muy fina, deja la casa a sus invitados y se va a dormir al jardín. Es el «no va más» de la buena educación. Espero que el Gran Guardián no llegue a esos extremos...

Los niños se echaron a reír.

—Pues yo quiero bajar el jardín —declaró Mela—. Tiraré a «Lula» por el balcón: si me pillan diré que se me ha caído. Además, a los pequeños nos permiten hacer más cosas porque piensan que somos tontos y no entendemos.

«Lula» cayó de espaldas. El ojo malo se le salió. El otro miraba a su madre con patético reproche.

—¡Pobre «Lula»! —exclamó Aralia—. Su existencia no es tan pacífica como la de las muñecas corrientes.

—También nuestra vida es más movida que la de los demás niños —dijo Mela antes de salir.

Estuvo a punto de perderse en la casa, que era un laberinto de escaleras, salones y terrazas. La niña suspiró con alivio al empujar la puerta del jardín y comprobar que no tenía cerrojo.

Cruzó el jardín y se internó en los túneles verdes. Cuando llegó frente a la terraza vio que los chicos le hacían señas.

—¡Cuidado, Mela! —le gritó su hermana, sacando medio cuerpo fuera.

Había una niña pequeña al pie del balcón, sentada en un banco. «Lula» estaba en su regazo. La niña aristana la sacudía vigorosamente para quitarle el polvo.

Mela se acercó decidida a recuperar su criatura. La otra oyó sus pasos y se volvió con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Mi muñeca. Es ésta, ¿sabes? Devuélvemela.

Se acordó de sus buenos modales y añadió:

—Devuélvemela, por favor.

La otra no pareció ablandarse.

—Tú eres uno de los extranjeros que viene de muy lejos, ¿verdad? Pues mi papi dice que sois malos y espías. ¡No te doy la muñeca, ea!

Mela examinó la situación. Por un lado, sentía la tentación de recobrar lo suyo sin contemplaciones. Aquella repelente cría era más pequeña que ella y podría quitarle a «Lula» de un tirón. Pero, por otro lado, no le gustaba emplear la fuerza contra alguien más débil y, además, de otra raza.

Después de pensarlo un poco, decidió no usar la violencia, convirtiéndose así en la primera lumbanicense que aplicó una solución diplomática en un conflicto internacional. Y no se le deben quitar méritos porque sólo se tratara de un juguete: en otros planetas se han declarado guerras por motivos más tontos. Palabra de honor.

—Oye, nena —dijo la exterior—: la muñeca se llama «Lula», la he criado y la quiero mucho. Y ella a mí. No querrá cambiar de madre, ¿entiendes?

—La encontré en el suelo, tirada. ¿Qué clase de madre eres tú?

Mela inició uno de sus largos discursos, explicando los riesgos a que están expuestas las muñecas cuando viajan. La aristana no entendió casi nada, pero no pudo resistirse a la elocuencia de aquella extranjera que hablaba tanto.

—Toma tu «Lula» —cedió—. ¿Cómo te llamas?

—Mela. ¿Y tú?

—Vinca. Mi papá es el mejor jardinero de Croca y yo soy su niña. No tengo mamá. He venido a ver a los malignos espías rosados, porque a mí no me asustan.

Mela hizo un gran esfuerzo para comprenderla. Vinca hablaba a trompicones sobre temas que no tenían ninguna relación.

—No me asustan los espías —repitió—. Sólo me da miedo papi cuando se pone muy azul y me mira con ojos saltones, como cuando estropeé sus peonías. Y fue sin querer. La gente es tonta por no venir al parque.

—¿Por qué no vienen?

—No quieren ver a los extraños como tú.

—¿Y sabes por qué nos han traído aquí?

La pequeña frunció las cejas.

—¡No sé! —dijo, después de meditarlo mucho.

—Pues voy a hacer un trato contigo, Vinca, Tú te enteras preguntando a tu papá y luego me lo

dices, a cambio, te presto a «Lula». ¿De acuerdo?

Fijaron una cita para después de comer. Antes de separarse, Mela advirtió a Vinca que debía ser discreta.

—Ya lo sé —contestó—. Yo engaño a papi muy bien.

Mela regresó al cuarto. Tal como suponía, los otros tres se sintieron muy satisfechos al conocer su plan.

—Si logramos averiguar por qué nos han invitado a venir, podremos salir del paso fácilmente —dijo Aralia.

Alguien había dejado unas bandejas detrás de la puerta. Comieron y aguardaron a Vinca. Empezaban a impacientarse cuando un silbido espantoso hirió sus tímpanos. La autora del silbido salió de un seto y se puso a tejer una guirnalda de madreselvas.

—¡Hola! —le dijo Mela, que había bajado a toda velocidad—. ¿Has preguntado lo que te encargué?

Vinca suspiró.

—Papito está de mal humor. Son las orquídeas. Abrí el invernadero sin querer. La culpa es suya por plantar flores tan debiluchas...

—Claro, claro. ¿Y la comida? ¿Averiguaste algo?

—Me castigó sin postre. No me dejó ni probar la piña.

Mela empezaba a perder la calma.

—¿Y nosotros? ¡Dime lo que sepas de nosotros!

—No sois buenos como yo. Habéis robado una roca o un pedrusco de un sitio. ¡Y quiero a «Lula»!

Mela se la entregó y subió tan aprisa como pudo. Aralia debía enterarse inmediatamente.

HACIA LAS SIETE de la tarde fueron llamados ante el Gran Guardián. Los condujo el propio Pirreno Zyr, que parecía muy contento. Su sonrisa inquietó a Pirela, pues comprendía que las preguntas irían dirigidas a ella, la poseedora del colgante.

Entraron en una sala casi desprovista de muebles, a excepción de las sillas, donde en número de diecisiete, se sentaban los Guardianes. Aralia los contó, notando la ausencia de Rispérim.

—Sentaos aquí —les dijo Pirreno, todavía con la sonrisa en la boca. El Gran Guardián está a punto de llegar. Esperaron unos minutos. Bruscamente, todos se pusieron en pie. Acababa de entrar un hombre de estatura media, ni viejo ni joven, casi calvo y bien afeitado.

—Pues no es tan terrible como lo pintan —susurró Ustrum aliviado.

Cuando el Gran Guardián les dirigió la palabra, el niño cambió de opinión: la voz de aquel hombre poseía un poder de fascinación contra el cual estaban indefensos.

«Es igual que escuchar una narelina —pensó Ustrum nervioso».

El jefe de la Arista los saludó y, seguidamente, inició una especie de interrogatorio.

—Según he oído, uno de vosotros lleva consigo un trozo de astrolita. Este mineral se extrajo hace cientos de años de una cantera cuya situación ignoramos en la actualidad. Jamás hemos dado con la Ciudad Perdida, edificada con astrolita del único yacimiento que existe en el planeta. Esa

ciudad es Astrópolis: la Estrella Caída, como la llamaban los antiguos.

«¡Astrópolis! —pensó Pirela—. Sí, es un hombre que le va muy bien a mi hermosa ciudad azul».

—Fue la capital de la Arista —prosiguió el Gran Guardián—, y lo sería aún de no haberse producido la invasión de los exteriores, en el fatídico año 2143. Cuando la nube de polvo negro cayó sobre los rosados, éstos atravesaron los pasos montañosos buscando refugio. Al cabo de un tiempo regresaron a su tierra. En el camino de vuelta pasaron por Astrópolis, que, según se cuenta, estaba desierta. Una vieja leyenda decía que los exteriores traerían una gran desgracia a la ciudad; y sus habitantes, asustados, abandonaron sus casas y se refugiaron en las zonas del interior.

»Vuestros antepasados fueron los últimos en contemplar los bellos palacios de astrolita. Hubo un terremoto, causado tal vez por la Nube, y la entrada de Astrópolis quedó bloqueada para siempre. Fue como si aquella maldición se hubiera cumplido. Desde entonces nadie ha puesto el pie en nuestra antigua capital, cuya existencia ha sido puesta en duda por los historiadores modernos.

Sí, para muchos Astrópolis era una simple leyenda. Y he aquí que, de pronto, aparecéis vosotros con una piedra de astrolita. Todos los presentes ansiamos verla. Mostrádnosla, por favor.

Las palabras del Gran Guardián resonaron en las para des con acento de súplica.

—Aquí tienen la piedra —dijo Pirela—. Yo no sabía su nombre, ni tampoco su origen.

Un murmullo de admiración llenó la sala. El mineral parecía arder como una llama fría y luminosa, proyectando docenas de arco iris sobre los rostros de los Guardianes.

—Si tanto les gusta, pueden quedarse con ella —dijo Pirela con aire indiferente—. Es un recuerdo de familia, pero deseo regalárselo al Gran Guardián en agradecimiento a su hospitalidad.

El hombre guardó la astrolita en uno de sus bolsillos.

—Si nuestra hospitalidad durase cien años, no valdría la mitad que este obsequio —dijo a la muchacha—. Y ahora, dime: ¿dónde la encontraste?

Pirela adoptó su más inocente expresión.

—Verá... estaba en el joyero de mi abuelita. Ella me lo dio. Al parecer, ese colgante se ha transmitido de generación en generación dentro de la familia.

Pirreno saltó de la silla, su sonrisa se había evaporado al oír a Pirela.

—¡Falso! —exclamó—. En Zeryna confesó haber encontrado la astrolita. No dijo nada de su abuela.

La niña hizo ver que se sentía muy ofendida.

—Yo no mentí. La hallé en el joyero de mi abuelita. Si no di más detalles al Cuestor es porque no me los pidió. Además —añadió—, no creo que mis asuntos familiares le interesen a Pirreno Zyr, por muy Cuestor que sea.

Se oyeron unas risillas sofocadas. Pirreno era bastante cargante y a sus compañeros les divertía verle en apuros.

—¿Ah, sí? —objetó el Cuestor, indignado—. ¿Y cómo es posible que los rosados guarden trozos de astrolita, si la mina es aristana?

Pirela iba a contestar, pero se le adelantó Ustrum.

—Después de escuchar lo que ha explicado el Gran Guardián, la cosa está muy clara —dijo—.

Nuestros antepasados visitaron Astrópolis, vieron la astrolita y, pensando que nunca volverían allí, cogieron algunos trozos un susurro de aprobación acogió su discurso. No les formularon más preguntas. El Gran Guardián los despidió cortésmente y ellos regresaron a su cuarto.

Poco después sólo quedaban cuatro personas en la sala: Pirreno, el padre de Fimo, el Gran Guardián y otro Cuestor.

—Esos tunantes mienten —seguía diciendo Pirreno Zyr—. Se han inventado sobre la marcha esa ridícula historia de la abuela que regala colgantes.

Vemo Bigil denegó con la cabeza:

—Inventar tan deprisa les habría salido mal. ¿Y si alguien los avisó?

El Gran Guardián intervino en la conversación:

—Los niños han estado incomunicados desde su llegada. No sabían nada.

Sacó la astrolita y la hizo girar entre sus dedos.

—En mi opinión —dijo—, los niños han mentido. Su historia podría ser cierta, pero hay puntos difíciles de creer. En primer lugar, los rosados que volvieron a su país debían encontrarse muy deprimidos y no creo que se entretuvieran en recoger minerales. No olvidemos que esperaban hallar su mundo en ruinas. Pero, suponiendo que algún geólogo y alguna rosada coqueta hubieran cogido piedrecitas de la ciudad, ¿las habrían guardado durante siete siglos? Las cosas se conservan cuando se consideran valiosas, y las cosas valiosas no se regalan a niñas de trece años para que tengan un nuevo juguete.

Los otros Guardianes le escuchaban en silencio. Al final, Pirreno habló:

—¿Qué piensas hacer?

—Al principio, dejar que se confíen. Luego los someteré a la prueba —contestó el Gran Guardián, y por un momento, sus hombres le vieron sonreír.

14. Vinca y sus espías

—**D**ESPUÉS de todo, no se pasa mal aquí —dijo Mela.

Habían transcurrido tres días desde el interrogatorio. A partir de entonces empezaron a considerarse verdaderos invitados y no prisioneros. Podían bajar al jardín, pasear por la casa e incluso salir a la calle. No obstante, preferían quedarse en el parque, pues los habitantes de Croca se apartaban de ellos cuando se cruzaban por las calles. Si en Zeryna se habían sentido forasteros, en Croca era aún peor.

—Vinca está loca con mi muñeca —continuó Mela—. Espero que su padre no se dé cuenta. Debe de ser muy cascarrabias.

—En mi opinión —dijo Aralia—, tu amiga del alma necesita unos cuantos azotes. Su padre la vigila constantemente para impedir sus destrozos, pero Vinca es más lista que él.

—La pobrecilla no quiere romper cosas —la defendió Mela—. Tiene mala suerte, de veras... Pirela entró en el cuarto y corrió las cortinas.

—¡Vamos, chicas! El Gran Guardián nos da permiso para ir a la biblioteca cuando nos apetezca. Yo voy ahora mismo.

La muchacha confiaba encontrar libros sobre el Desastre no publicados en el Exterior. Aralia le advirtió que Vemo Bigil y otros Guardianes habían investigado los documentos antiguos sin descubrir datos importantes.

—Quizá yo tenga más suerte —contestó Pirela—. Anda vámonos ya o perderemos la mañana discutiendo.

La biblioteca ocupaba un largo edificio situado al extremo sur del parque. En la sala de Literatura Actual había un grupito de lectores, pero la sección de Literatura Antigua estaba desierta. Una bonita joven aristana les salió al encuentro.

—Bienvenidos. Soy la encargada de esta sala. ¿Qué libros deseáis leer?

—Querría ver libros sobre la época de la Nube Negra —pidió Pirela.

Su hermana solicitó libros de poesía, y Ustrum subió al piso superior, donde se encontraba la sección de Ciencias Naturales.

Las dos mayores se sentaron frente a una pila de gruesos volúmenes de tapas amarillentas. Leían en silencio, alzando la voz cuando encontraban algún pasaje de interés. Pirela hojeó un librito muy gastado de color gris.

—Fíjate, Aralia —dijo nerviosa—. Esta obra es del famoso Porion. Escucha este párrafo:

«Yo, Lúo Porion, escribo éstas memorias después de escapar del Valle Azul para buscar asilo en el Valle Encantado. No contaré aquí la desolación provocada por la Nube, pues intento olvidar esa pesadilla: el olvido es mi único consuelo. Pero sí relataré lo sucedido desde nuestra entrada en este país, a fin de que los exteriores de los siglos venideros puedan conocer las consecuencias de nuestra estupidez.

»Atravesamos el pasaje del norte llenos de miedo. Temíamos a la Nube y también a los aristanos, pues nunca habíamos mantenido buenas relaciones con ellos. Nos recibió una comisión de jefes llamados Guardianes. Aunque las cordilleras los habían salvado de la destrucción, estaban atemorizados por las nubes que oscurecían el horizonte. Dichos Guardianes nos condujeron a una

ciudad del interior. Sus habitantes se habían trasladado a otros lugares de la Arista para darnos alojamiento a todos los rosados en un mismo sitio. Es su forma de controlarnos mejor.

»Los aristanos nos han proporcionado techo y alimento pero creo que no se compadecen de nuestra desgracia. Y, ¿acaso puedo criticar su actitud? Al fin y al cabo les sobran razones para despreciarnos. En los últimos años nos volvimos materialistas y ambiciosos. Vivíamos obsesionados por la posesión de cosas inútiles: vestidos, joyas, viviendas lujosas... Bienes que, en resumen debían hacernos felices. ¿Por qué, entonces, no lo éramos?

»Ahora ya sé la respuesta. La sé porque yo mismo tuve más riquezas de las necesarias y me sentía oprimido por ellas. En aquel tiempo no me daba cuenta. No comprendía que todos esos objetos me esclavizaban, se colgaban de mi alma como parásitos y secaban en mí toda felicidad, su peso me ahogaba; no podía disfrutar de la vida. Y, como yo, el resto de mis compatriotas. Nos convertimos en un pueblo demente, capaz de destruir su mayor riqueza: la tierra donde vive. Hemos matado el aire y el bosque, el lago y la montaña. Y con ello ha muerto lo mejor de nosotros. Sí, ahora lo sabemos, pero ya es tarde.

Pirela calló. Había terminado el primer capítulo.

—Me gustaría leer con calma este libro —dijo Aralia—. Le pediré una copia a la bibliotecaria.

La joven aristana prometió enviarles una al día siguiente. Los rosados le dieron las gracias y salieron al jardín.

—No se ve un alma —dijo Ustrum—. Bueno, los croquenses se lo pierden... Mientras ellos se quedan en casita, estos indeseables espías juegan en su parque.

Después de comer siempre bajaban a echarse en el césped. Aquel parque era un lugar estupendo. No había carteles prohibiéndolo todo, como ocurre en otras partes. Se permitía pisar la hierba y tumbarse en cualquier rincón, respetando las plantas.

—¡Qué bien se está aquí! —se despezó Ustrum—. ¿Vamos a quedarnos en Croca mucho tiempo, Aralia?

—No. El otoño no se nota aún, pero cada noche refresca más. Debemos prepararnos para huir. Lamentó haber pronunciado esa palabra delante de Mela, pero ya no podía retirarla.

—¿Huir? —dijo la niña—. Los Guardianes nos han creído y nos dejarán marchar... ¿o no?

—Ojalá... Me temo que el Gran Guardián no se fía de nosotros. Ayer le insinué que ya era hora de regresar a mi casa, pero se hizo el sordo. Quiere tenernos al alcance de su mano, aunque no sé para qué.

Ustrum la hizo callar. Vinca se acercaba por la vereda con su paso saltarín.

—Hola, espías —los saludó—. ¿Jugáis conmigo a la rayuela?

—No deberías andar con espías —se burló el niño—. Tu padre puede verte y se enfadaría muchísimo.

—¡Qué va! Está colocando un cristal nuevo en el invernadero. Anoche se me escapó una chinita de la rayuela y fue a dar allí.

—¿Y «Lula»? —preguntó Mela. Empezaba a temer por la seguridad de su muñeca.

—Durmiendo en casa. Nunca he tenido una muñeca rosada. Papi la vio ayer y no se dio cuenta de nada. Bueno, ¿jugamos o no?

Los juegos que Vinca les enseñó eran especialmente sucios. Tenían que revolcarse por la

hierba, reptar por la tierra y subirse a los árboles más altos. Cuando llegó el momento de ir a dormir, su aspecto no era para ser descrito.

—Buenas noches, Vinca —le dijo Aralia—. Si tu padre no te reconoce y te echa de casa, puedes dormir en nuestro cuarto.

—Hoy sí me reconocerá. No he jugado con barro y voy bastante limpia. Mañana os veo, ¿vale?

Al día siguiente, Aralia se levantó temprano. Al volver del baño encontró sobre la mesa la copia del Porion y lo ojeó hasta que los niños se despertaron.

—¿Ya han traído el libro? —preguntó Pirela—. Vamos al jardín. Leeremos al sol.

Bajando las escaleras se cruzaron con el Gran Guardián.

—¿Estáis instalados cómodamente? —les preguntó.

Los chicos aseguraron encontrarse a gusto, iban a despedirse cuando el hombre se fijó en el librito de Aralia.

—¿Os gustan las leyendas antiguas? Conozco ese libro. A pesar de su inexactitud, resulta interesante. Bueno, ahora he de dejaros. Disfrutad del día.

—Gracias —respondieron—. Eso pensamos hacer.

Ustrum acudió a la biblioteca para proseguir sus lecturas. Las chicas se dejaron caer en el césped con las memorias de Porion. Mela escuchaba oteando el camino. Vinca y ella habían inventado un sistema de señales secretas para comunicarse discretamente. Dichas señales eran tan llamativas que podrían observarse a gran distancia, pero las niñas tenían suerte y nadie las había descubierto todavía.

Al cabo de un rato, Mela distinguió un gigantesco pañuelo rojo entre los castaños.

—Hasta luego —dijo a las mayores—. Vinca me llama.

—Yo os acompaño —dijo su hermana—. Subraya los capítulos más interesantes, Aralia, y luego los leeré contigo.

La aristana las acogió con aires de misterio.

—Os voy a enseñar mi lugar favorito —anunció—. Mi papá está en casa y no me reñirá.

—¿Es que te reñiría si te viera allí? —preguntó Pirela intranquila.

—Papito gruñe, pero no es muy malo —fue la evasiva respuesta de Vinca.

Recorrieron una considerable distancia hasta alcanzar un bosque de pinos. A través de los troncos les llegaron unos reflejos cegadores. Toda la llanura estaba cubierta de unas grandes estructuras de acero y cristal, en cuyo interior crecían las más bellas plantas de la Arista.

—¡Invernaderos gigantes! —exclamó Mela.

—Me figuro por qué se enfadaría tu padre al verte merodear por aquí —dijo Pirela—. Los cristales y tú sois incompatibles.

La niña suspiró.

—Me chiflan las flores, pero yo no les gusto a ellas. Entro y las cuido mucho, con agua helada en verano y calentita en invierno. Las mimo, sí..., y ellas se espachurrean, y papá me llama manazas.

Vinca guió a las hermanas por aquel silencioso mundo vegetal. Aquí y allá les indicaba los ejemplares más exóticos: cactus sin pinchos, rosas de pétalos multicolores, campánulas del tamaño de sus cabezas...

—Sabes mucho de jardinería —se extrañó Pirela—. Tu padre se sentirá orgulloso de ti.

—¡Oh, no! Por desgracia, él se opone a mi vocación.

—¡Vaya por Dios! Ya sé por qué os entendéis tan bien Mela y tú: os encanta dramatizar.

—No sé qué es eso. En fin —continuó Vinca—, ahora entraremos en mi sala de experimentaciones.

Algunos hombres trabajaban en los pabellones, pero la hija del jardinero jefe los sorteó hábilmente. Abrió una puerta y dio un empujón a sus amigas.

—Os presento mi «Churinela Purpurata». Es un injerto precioso. Mi padre se quedó alelado al verlo.

Cogió una maceta y la mostró con una ancha sonrisa de orgullo.

La «Churinela» era, sin duda, un curioso y meritorio espécimen. Lo malo es que los ojos humanos no están habituados a la visión de las «churinelas». A las pobres rosadas les sucedió lo que al padre de Vinca: se quedaron sin aliento.

—¿No es linda? —preguntó la autora del engendro. Pirela tragó saliva con dificultad. Sentía un mareo muy raro.

—Pues... es asombrosa. Sí, francamente asombrosa —tartamudeó, cerrando los ojos.

Aralia y Ustrum las estaban esperando junto al lago.

—¿De dónde venís? —preguntó su amigo—. Traéis mala cara.

Mela emitió una especie de quejido.

—No preguntes, por favor. Me encuentro muy mal. Pirela y ella apenas probaron la comida. A media tarde oyeron el espantoso silbido de Vinca, Ustrum se asomó al balcón.

—Pirela y Mela no pueden bajar —dijo muy bajo—. Se han puesto enfermas.

—¡Traigo un mensaje! —chilló la aristana—. ¡Un mensaje muy secreto!

Gritó hasta que Ustrum bajó al pie del mirador.

—Ha venido otro espía —declaró Vinca.

—¿Seguro? ¿No te lo estás inventando?

—Yo no miento —se ofendió la niña—. Por eso me castiga mi papá.

—¿Te castiga por no mentir? Anda, no digas bobadas.

—Me riñe porque le digo la verdad y así se entera de las cosas que he roto. Y el espía os espera a las ocho en el lago.

Ustrum empezaba a creerla.

—¿Cómo se llama?

—¡Yo qué sé! ¡Adiós!

Las chicas se excitaron mucho al conocer la cita con el nuevo «espía». A las ocho menos cuarto se sentaron a la orilla del lago, una fresca brisa balanceaba las ramas de los sauces. A veces, alguna les rozaba la nariz haciéndoles cosquillas, pero a ninguno se le ocurrió reír.

—Es la hora —murmuró Pirela—, y no ha venido nadie.

Acababa de hablar cuando sonó una narelina. Alguien tocaba detrás de los árboles.

—¡Fimo! —exclamó Aralia—. ¡Sal de ahí!

El aristiano surgió de entre la maleza. Iba vestido de verde para camuflarse mejor.

—¿Os he asustado? Bueno, ya me tenéis aquí. Sentaos: os contaré todo lo que nos ha ocurrido

a Rispérim y a mí.



15. La huida

EN cuanto los enviados de Pirreno se hubieron marchado con los chicos, Fimo regresó a la cabaña. Rispérim le esperaba sentado a la puerta.

—Tú sabes qué ocurre, ¿no es cierto? —le preguntó—, ¿vas a decírmelo?

El joven no sabía qué partido tomar. Aunque no quería descubrir el secreto de sus amigos, deseaba confiarse al viejo Guardián. Al final decidió contárselo todo, y no se arrepintió de hacerlo, porque Rispérim se portó como un verdadero amigo.

—¿Los niños han venido a pie desde el Exterior? —preguntó asombrado—. No puedo creerlo...

Fimo pasó sus buenos apuros para convencerle. Temía que se enfadara al oír la verdad, pero el Guardián tuvo una reacción inesperada. Se echó a reír y dijo que los pequeños rosados eran muy listos.

—Me he portado como un viejo tonto. Sí, igual que un tonto —repitió—. Me han engañado a mí, pero no conseguirán engañar al Gran Guardián. Debemos prestarles ayuda, Fimo.

Salieron hacia la capital sin perder un instante. Rispérim conocía atajos que les ahorraron muchas horas de camino, se instalaron en las afueras de Croca, en un bosque, a fin de ocultarse de los demás Guardianes.

Fimo iba a la Casa del Parque cada mañana. Un día después del interrogatorio se atrevió a entrar en el jardín. Vio a sus amigos, que paseaban junto al lago con aire contento.

«Ojalá pudiera hablarles —pensó—. Pero no debo intentarlo aún. Rispérim me ha aconsejado actuar con prudencia».

Iba a alejarse cuando una mano se posó en su hombro. Fimo giró lentamente, imaginando que algún Guardián le habla atrapado.

Nada más lejos de la realidad. Aquella mano pertenecía a una criatura de larguísimos cabellos que no tendría más de ocho años.

—Otro espía —dijo la niña—. ¡Cuántos hay este mes!

Y tú, además, eres aristiano. No conocía ningún espía aristiano. Me encantan los espías rosados. ¿Y a ti?

Fimo se había quedado sin habla. Al comprender que la niña no le denunciaría, se sentó a su lado y habló con ella. Así averiguó que Vinca y Mela eran amigas y que se comunicaban por medio de señas.

—Yo también soy amigo de los rosados —dijo el joven—. Quiero hablarles, pero sin que los Guardianes se enteren. Tú no abrirás la boca, ¿verdad?

—Ni soñando. Guardo secretos divinamente. Me encantan los secretos, los espías y los injertos. ¿A ti también?

—Sí..., aunque, entre nosotros, quien más me gusta es la mayor, Aralia —confesó Fimo guiñando un ojo.

Al despedirse ya se habían hechos amigos, Vinca prometió no revelar a nadie la presencia de Fimo, ni siquiera a los rosados.

—Vendré todos los días hasta que encuentre oportunidad de hablarles —dijo él—. ¿Me

ayudarás?

Vinca sacudió vigorosamente sus rizos.

—Ve tranquilo. Yo me ocupo de eso.

Transcurrieron tres días más. Fimo y Rispérim los dedicaron a preparar su próximo viaje a la Cresta. Al principio, el anciano se oponía a colaborar en un proyecto que él consideraba descabellado.

—¿Lo has meditado con calma, muchacho? —decía—. Si lográis pasar al otro lado, te despidirás para siempre de la tierra donde has nacido.

—No para siempre. Volveré cuando quiera.

—Suponiendo que te lo permita el Gran Guardián. Si descubre lo ocurrido, mandará cerrar los pasadizos.

Al oír eso, Fimo sonreía.

—Ni el Gran Guardián ni nadie puede luchar contra lo inevitable. Estamos comunicados con los exteriores, nos guste o no. Tienes que hacerte a la idea, Rispérim.

—Sí —suspiraba el viejo—. Qué remedio me queda.

Al cuarto día, Fimo acudió a la cita con Vinca. Su pañolón de colores ondeaba detrás de una fuente. El aristiano se acercó sin ruido y se colocó a espaldas de Vinca, devolviéndole el susto de días atrás.

—Necesito ver a los exteriores —dijo Fimo—. Los esperaré a las ocho en el lago. Díselo, por favor.

—Les daré tu recado. A las ocho en el lago, a las ocho en el lago...

El relato de Fimo había acabado.

—Esto es todo —dijo a los chicos—. El equipaje está listo y nos iremos mañana. He oído decir que los Guardianes planean algo para desenmascarar a los espías, y eso me preocupa.

Indicó a los niños el emplazamiento de su campamento y se despidió hasta el día siguiente.

Se durmieron bastante temprano. Sobre las diez y media, Aralia se despertó con un sobresalto. Se calzó en silencio las botas y bajó al jardín. La noche era fría y clara. Una luna color de leche planeaba sobre el parque.

La chica se sentó en un banco pegado a la casa. Todavía le latía muy fuerte el corazón.

«Habré tenido un mal sueño —pensó—, pero no recuerdo nada, por suerte».

El sonido de unas voces llegó a sus oídos. Detrás de ella había una ventana abierta. Alguien acababa de entrar en la habitación.

—¿Cuándo harás la prueba? —dijo una voz.

—Mañana —esta voz pertenecía al Gran Guardián, sin duda—. La pequeña nos servirá. La hipnotizaré y nos contará la verdad acerca de la astrolita.

El hombre emitió una risilla desagradable. Gracias a ella le reconoció Aralia: era Pirreno Zyr.

—Una idea magnífica, jefe. A los niños los cogerá de sorpresa.

Aralia no escuchó más. Subió al dormitorio y despertó a los chicos.

—¿Nos vamos de aquí para siempre? —preguntó Mela, muerta de sueño.

—Sí. Luego os lo explicaré.

La pequeña recordó de pronto que Vinca aún conservaba a «Lula» en su poder. Debía ir a

recogerla; de paso, se despediría de su amiga.

—Imposible —denegó Aralia—. Si nos oyera su padre estaríamos perdidos. Ella cuidará a «Lula», no te preocupes.

Mela comenzó a llorar.

—Al menos, déjame escribirle una nota de despedida.

La colocaré en su ventana sin hacer ruido.

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado.

Mientras la niña depositaba la nota, los otros arreglaron las mochilas y salieron a la calle. Mela se les unió y atravesaron cautelosamente las avenidas de Croca. Tomaron un sendero que ascendía hacia unos bosques de pinos; luego torcieron a la derecha y se detuvieron ante una fuentecita de piedra.

—¡Fimo! —dijo Aralia.

El aristiano surgió de entre la maleza con el cabello revuelto. Tras él apareció el Guardián, más asombrado todavía. Mela se refugió en sus brazos, llorando de nuevo.

—«Lula» se ha quedado en Croca... Jamás la recuperaré...

Aralia solicitó un poco de silencio y contó lo que había oído en el jardín. Rispérim se rascó una oreja pensativo.

—Sí. Ahora que lo dices, el Gran Guardián sabe hipnotizar a las personas. Menos mal que habéis escapado a tiempo.

Se interrumpió bruscamente. Había escuchado un sospechoso crujir de hojas secas.

—¡Sal, cobarde, o iré por ti! —gritó.

Una figura encogida avanzó hacia ellos.

—No chilles de esa forma —suplicó la sombra—. Soy Vinca.

Envuelta en una capa de su padre, la pequeña ofrecía un aspecto bastante extravagante, con una mano sostenía la carta de Mela y con la otra asía a «Lula».

—Esta niña —señaló a Mela— fue a mi ventana y puso un papel. Yo la vi. Estaba despierta, comiendo piña. Se leer. Leí su mensaje y corrí detrás de los espías. He traído «Lula» a su pobre madre.

Con gesto dramático tendió la muñeca a su legítima dueña, que le dio las gracias unas veinte veces.

—¿Qué vamos a hacer con esta niña? —preguntó Rispérim—. Tendré que devolverla a su casa.

Vinca se fijó en él con mayor atención.

—¡Vaya! ¿Quién eres tú, abuelito? ¿Otro espía?

El Guardián le dirigió una mirada cargada de irritación.

—¿Cómo me has llamado, mocosa insolente?

Fimo intervino apaciguador.

—No te ofendas. A ella le gustan los espías, ¿verdad, Vinca?

—Muchísimo. ¿Vais a regresar con vuestros papás?

—Eso queremos hacer —contestó Mela—. Esta noche salimos para la Cresta.

Rispérim se escandalizó.

—¡Mela! ¿Por qué le revelas nuestros planes?

—Huy, qué genio tan malísimo —comentó Vinca—. Se parece a papi.

Aralia calmó al anciano asegurándole que su amiga era muy discreta. Por otra parte, el tiempo apremiaba. Era preciso alejarse de Croca.

Fimo explicó la primera fase de su plan. Caminarían hasta Yedrina, donde Linay, su madre, les proporcionaría caballos. Después se dirigirían a la cresta siguiendo un mapa que Rispérim había dibujado.

—Daos prisa —aconsejó el viejo—. Yo voy a llevar a esta criatura a la ciudad antes de que su padre note su ausencia.

—¡No iré! —chilló Vinca—. ¡Quiero ir con Mela!

Su amiga intentó disuadirla.

—Haz caso al Guardián, por favor. No puedes acompañarnos. Tu padre estaría muy triste sin ti.

—Tranquilo, pero triste —bromeó Ustrum.

Mela tuvo que prometerle muchas cosas: una muñeca rosada, un viaje al Exterior y, sobre todo, que volvería pronto a Croca. Al fin, Vinca siguió dócilmente a Rispérim.

—Cuidaos mucho —les recomendó el hombre—. Adiós mi pequeña Mela. Me acordaré de ti y de los demás. ¡Volved cuanto antes!

—¡Adiós espías! —gritó la hija del jardinero.

Rispérim la cogió de la mano y tomaron ambos el camino de la ciudad, sobre la medianoche llegaron a la puerta del parque.

—Corre a la cama —le dijo el bueno de Rispérim—. Yo no puedo perder más tiempo con descaradas como tú.

—Los Guardianes son tontos, pero tú no —respondió ella—. Ven a verme, ¿eh?

—Lo haré si prometes no enseñarme tu famoso injerto. Buenas noches, Vinca.

Salió de la ciudad a grandes zancadas. Debía dejar huellas falsas para despistar a los rastreadores que el Gran Guardián enviaría tras los niños al descubrir su fuga.

Fimo y los demás caminaron toda la noche. Durmieron durante unas horas y siguieron andando hasta divisar Yedrina.

La ciudad de Fimo se asentaba sobre una montaña. Casi todas las viviendas eran de dos pisos y sus muros estaban tapizados con hiedra trepadora, que empezaba a enrojecer por la proximidad del otoño.

El sol se ponía. De pronto, cientos de luces de colores se encendieron a lo largo y ancho de la ciudad.

—¡La fiesta del otoño! —exclamó Fimo—. Espero que mi madre no haya salido de casa todavía.

Afortunadamente, la vivienda de los Bigil se hallaba en las afueras. Ninguna luz salía de las ventanas. Fimo se adelantó y fue a abrir la puerta, pero alguien abrió desde dentro. Linay, vestida de fiesta, contempló a su hijo con sorpresa.

—¡Fimo, hijo! ¡Qué alegría! Ya comenzaba a temer por ti. Pirreno vino...

Aralia y los tres exteriores entraron tímidamente en el jardín.

—¡Aralia! —exclamó la mujer—. ¡Qué contenta estoy de verte! Pasad, aprisa. Tenéis que contarme lo que ha ocurrido.

Sentados en el salón, los chicos se turnaron para comer y contar sus aventuras. Linay no daba crédito a sus oídos. De toda aquella increíble historia sólo comprendía una cosa: su hijo iba a marcharse de nuevo.

—Necesitamos tres caballos, mamá —dijo Fimo.

—Solamente dispongo de dos: el tuyo y el mío. Mañana intentaré conseguir el tercero.

—No, madre. Salimos esta misma noche.

La mujer le miró aturdida.

—¿Sin descansar siquiera? En fin, veré qué puedo hacer. Primero me cambiaré de traje... Pero no: debo ir a entregar los premios del concurso de jardines. A la vuelta traeré un caballo...

Fimo la interrumpió.

—Déjalo, mamá. Vamos a estropear la fiesta. Nos bastan dos animales.

Fueron a la cuadra. El aristiano montó con Pirela y los tres restantes subieron al caballo de Linay.

—Cuando lleguemos a la Cresta te mandaré de vuelta los caballos —dijo Fimo a su madre—. Y no sufras: nos las arreglaremos bien.

Los jinetes se alejaron por la salida del huerto. Linay se secó las lágrimas y, lentamente, tomó el camino del pueblo.

16. Hipnotismo

PIRRENO Zyr se levantó tarde y tomó el desayuno en la terraza. Abajo, en un banco, una chiquilla jugaba sola: era la hija del jardinero mayor. Pirreno la reconoció con un escalofrío. Aún recordaba su última visita a Croca, hacía un año. Al entrar en la casa del parque, Vinca le había ofrecido un ramo de flores amarillas. Él las olió y, poco después, la nariz se le puso encarnada como un pimiento morrón. Pirreno sentía picores sólo de recordarlo.

—¡Oh, no! —se dijo—. Espero que no me haya preparado un ramo de los suyos.

Como estaba de muy buen humor, rechazó esos desagradables pensamientos y bajó a reunirse con el Gran Guardián. La sesión de hipnosis iba a tener lugar inmediatamente.

Pasó a recoger a los chicos, pero el cuarto estaba vacío. El Cuestor imaginó que habrían ido al jardín, o tal vez a la biblioteca. Sin embargo, cuando hubo recorrido casi todo el parque, sin dar con ellos, experimentó cierta sensación de inquietud. Armándose de valor se acercó a Vinca.

—Oye, nena —le dijo dulcemente—, ¿has visto a unos rosados que suelen pasear por aquí?

—No soy ninguna nena —le espetó Vinca ofendida—. Y no quiero hablar contigo. El año pasado fuiste malo y me reñiste.

—Te equivocas, mi apreciada amiga. Yo no pretendía, hacerte daño. Y si me enfadé, reconoce que no me faltó motivo. Al notar esos terribles picores me ofusqué...

—¡Yo no te ofusqué! —protestó la niña, que no comprendía el rebuscado lenguaje del Cuestor—. Tu nariz te ofuscó por oler tan fuerte. Las flores picaban pero yo no lo sabía.

El hombre perdió los estribos.

—Sí lo sabías, pequeño monstruo. Cuando me ofreciste las flores te pregunté si olían bien y tú lanzaste una risita. Lo recuerdo perfectamente.

Furioso, regresó a la sala y confesó no haber podido hallar a los niños.

—¿Siguen las mochilas en el cuarto? —le preguntó el Gran Guardián, arrugando la frente.

—Pues... no me fijé.

—Iremos a comprobarlo personalmente. Si se han fugado, no perderemos tiempo registrando la casa.

Una rápida inspección puso de manifiesto que los chicos habían escapado. El jefe no se inmutó. Convocó a sus ayudantes, dio órdenes y envió a sus jinetes más expertos en pos de los rosados. Media hora después, la casa había recobrado parte de su calma. Junto al arriate de madre selvas, Vinca entonaba una canción. Sus estridentes notas se elevaban hasta el dormitorio donde Pirreno intentaba, en vano, tranquilizarse.

—¡Esa niña es una plaga! —gimió, tapándose los oídos—. ¡Una verdadera plaga!

Mientras Vinca torturaba al Cuestor con sus cantos, Rispérim se dedicaba a imprimir huellas falsas. Cuando, por fin, alcanzó el roble de Aralia, durmió un rato y aguardó pacientemente a los rastreadores.

Eran cinco y llegaron al atardecer. Se los veía satisfechos porque su trabajo les estaba resultando muy fácil. Pero la sonrisa se borró de sus caras al comprobar que no había más huellas.

—Mirad por aquí —dijo el que parecía el jefe—. Los niños han debido esconderse en esta zona.

Rispérim se rió de lo lindo. Los emisarios anduvieron de un lado a otro hasta que se hizo noche cerrada.

—Volvamos —ordenó el jefe—. Aquí pasa algo raro Salgamos para Croca sin más dilaciones.

El Guardián abandonó su escondite y caminó tras ellos toda la noche. Con los primeros rayos del sol, los emisarios entraron en el gran parque de la capital. El Gran Guardián, avisado de su llegada, los esperaba en el jardín.

—Recibe nuestro saludo —le dijo el primer jinete—. Deseamos que te encuentres...

—Gracias, gracias —le interrumpió el hombre—. Pasad al informe sin rodeos.

—Seguimos las huellas de los exteriores. Eran muy claras y conducían al oeste. Pero, cerca del roble donde vivía la chica mayor, el rastro desapareció por completo. Buscamos por los alrededores y no encontramos a nadie.

El Gran Guardián hizo un gesto impaciente.

—Seguramente borraron sus huellas y se escondieron.

—Imposible —dijo el rastreador—. Son niños, no especialistas en rastreo. No lograrían despistarnos aunque quisieran... Lo cierto es que han desaparecido como si se hubieran evaporado en el aire.

El Gran Guardián despidió a los expedicionarios y se encaminó hacia la casita del jardinero. Un presentimiento le empujaba junto a Vinca. Tal vez la niña supiera algo.

Vinca charlaba con una muñeca, de espaldas al hombre que la estaba observando.

—Oye, jovencuela —decía con voz afectada—: debes respetarme por mi posición. Soy un Guardián, ¿te enteras? Y muy ofuscado, además. Pero los jóvenes ya no respetan las calvas. Y se burlan de los Guardianes y les dan flores ofuscadas. Y les pican las narizotas...

La voz del Guardián le hizo dar un respingo.

—Hola, pequeña. Paseaba por aquí y te oí hablar con esa muñeca tan traviesa. Por lo visto, la tiene tomada con Pirreno Zyr, ¿verdad?

El Gran Guardián comenzó a interrogarla disimuladamente. Pero, a pesar de su habilidad, no sacó nada en limpio. La niña daba rodeos y mezclaba los temas de tal forma que el hombre empezó a sentir dolor de cabeza.

—Ven conmigo, Vinca —le dijo—. Quiero hablar con tu padre.

El jardinero jefe se quedó pasmado cuando el Gran Guardián le pidió autorización para hipnotizar a su hija.

—Bueno —cedió al fin—. Si es por el bien de la Arista... Y si la pequeña no sufre ningún daño...

—En absoluto. Es cuestión de cinco minutos.

Vinca entró en la casa lanzando miradas recelosas a los muebles. Antes de sentarse pasó la mano por la superficie de la silla.

—No hay pinchos —le aseguró el hombre—. He oído decir que tú colocas espinos en los sillones de tu casa, pero yo no soy tan bromista.

—Es un juego. Hay tres sillones sin pincho y uno con pincho... Y me voy a ir. Tengo sueño.

—En seguida podrás irte. Te he traído para enseñarte una piedra maravillosa. Mira.

Sobre la palma de su mano centelleaba el trozo de astrolita. Lentamente hizo oscilar la piedra

ante la cara de Vinca, la balanceó a derecha e izquierda.

—Tienes sueño, mucho sueño... —murmuró con voz monótona—. Te duermes...

Los ojos de la niña seguían el balanceo de la astrolita. Había caído en un sueño hipnótico.

—¿Conoces a los exteriores? —le preguntó el Guardián.

—Sí. Son amigos. Se han ido.

—¿Adónde? ¡Dímelo!

—Van a ver a sus papás —susurró Vinca—. «Lula» está allí. En la Cresta.

El vaivén de la piedra se detuvo.

—Atiende —ordenó el hipnotizador—: al despertar no recordarás nada.

Poco después, la niña se entretenía construyendo flanes de tierra. Mientras, una partida de jinetes abandonó el parque. El Gran Guardián cabalgaba a la cabeza del grupo.

—Ése está chiflado —dijo Vinca a uno de los flanes—. Por su culpa me duele la cabeza.

Cuando vuelva le regalaré un ramo de mis flores.

El jardinero se encontraba a su lado. Esa hija suya le causaba tantos problemas...

—Te traeré unos polvos de sauce —dijo solícito—. El dolor se te pasará en seguida, nena.

Rispérim apareció en aquel instante.

—¡Oh...! Vaya, usted por aquí —tartamudeó el jardinero—. Éste es el día de las sorpresas.

¿Quiere tomar algo en casa?

—No, gracias. Ya he desayunado. Y tú, pequeña, ¿no me saludas?

Vinca levantó su cara churretosa.

—Con el corazón te saludo —dijo—. Con la mano no. La tengo muy puerca de andar con el barro.

—¡Qué lenguaje! —se escandalizó su padre—. Anda, corre a lavarte... y procura ser más educada, hija.

Cuando desapareció rumbo al cuarto de baño, el jardinero suspiró profundamente.

—Esta cría me matará a disgustos. Hoy la ha hipnotizado el Gran Guardián. Al parecer, ha estado secreteando con los extranjeros. Estoy tan nervioso que no sé dónde tengo la cabeza. Perdone, Guardián. Voy a tomar unos polvos de sauce...

Rispérim no esperó a Vinca. Cogió un caballo y salió de la ciudad al galope. Debía encontrar a los chicos antes de que lo hiciera el Gran Guardián.

FIMO, ARALIA Y LOS NIÑOS habían cabalgado durante toda la noche. Se adentraban en la región más desconocida de la Arista, situada entre Yedrina y las montañas de la Cresta. Más allá de la ciudad de Fimo sólo había bosques seculares y llanuras despobladas. Según les explicó Aralia, a los aristanos no les agradaba vivir allí.

—Estas zonas fueron devastadas por la Nube Negra. Se produjeron muchos terremotos, la gente huyó y, desde entonces, nadie ha querido instalarse en estas tierras.

—Mejor que mejor —dijo Ustrum—. Así viajaremos tranquilos.

El viaje iba desarrollándose a la velocidad prevista. Pero, por desgracia, el tiempo comenzaba a estropearse. A mediodía, mientras los viajeros dormían, cayó una fuerte tormenta. Despertaron y

seguía lloviendo.

—Esperaremos a que escampe —dijo Aralia—. Andar bajo la lluvia es muy molesto.

—¿Y si nos persiguen? —objetó Fimo—. Creo que es preferible continuar, aunque nos empapemos.

Mela dijo que nadie podía saber dónde estaban, porque Rispérin se habría ocupado de despistar a los emisarios.

—Seguro que nos buscan por el otro lado, por las Grandes Montañas —aseguró—. Ris es listísimo y los engañará a todos.

Aunque el aristiano deseaba seguir, descansaron durante varias horas. Cuando la tormenta cedió montaron de nuevo y cabalgaron hasta el anochecer. Pensaban alcanzar la falda de la cordillera, pero les salió al paso una tormenta más densa que la anterior. La lluvia batía el suelo incansablemente, levantando un barro pegajoso y duro. El propio Fimo dio orden de suspender la marcha.

—Los caballos no pueden avanzar en el fango —gritó—. Vamos allá, a la izquierda. Aquel bosque nos protegerá del agua.

Antes de dormir, los chicos pidieron a Fimo que tocara la narelina. El joven dudó un poco, pues el sonido de la doble flauta se oía desde muy lejos.

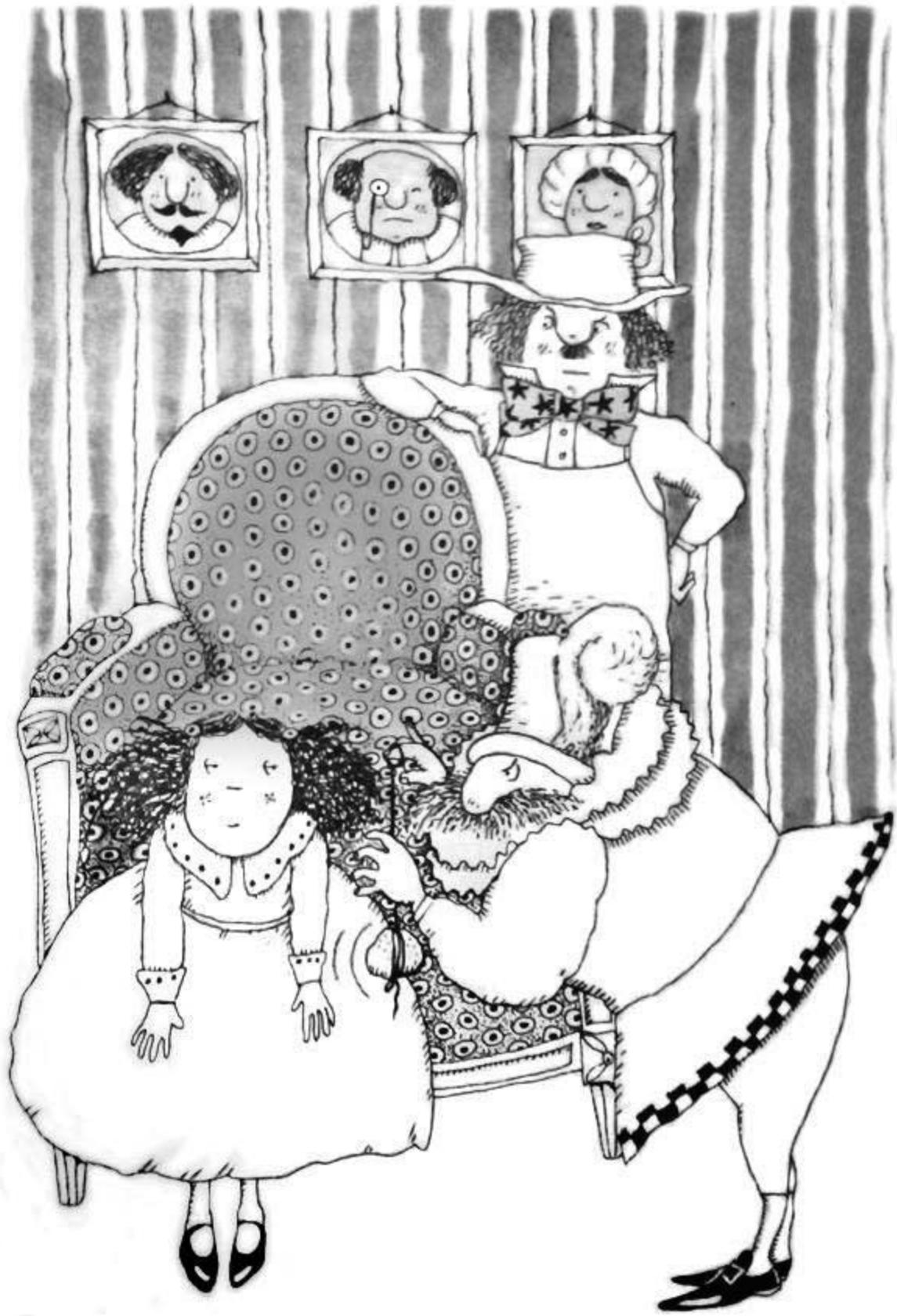
«No sé qué me ocurre —pensó—. Me preocupo sin razón. Por ahora, todo marcha estupendamente».

El poder tranquilizante de la narelina le hizo mucho bien. Conforme tocaba, sus temores iban esfumándose y se sentía mejor.

—Calla, Fimo —dijo de pronto Pirela—. Me ha parecido oír voces.

El aristiano guardó la narelina y salió. Alrededor de la tienda, ocho jinetes les cerraban el paso. Su padre estaba allí, contemplándole con expresión de tristeza. A su lado, inmóvil, montaba el Gran Guardián.

—Ya los tenemos —dijo, y bajó del caballo.



17. Una noche de tormenta

MIENTRAS los ayudantes montaban las tiendas para resguardarse de la lluvia, Vemo Bigil y el Gran Guardián entraron en la de los niños.

Vemo se sentó junto a su hijo sin mirarle. Al enterarse de que Fimo había ayudado a los extranjeros, sintió una vergüenza insoportable y deseó abofetearle y echarle en cara su conducta. Pero al encontrar su mirada, bajo la lluvia, supo que sólo estaba enfadado consigo mismo.

«Me he comportado con demasiada severidad —pensó— y ahora pago las consecuencias».

La voz del Jefe le hizo volver a la realidad.

—... Y me vi obligado a hipnotizar a la niña —estaba diciendo—. Me sorprendió saber que marchabais hacia la Cresta, yo os suponía en las Grandes Montañas. Allí hay un pasadizo, ¿verdad?

Los chicos callaban obstinadamente.

—Hipnotizaré a Mela si no me dejáis otra salida —amenazó—. Mañana por la mañana me contaréis la verdad. Pensadlo durante la noche.

En cuanto los Guardianes salieron, Mela rompió a llorar.

—¡No quiero que me hip... bueno, eso! ¡Me da miedo!

—Cálmate —dijo su hermana—. Si hace falta se lo diremos todo.

—No podemos decirles dónde están los túneles —objetó Ustrum—. Los cerrarían y jamás podríamos regresar a nuestra tierra.

—El Gran Guardián lo averiguará, de un modo u otro —intervino Aralia—. Ya les has oído: hipnotizaré a Mela si nos negamos a hablar.

Fimo habla permanecido mudo, reflexionando.

—Duerme tranquila, Mela —dijo con voz firme—. Nadie te hará daño. Yo no lo permitiré.

Sus palabras pusieron término a la discusión. Se arroparon en las mantas y se durmieron antes de lo que suponían.

A mitad de la noche se produjo un terrible alboroto. Aralia se despertó y llamó a Fimo, pero el sitio del aristiano estaba vacío, Ustrum y Pirela también se despertaron.

—¿Dónde anda Fimo? —preguntó el niño—. ¿Se habrá escapado?

—No —contestó Aralia—. Él no nos abandonaría en una situación como ésta.

Salieron al bosque. El agua caía a chorros sobre las hayas. Del campamento de los guardianes venían gritos mezclados con el viento. Los chicos corrieron hacia allá. El padre de Fimo, totalmente empapado, abrazaba el tronco de un haya. Su mirada se dirigía hacia la copa del árbol donde se había encaramado Fimo.

—¡Hijo! —vociferaba el hombre—. ¡Baja de ahí!

—¡Lo haré cuando el Gran Guardián prometa dejarnos marchar! —fue la respuesta del joven.

Los ayudantes de Croca apuntaron sus linternas sobre él. Podía vérselo, desde abajo, agazapado en una de las ramas más altas.

—Se va a matar —murmuró Aralia aterrada.

El Gran Guardián se colocó a su lado.

—Ese trucono va a servirnos de nada —dijo—. Yo no soy el padre del muchacho y no me

dejaré conmovido.

—¡Pero yo sí! —exclamó Vemo—. ¡Mi hijo tiene que bajar en seguida!

El Jefe no le oyó. Continuaba hablando con Aralia.

—Convéncele de que baje, muchacha. A ti te hará caso.

—¡Fimo, por favor! —chilló ella—. ¡Ven aquí antes de que la rama se rompa!

—¡Sólo si cumplen lo que pido! —repitió su amigo.

El Gran Guardián hizo un visible esfuerzo para conservar la calma.

—Esta comedia es ridícula. No va a pasaros nada malo: os doy mi palabra. Simplemente, me diréis dónde se halla el antiguo pasadizo. No exijo más.

Pirela se colocó frente a él. Aunque la lluvia empapaba su cara, el Guardián notó que estaba llorando.

—¡Y entonces cerrarán la entrada! —gritó—. ¿Cree que somos tontos? Pues no lo logrará. Nuestros pueblos han vivido aislados durante siete siglos, pero eso ha acabado ya.

El bramido de un trueno ahogó sus palabras. De repente, la tormenta se cargó de electricidad. El cielo crujía como si se estuviera partiendo en mil pedazos. Un viento frío azotó las ramas de las hayas, que crujieron también.

—Permanecer aquí es una temeridad —gritó el Gran Guardián—. ¡Los rayos van a caer sobre los árboles!

Intentó alejar a los niños del peligro, pero ellos se resistieron a obedecer, Ustrum y Pirela echaron a correr perseguidos por los hombres del Gran Guardián. Vemo y Aralia se negaron a separarse de Fimo.

—¡Os habéis vuelto locos! —chilló el Jefe, enfadado—. Escuchadme...

Nunca supieron lo que el Gran Guardián se disponía a decir. Un resplandor llenó el cielo; al mismo tiempo resonó un espantoso chasquido y el bosque pareció temblar. Luego todo calló, excepto la lluvia.

El ruido fue tan estruendoso que Mela se despertó de un salto. Al comprobar que se encontraba sola se asustó y tanteó en las mantas buscando una linterna.

—¡Pirela! —llamó—. ¿Por qué me dejáis sola?

Un rayo había alcanzado un árbol enorme, a escasos metros del haya donde se encontraba Fimo. Mela, pasmada, intentaba comprender cómo había ido a parar allí ese montón de ramas rotas.

—Un árbol tirado por el suelo —se dijo—. Debo de estar enferma. Sí, estoy enferma y esto es una pesadilla.

Iba a saltar por encima de un tronco cuando algo atrajo su atención. Había un hombre tendido en la tierra, bajo el tronco. Un hilillo de sangre recorría su frente.

—¡Socorro! —gritó la niña—. ¡Ayudadme!

El viento se llevó sus palabras. Desesperada, Mela echó a correr pidiendo auxilio. Bajo el árbol yacían más hombres, pero no veía a los chicos.

—¡Eh, Mela! —contestó una voz.

Varias figuras se movían entre las ramas. Mela identificó a su hermana, a Ustrum y a dos rastreadores que parecían heridos.

—Gracias a Dios, hermanita —Pirela se adelantó y la abrazó—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Y vosotros?

—Regular —respondió Ustrum—. El Gran Guardián está atrapado debajo de un tronco muy pesado y no podemos sacarle. Y Aralia y Fimo no aparecen.

—Aquí me tenéis —dijo una voz a sus espaldas.

Llegaba Aralia. Aparte de unas heridas en las piernas, había escapado de la catástrofe sin otros males.

—Ha sido horrible —continuó la chica—. La copa de ese árbol se nos echó encima en cuestión de segundos, Vemo Bigil recibió un golpe en la cabeza y perdió el sentido. Fimo bajó a ayudarnos, pero colocó mal los pies y cayó al suelo... Por suerte, no había demasiada altura. Miradle, ahí viene.

El aristiano se acercaba con una sonrisa crispada. Sus ropas se habían desgarrado y tenía el cabello lleno de hojas secas.

—Mi padre sangra mucho por la sien —dijo—. Y hay varios hombres heridos bajo los troncos. Vamos a sacarlos, deprisa.

Mover aquellos pesados ramajes no era cosa fácil. Rescataron a dos de los jinetes y los depositaron con cuidado en las tiendas. Luego le tocó el turno al Gran Guardián. Su rostro estaba blanco como la cera.

—No recobra el conocimiento —se inquietó Aralia—. Y su herida tiene mal cariz. Necesita ayuda en seguida, o morirá.

Fimo y ella fueron por los caballos. Sólo quedaba uno: los restantes habían escapado.

—Yo iré a Yedrina —resolvió Aralia—. Tú te has roto un brazo, no creas que no lo he notado. Y los demás hombres están peor todavía.

Montó de un salto y se abrió camino entre la tormenta. Cabalgaba con una linterna encendida, por si acaso se cruzaba con algún viajero. Pero esa posibilidad le parecía muy remota.

«¡Maldito lugar! —se dijo—. Nadie vive aquí, nadie viaja por aquí. No sé si encontraré el camino de Yedrina en medio de esta terrible oscuridad».

En un par de ocasiones estuvo a punto de caer del caballo. Su vestido ya no podía absorber más agua. Galopaba a ciegas, agachando la cabeza para evitar la bofetada de la lluvia y del viento.

«Tengo que llegar —pensó Aralia—. Si no lo logro, el Gran Guardián morirá esta misma noche».

Rispérim cabalgaba en dirección contraria. Su viejo caballo no corría tanto como los de la partida de Croca, y los había perdido hacía cosa de dos horas.

Repentinamente, una lucecita brilló a lo lejos. No, se había equivocado. Sí, ahora surgía de nuevo. Se acercaba rápidamente.

—¡Eh, tú! —gritó el viejo—. ¡Detente!

Aralia había pasado de largo sin verle. El Guardián la siguió hasta darte alcance.

—¡Rispérim! —exclamó la chica—. Llévame a Yedrina, rápido. Luego te explicaré.

El hombre no hizo preguntas.

—Sígueme, Aralia —le dijo—. Yo conozco un atajo.

LOS NIÑOS RECORDARÍAN aquella noche como la más confusa de su vida. Cuando casi habían perdido la esperanza, Rispérim apareció en el bosque con médicos, comida y caballos. En dos palabras les contó su encuentro con Aralia.

—Ella se empeñó en venir, pero se lo quité de la cabeza. Su viaje ha sido agotador.

No mencionó su propio cansancio. Envió a los pequeños a la cama y él corrió a ayudar a los heridos.

Durmieron en la tienda hasta muy entrada la mañana.

La lluvia había cesado y lucía un tímido sol. Bajo su luz, el árbol derribado no se veía tan siniestro.

—¡Hola! —los saludó Fimo—. Yo me he levantado hace rato. Me han escayolado el brazo izquierdo, como veis. Afortunadamente, el derecho sigue intacto.

—¿Y los heridos? —se interesó Pirela.

—Hay buenas noticias. Mi padre mejora, y los demás también..., aunque el Gran Guardián se ha salvado por los pelos. Los médicos llegaron justo a tiempo.

Rispérim asomó la cabeza por la tienda de lona que servía de hospital.

—¡Hola, chicos! Necesito hablar con vosotros, pero ahora no dispongo de tiempo. A la hora de la cena iré a vuestra tienda. ¡Ah!, otra cosa: los médicos quieren examinaros.

—A mí no me cayó el árbol encima —protestó Mela—. Estoy muy sana.

—Entonces, puedes quedarte conmigo; pero los demás han de pasar la revisión.

Tanto Ustrum como Pirela habían recibido impactos de ramas, aunque no muy fuertes. Cuando Rispérim acudió a su cita, al anochecer, los encontró llenos de vendas y esparadrapos.

—¿No os lo dije? —sonrió el viejo—. Tenéis contusiones por todo el cuerpo.

Mientras cenaban, los chicos relataron lo sucedido, y el Guardián contó también su parte.

—Ahora, vuestro viaje depende de lo que decida el Gran Guardián —dijo al final. Mañana lo trasladan a Yedrina, si su mejoría no se detiene. Nosotros le acompañaremos.

Pirela agachó la cabeza.

—¡Yedrina! Eso nos retrasará aún más y ya no falta mucho para que sople el Viento del Este.

Como no deseaba que los niños se entristecieran, Rispérim cambió de tema.

—Contadme algo sobre Astrópolis. ¿De verdad la habéis encontrado?

—Sí —aseguró Ustrum—. Dormimos tres noches allí.

—¿Cómo es?

—Una ciudad de cristal luminoso —murmuró Pirela, soñadora—. La ciudad más hermosa que existe.

El viejo entornó los ojos.

—¿Sabéis? Una vez mi padre me contó una leyenda sobre el origen de Astrópolis. Todavía la conservo en mi memoria.

—Cuéntala —pidió Mela—. Me chiflan las historias.

—Pues... Había en el firmamento una estrella enana de color azul. Su maravilloso resplandor pasaba inadvertido entre el brillo vulgar de los grandes soles, y la pobre pequeña sufría por ello. Nadie la conocía, nadie la admiraba... y, para colmo de males, nadie le había puesto un nombre.

»Para la estrella azul, el nombre se convirtió en una obsesión que la atormentaba.

»—Necesito llamarme de alguna manera —se dijo—. Sólo entonces sabré que existo de verdad.

»Así pues, flotó por el universo en busca de seres con alma que pudieran inventar un nombre para ella. Se colocó frente a todos los planetas habitados que halló en su camino y esperó, esperó, esperó. Si hay algo que saben hacer las estrellas es esperar.

»En la mayoría de esos planetas vivían seres sumamente atareados y bulliciosos, como estaban tan ocupados en mirar al suelo para buscar alimento, nunca elevaban la mirada a lo alto. De día, el sol los cegaba. Por la noche, cuando la estrella se esforzaba en lucir sus mejores rayos, esos seres cerraban los ojos y no los abrían hasta el día siguiente.

»—¿Tendrán alma? —se preguntaba la estrella sin nombre—. Pues no se les nota, la verdad.

»Cambió de lugar y se puso a la vista de un extraño planeta redondo. Allí vivía una gente tan inquieta como la de los mundos anteriores. Sin embargo, no todos dormían de noche. Había un cierto número de hombres consagrados a estudiar los astros. Los miraban a través de unos tubos largos y negros; seguían sus movimientos y tomaban nota detallada.

»—¡Por fin! —exclamó la estrella diminuta—. Estos seres sí son inteligentes. Me han visto y van a ponerme nombre.

»Estiró sus rayos al máximo para leer la palabra que esos hombres escribían en el mapa astral, y deletreó: Astro 3 966/V. N.-tip.gt.

»Ése era su nombre.

»Dicen que las estrellas no tienen alma. Pero sí poseen un corazón. Y a la estrella de la historia le dolió el suyo durante largo tiempo.

»—Seré una estrella anónima —decidió, desengañada—. Los seres con alma sólo saben inventar nombres sin alma.

»Vagando al azar se plantó frente a Lumbánico. Los aristanos la vieron y le tomaron cariño. En las negras noches de verano la contemplaban diciendo: «Cuánto brilla nuestra estrella», o bien: «Nuestra estrella es de raza aristana, porque tiene nuestro mismo color».

»—¡Nuestra! —exclamó la estrellita—. ¡Me llaman Nuestra! Nunca soñé con un nombre tan bonito.

»Quería tanto a los aristanos que resolvió irse a vivir con ellos para siempre, se aproximó a la Arista y se dejó caer blandamente sobre las Grandes Montañas. Mis antepasados la encontraron incrustada en la roca; su corazón de cristal ya se había enfriado.

»Con él se construyó Astrópolis. Y cada tarde, al ponerse el sol, la estrella azul resplandece como en los viejos tiempos. Por eso la ciudad se llamó Astrópolis, que significa «la ciudad-estrella».

A los chicos les gustó mucho la vieja leyenda.

—Cuenta otra, Ris —suplicó Mela—. Cuentas estupendamente bien.

El Guardián consultó su reloj.

—Se nos ha hecho tardísimo. Necesitáis dormir... mejor dicho —corrigió—, necesitamos dormir. Hasta mañana. Recordad que saldremos temprano para Yedrina.

—Buenas noches —contestaron ellos.

18. Barrer la otra nube

LINAY, esposa de Vemo Bigil, se empeñó en acoger a los exteriores en su casa. Si alguna amiga le insinuaba que no podría atender bien a tantos invitados, contestaba, más o menos, lo siguiente:

—Nadie los cuidará mejor que yo. Aralia es para mí como una hija, y los chicos no se separarán de ella. Yo me ocuparé de su bienestar.

Durante tres días les impuso un plan de vida sumamente cómodo: dormir, comer, ayudar en el huerto y pasear por Yedrina. Con gran sorpresa para los niños, la gente los miraba con cierta simpatía, sobre todo a Aralia. La aventura de la chica que salvó al Jefe de la Arista se extendió por toda la ciudad. Y cuando se supo que Aralia había cabalgado con varias costillas rotas, esa simpatía se convirtió en franca admiración.

—He recibido una nota del Gran Guardián agradeciendo lo que hice por él —dijo una tarde—. Escribe con una letra vacilante: aún debe de estar bastante enfermo.

Rispérim se había instalado en otra vivienda, junto al Gran Guardián y sus ayudantes. Cada atardecer iba a merendar con los chicos y les informaba de la progresiva mejoría de su Jefe. La tarde del cuarto día trajo una noticia destinada a Pirela.

—El Gran Guardián desea hablar contigo —le anunció—. Te recibirá mañana a las seis. Se trata de vuestro viaje me parece a mí.

La niña perdió un poco de color. ¡Una entrevista con el Gran Guardián! ¡Y ella sola! Si no se le trababa la lengua, ya se daría por satisfecha.

Sus amigos la acompañaron hasta la casa de Rispérim. Fue él quien abrió la puerta.

—Esperad aquí —les dijo—. Tú, sígueme, Pirela.

El Gran Guardián asomaba la cabeza y los brazos por entre las mantas, se había sentado en un sillón para recibir a la niña.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Pirela.

—No demasiado mal —sonrió el hombre—. Toma asiento frente a mí, por favor. ¿Te doy miedo?

—Un poco —reconoció ella.

—Pues me extraña, porque eres una chica muy valiente. La noche del rayo me hablaste sin ningún temor. Lo recuerdas, ¿verdad? Yo también. He meditado mucho sobre lo que dijiste acerca de nuestros pueblos.

Hizo una pausa para recuperar fuerzas. Se sentía débil y cansado.

—Dijiste que el aislamiento de exteriores y aristanos desaparecería aunque yo me opusiera —prosiguió—, y te concedo la razón. Pero no creas que resultará fácil. Al contrario, costará tiempo y esfuerzo. Una de las Nubes pasó y fue olvidada, pero la otra Nube, la peor de las dos, persiste todavía.

—¿Otra Nube Negra? —se asombró Pirela—. ¿Acaso cayeron dos? No lo sabía...

El aristiano se frotó los ojos con las manos. Parecía más viejo y fatigado que nunca.

—Sólo se habla de la Nube de polvo negro y de sus consecuencias materiales: sufrimientos, destrucción, terremotos... Pero hubo una consecuencia más grave y más duradera también, pues

ha durado siete siglos: una Nube Negra hecha de miedo, desconfianza e indiferencia. Una Nube que ha envenenado por igual a exteriores y aristanos. Y no nos echéis toda la culpa a nosotros. Somos poco hospitalarios, es cierto. Pero ¿y los rosados? Aparte de vosotros tres, ningún exterior ha entrado en la Arista desde aquel siglo fatídico.

Pirela intentó defender a los suyos:

—Mi gente cree que es imposible entrar. Los planos de los pasadizos fueron destruidos y...

—Pero vosotros los encontrasteis —objetó el hombre— lo cual indica que no era tan difícil. Si tu pueblo hubiera deseado venir, lo habría hecho. Reconócelo, Pirela. Los exteriores también nos temen.

Después de reflexionar, la muchacha asintió.

—Sí... Sí, tal vez. A pesar de todo, sigo pensando lo mismo: los rosados y los azules deben conocerse. Con el tiempo perderán el miedo y se harán amigos.

En aquel momento, el Guardián se incorporó y desprendió algo de su cuello. Un resplandor azul titiló en sus manos.

—Toma, Pirela. Te devuelvo la astrolita. Tú la hallaste y tú la llevarás.

Pirela se la puso con dedos temblorosos.

—Un trozo de corazón de estrella —murmuró.

—¿Conoces la leyenda? Sí, el corazón de una estrella aristana, que lucirá en el pecho de una muchacha exterior. Un buen signo, ¿no crees?

El hombre azul y la chica rosada se miraron, serios al principio. Luego, lentamente, sonrieron.

EL JEFE DE LA ARISTA realizó su primera salida seis días más tarde. Caminaba despacio, apoyándose en dos de sus hombres. Guiados por Rispérim, se dirigieron a casa de la familia Bigil.

—Ya llegamos —anunció el viejo Guardián—. Los chicos están trabajando en el Jardín con la esposa de Vemo.

Al verlos, Linay se alegró mucho.

—Pasad dentro —dijo—. El fresco de la tarde puede perjudicar a Irio.

—¿A quién? —preguntó Mela extrañada.

—A mí —contestó el Gran Guardián—. Mi nombre es Irio. ¿Te gusta?

—Psss... Un poco raro sí es..., pero no suena mal. Irio se sentó con ellos y les mostró un pequeño libro sin tapas.

—Mirad, chicos —dijo—: éste es el libro más completo que se ha escrito sobre el éxodo de los rosados. Pertenece a la Casa del Parque y sólo tienen acceso a él los Grandes Guardianes. Ayer envié a Croca a uno de mis jinetes y le di instrucciones para hacerse con este tomo. Hace unos años lo leí y, si mi memoria no me falla, creo que os interesará uno de sus capítulos.

Su dedo índice fue recorriendo varias líneas de una escritura anticuada y borrosa. A mitad de la página el dedo se detuvo.

—Aquí está. Dice lo siguiente: «Cinco grupos de exteriores penetraron a través del túnel de la Cresta. Los Guardianes del sector este los recibieron en la entrada de las cuatro cuevas y allí se cobijaron los rosados hasta la llegada de los últimos supervivientes».

Irio dejó de leer.

—Hay un único dato orientador: las cuatro cuevas donde se alojaron los rosados. En la Cresta debe de haber una agrupación de cuatro cavernas próximas entre sí. Yo iré con vosotros a explorar la cordillera en cuanto esté mejor.

Pirela intervino para decir que no les era posible retrasar el viaje.

—¿Y cuándo pensáis partir?

Aralia y los chicos discutieron brevemente.

—Ahora, si es posible —pidió la chica.

—¿Tan pronto?

—Sí, por favor, —insistieron todos.

—La juventud no reflexiona: actúa —sentenció Rispérim—. Yo, representante de la madurez y el sentido común, los acompañaré hasta la Cresta.

Mientras preparaban las provisiones, el Gran Guardián pidió papel y pluma y escribió una carta.

—Toma, Pirela —dijo, tendiéndosela—. Contiene un mensaje de amistad para el pueblo del Exterior. Vuestra llegada fue el primer paso en el camino de la reconciliación. Esta carta será el segundo paso, y confío en que daremos muchos más.

—Barreremos la Nube Negra —contestó la niña—. Desaparecerá como la primera.

Ustrum entró a informarlos de que todo estaba listo para la marcha. Y escuchó la frase de su amiga con el mayor asombro.

—¡Barrer la Nube! —pensó escamado—. Ya me explicará luego Pirela todo eso, si no se trata de una broma de las tuyas.

Linay los besó tantas veces que la despedida se eternizaba. Vemo Bigil la apartó suavemente y se acercó a su hijo. Una larga cicatriz se destacaba, blanquecina, sobre su frente.

—No siempre nos hemos entendido, hijo —murmuró—, pero...

—Pero nunca hemos dejado de querernos —completó Fimo.

Se abrazaron apretadamente. Cuando el joven hubo montado en su caballo, Vemo le dijo:

—Vas a representar a la Arista en el país de los exteriores. Pórtate como corresponde.

—Así lo haré, padre.

Sacudieron las manos en un último adiós. Yedrina quedó atrás y pronto fue sólo una mancha rojiza en el paisaje.

Los caballos corrían velozmente. Tres horas después tocaban las estribaciones de la Cresta. Se apearon de los animales y comenzaron la búsqueda.

—Allí veo una cueva —señaló Ustrum—. Allí en lo alto.

Rispérim escudriñó el punto indicado.

—No nos sirve. Una cueva solitaria no nos sirve.

Caminaron hacia el norte siguiendo la cadena montañosa. Fimo y Ustrum subieron y bajaron por las rocas durante el resto de la tarde. En una ocasión divisaron una serie de grutas de buen tamaño, pero no lograron alcanzarlas.

—¿Y si es la entrada? —preguntó Aralia.

—Imposible —declaró Rispérim—. Nuestros antepasados, que yo sepa, no tenían alas para

desplazarse de acá para allá, vamos, chicos. No os desaniméis todavía. Si en esta zona hay un pasadizo, lo descubriré o dejaré de llamarme Guardián de las Montañas.

Fue él quien las vio: cuatro cuevas en forma de arco, casi idénticas, colocadas una al lado de la otra. Los antiguos aristanos habían modificado su curvatura natural para hacerlas más simétricas. Incluso excavaron unos peldaños para facilitar su acceso.

—Subid con precaución —dijo el Guardián—. La escalera es más vieja que yo y ya se ve poco.

Al encontrarse ante las cuatro cavidades, sintió un pellizco en el estómago, se resistía a dar la espalda a los chicos.

—Regresa ya, Rispérim —le dijo Fimo—. Está cayendo la noche.

El viejo se asomó a la boca de una caverna, más negra que una noche sin estrellas, y se estremeció.

—Recorreré con vosotros unos kilómetros de túnel y luego me daré la vuelta —propuso.

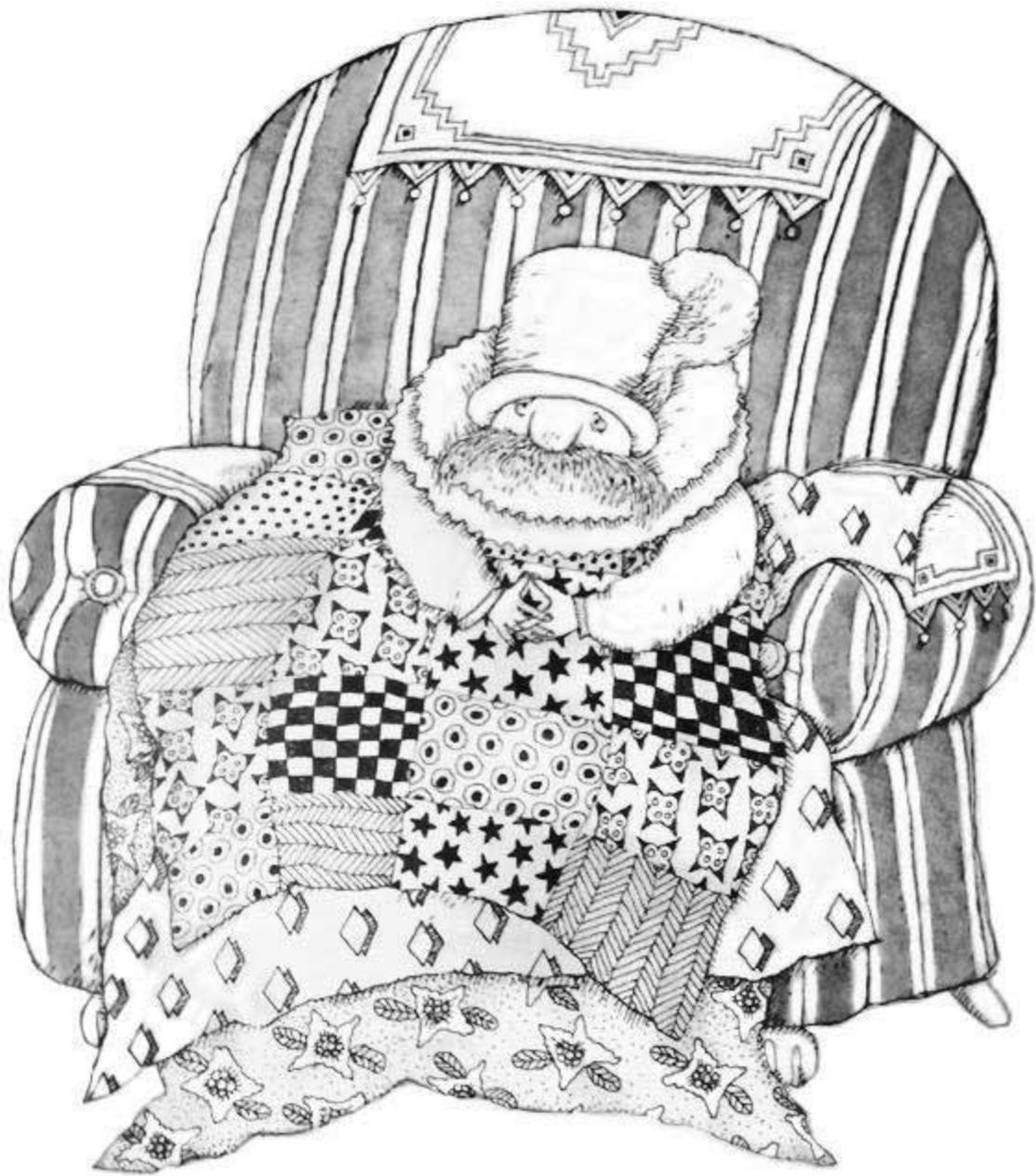
Mela le abrazó. Sabía que su amigo estaba preocupado, sobre todo por ella.

—Adiós, Ris —le dijo—. Yo no tengo miedo, palabra, y volveré prontísimo a verte.

El Guardián apoyó su pesada mano sobre el hombro de Fimo.

—Cuídalos —le recomendó.

Giró sobre sus talones y se alejó escaleras abajo. Antes de desaparecer en las sombras agitó un pañuelo blanco y su barba, movida por el aire, fue como otro pañuelo diciendo adiós.



19 Nuevos proyectos

«Yo, Pirela Alen, de la Comunidad de Ni, escribo estas líneas a petición de la Corte de Responsables, que desea conocer los últimos detalles, de nuestro viaje.

»Cuando Rispérim nos dejó, Fimo se hizo cargo del grupo. Encendimos solamente una linterna, para evitar quedarnos sin pilas, y nos metimos en la caverna más próxima. Había allí una sala enorme. Bajo una alfombra de polvo y piedras existía un enlosado muy bonito. Me pareció que las paredes estaban pintadas con murales de paisajes, pero no hubo tiempo para comprobarlo. Cuando limpien la suciedad y pulan las losetas, se verá la entrada en todo su esplendor. Fimo se llevó la linterna y examinó las otras cuevas.

»—Seguramente, las cuatro comunican con el Exterior —nos dijo—. Tomaremos por esta misma.

»Los dos o tres kilómetros iniciales estaban en buen estado, pero luego el pasaje se estrechaba y nos tocó andar agachados, como en el túnel de las Grandes Montañas.

»Nos entró sueño en el pasadizo y nos echamos como pudimos. ¿Habéis dormido alguna vez en un pasillo de medio metro de ancho? Pues no os lo aconsejo. Es un latazo, sobre todo si hay piedrecillas bajo vuestra espalda.

»A la mañana siguiente dimos con una gruta inmensa adornada con columnas de piedra blanca. La mitad estaban en el suelo, partidas en trozos.

»—Las ha debido de derribar un terremoto —supuso Aralia—. O tal vez docenas de pequeños terremotos.

»Todos miramos hacia arriba, temiendo que el techo plagado de estalactitas se desplomara y nos convirtiera en papilla. La idea de estar en el centro de la cresta, con miles de toneladas de roca encima de nuestras cabezas, nos impresionaba bastante.

»El resto del día fue monótono: andar y andar, parando a ratos para comer y recobrar el aliento. Cuando los relojes nos indicaron la hora de dormir, dispusimos los sacos en un ensanchamiento. Mela no podía dormir. Los nervios la atacaron y nos los contagió a los demás.

»—¡Mami y papi están al final de este túnel! —chillaba—. ¿Te das cuenta, «Lula»?

»"Lula", para quien lo ignore, es su muñeca preferida. Tiene mal aspecto y un ojo colgante, pero a mi hermana le gusta.

»Nuestra salvación fue Aralia. Sabe un montón de leyendas y calmó a Mela con una larga historia.

»De la segunda mañana no recuerdo nada especial. En cambio, por la tarde, empezamos a oler algo fresco que corría por las paredes.

»—No falta mucho para la salida —dijo Fimo.

»Él no tiene experiencia en túneles, pero la proximidad del aire libre se nota en seguida.

»Nosotros hubiéramos caminado con gusto toda la noche, pero Fimo se opuso. Nos dijo que debíamos dormir las horas necesarias. Entonces, Mela volvió a enfadarse.

»—Obedece —le ordenó Ustrum—. Rispérim dijo que Fimo se ocuparía de cuidarnos, y eso es lo que está haciendo.

»Para reconciliarse con Mela, Fimo tocó la narelina a una sola mano, pues se ha roto un brazo

y lo lleva en cabestrillo. La narelina tocada por un tubo suena como una flauta, pero más dulce. Oírla era como estar tumbada en un campo de hierba dorada, alta y resplandeciente. No recuerdo nada más. Dormí de un tirón hasta el día siguiente.

»Nos levantamos temprano. El pasillo de piedra se iba ensanchando poco a poco, Ustrum marchaba soto, delante. De pronto, tropezó con un bulto y se cayó. En mitad del túnel, un baúl antiquísimo obstruía el paso... y luego otro, y otro más... cerca de cincuenta, creo.

»Abrimos dos baúles solamente, porque las cerraduras se habían oxidado y costaba mucho hacerlas saltar. Probablemente, aquellos cofres formaban parte del equipaje de nuestros antepasados, los que huyeron de la Nube. ¡Si vieran qué cosas sacamos de dentro! Diademas de oro y turquesas, trajes bordados con plata, cristal y perlas... Desde luego, esa gente había perdido el juicio, con una ropa tan pesada no podrían ni ponerse de pie. No me extraña que la dejaran abandonada en el túnel.

»Seguimos caminando, pero por poco tiempo. Un derrumbamiento de rocas había taponado el pasadizo. En algunas partes había grietas por donde se filtraba un aire puro y frío. Una grieta mayor dejaba ver un pedazo de cielo y un trocito de bosque. ¡Los bosques del Valle Amarillo!

»—¡Viva! —gritábamos todos—. ¡Hemos llegado!

»Con la pala y los picos agrandamos el agujero. Los dos menores lo atravesaron limpiamente, y Aralia y yo tampoco tuvimos dificultades. Lo gracioso vino cuando Fimo pretendió seguirnos. Se atrancaba al querer sacar los hombros.

»—Adiós, Fimo —le dijo Aralia muy seria—. Tenemos prisa y no podemos esperarte. Regresaremos a recogerte un día de estos.

»Hicimos la comedia de alejarnos de allí. Fimo nos dedicó una mirada tan patética que se nos escapó la risa.

»—Qué tonto eres —se burló Pirela—. ¿Cómo te íbamos a dejar ahí?

»Aumentamos la anchura del hueco y nuestro amigo, polvoriento y una chispa enfadado, puso los pies en el exterior.

»—No te enfurruñes —le dije yo—. Mira en torno tuyo. ¡Estás en la tierra de los rosados!

»El Valle Amarillo se abría a nuestros pies, sumergido en una niebla del color de los ranúnculos que crecen en los ríos.

»—El Exterior es muy hermoso —dijo Fimo sonriendo.

»Hicimos una entrada triunfal en el primer pueblo del Valle... Bueno, lo de triunfal es un decir. Nos cruzamos con varias familias amigas, pero nadie nos reconoció. Fimo atraía las miradas de todos y la gente apenas se fijaba en nosotros.

»—¿Dónde vive el Responsable? —preguntamos a un mirón.

»Se ofreció a guiarnos él mismo. Creo que se equivocó de camino, de tan pasmado como estaba. Después de hacernos dar unos rodeos muy tontos, nos depositó en casa del Responsable. A partir de entonces todo forma un lío en mi cabeza. Las preguntas y las explicaciones se prolongaron hasta el oscurecer. Dieron aviso a nuestras familias y a los padres de Aralia, que viven en el poblado vecino.

»El encuentro con su hija fue muy emocionante. Lloraron como fuentes, pero es comprensible. El hermano de Aralia no lloró, aunque se rascaba la nariz a cada instante, como si le picara. Yo le

conocía de vista y me resultaba simpático.

»Cuando los padres de Ustrum y los nuestros llegaron, casi fue peor. Mela se abrazó a mamá y no se descolgó de ella hasta que la acostaron. Los mayores no se enteraban: tuvimos que repetir la historia de principio a fin.

»—¡Muy sencillo! —exclamó Mela, harta de preguntas—. Entramos en la Arista por las Grandes Montañas y salimos por la Cresta. ¡Ya está!

»La cosa, en realidad, era así de simple, pero nos costó mucha saliva hacérsela comprender.

»Dos días más tarde, la carta del Gran Guardián fue leída públicamente en los pueblos del Valle. Nos hemos convertido en los niños más famosos de la Comunidad. Nos saludan por las calles y Fimo se ve asediado cuando sale de casa de Aralia. Me parece que a las chicas rosadas les gusta mucho. ¡Pobrecillo!

»Los parientes de los niños caídos en la Arista acudieron desde todos los puntos del Valle. Querían noticias de sus hijos y hermanos.

»—Los aristanos los recogen y los cuidan bien —aseguró Aralia—. No se preocupen por ellos.

»Han transcurrido seis días desde nuestra llegada. La gente del grupo ya se prepara para el próximo vuelo al Valle Blanco. Sin embargo, nosotros y nuestras familias nos quedamos. ¡Ah!, y las familias de los niños perdidos en la Arista. Los mejores historiadores, botánicos y sociólogos también nos acompañarán al Valle Encantado. Empezaremos la expedición en cuanto el equipo esté dispuesto».

PIRELA DEPOSITÓ LA PLUMA en la mesa y miró el reloj. Daban las seis y media.

—¡Qué horror! —se alarmó—. Sólo dispongo de hora y media para arreglarme.

A las ocho se celebraba una fiesta en honor de los aventureros y deseaba causar buena impresión. El vestido que le había regalado Pirreno Zyr, planchado y limpio sobre su cama, parecía una rama de flores silvestres. Cuando se duchara y se perfumara, la propia Pirela pasaría por una flor.

Ustrum y Mela abrieron la puerta de golpe. Habían estado colgando farolillos en la sala de baile y traían noticias frescas.

—Sé un secreto —anunció la pequeña—: Fimo va a ser nombrado Miembro de Honor de la comunidad.

—Estupendo —aprobó Pirela.

—¿Ya has escrito el resumen del viaje? —le preguntó el niño.

—Sí, y me ha gustado hacerlo. Cuando sea mayor... mayor del todo, mejor dicho, seré escritora.

Mela aplaudió su decisión.

—Buena idea. ¿Harás poemas?

—No, no sirvo para eso. Viajaré y escribiré lo que vea.

—No es por desanimarte —dijo Ustrum—, pero nadie leerá tus libros. La gente preferirá visitar el Valle Encantado personalmente.

Pirela se levantó. Una expresión soñadora iluminaba su cara.

—Hay doce Aristas en el planeta, como sabéis muy bien. Las ocho que bordean los Valles Gélidos pueden estar despobladas por el frío, pero las tres restantes...

Ustrum se llevó el dedo a la sien.

—El viaje te ha estropeado la sesera. ¿No te ha bastado con las emociones de la Arista? ¿Necesitas más?

—Pienso averiguar si están habitadas —continuó su amiga, sin prestarle atención—. Le pregunté a Fimo si en las otras Aristas vive gente de su raza, pero lo ignora. Nosotros exploraremos esas tierras, solos o con Aralia y Fimo... O con Rispérim, si se decide.

—Con Rispérim si iría —accedió Mela.

Ustrum la taladró con la mirada.

—Ya te ha engatusado tu hermana, ¿eh?

—Al oírte —dijo Pirela—, nadie pensaría que te lo has pasado bien. Pues parecías muy feliz encontrando bichos y comiendo especialidades aristanas, muchacho.

—Sí, no lo niego. Pero necesito descanso. Y tú, ¿te has fijado en la hora que es? Con lo que tardas en emperejilarte, te perderás la mitad de la fiesta.

Al salir los pequeños, Pirela sonrió.

«Los convenceré —dijo para sí—. Ya lo creo que los convenceré».

Todavía sonriendo, cogió sus ropas y se encaminó al cuarto de baño. En aquellos instantes, no había en el planeta Lumbánico una persona tan feliz.